

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Historia

**DE LA EXPLICACIÓN A LA NARRATIVA:
LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA EN EL SIGLO XX**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE:
MAESTRA EN HISTORIA

P R E S E N T A:

REBECA VILLALOBOS ÁLVAREZ

ASESOR: DR. ÁLVARO MATUTE AGUIRRE



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A Ernesto y Georgina

AGRADECIMIENTOS

Este trabajo es el fruto de un proyecto que se elaboró bajo la dirección del Dr. Álvaro Matute, a quien agradezco su confianza, inteligencia, y todo el apoyo que me ha brindado a lo largo de mi carrera académica. La investigación se llevó a cabo en la Universidad de Virginia, EUA, bajo la tutoría del Dr. Allan Megill, quien no solamente jugó un papel fundamental en el refinamiento del proyecto y su eventual realización, sino que también me ayudó a consolidar los conocimientos y formación adquiridos durante la maestría. De igual modo, agradezco a mis sinodales, la Dra. Evelia Trejo, el Dr. Luis Vergara, el Dr. José Rubén Romero, y el Dr. Javier Rico, la dedicación que mostraron en la revisión de este trabajo así como sus pertinentes comentarios.

Por último, mi deuda más importante es con Rodrigo Díaz, por la vida juntos.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS.....	2
INTRODUCCIÓN.....	4
PRIMERA PARTE: HISTORIA Y EXPLICACIÓN.....	9
EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA DE LA HISTORIA.....	9
EL DEBATE ANGLOSAJÓN.....	14
HEMPEL Y EL PROBLEMA DE LA EXPLICACIÓN.....	21
EL PORQUÉ Y EL QUÉ DE LA HISTORIA: LA CRÍTICA DE WILLIAM DRAY AL COVERING LAW MODEL.....	34
LA UTILIDAD DE LAS LEYES GENERALES.....	39
LA DIMENSIÓN PRAGMÁTICA DE LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA.....	45
DE LA EXPLICACIÓN A LA NARRATIVA: LAS POSTRIMERÍAS DEL DEBATE.....	54
SEGUNDA PARTE: HISTORIA Y NARRACIÓN.....	58
NARRACIÓN Y EXPLICACIÓN: EL INICIO DE UN NUEVO DEBATE.....	58
ARTHUR C. DANTO. LA NARRACIÓN DESDE EL ENFOQUE ANALÍTICO.....	63
INTERPRETACIÓN Y VERIFICACIÓN.....	66
ORACIONES NARRATIVAS.....	71
EXPLICACIÓN CAUSAL Y NARRACIÓN.....	77
LOUIS O. MINK. LA EXPLICACIÓN TRANSFORMADA EN NARRATIVA.....	86
MINK Y EL PROBLEMA DEL TIEMPO EN LA EXPLICACIÓN HISTÓRICA.....	86
EL CONCEPTO DE SYNOPTICAL UNDERSTANDING Y EL PROBLEMA DE LA COMPRENSIÓN.....	92
LA FORMA NARRATIVA COMO INSTRUMENTO COGNITIVO.....	100
CONCLUSIONES.....	108
BIBLIOGRAFÍA.....	116

INTRODUCCIÓN

En esta tesis se analiza cómo, hacia la segunda mitad del siglo XX, la atención de los filósofos de la historia, particularmente dentro de la tradición anglosajona, desplazó su foco de interés del problema de la explicación histórica al de la narración, como base fundamental del análisis historiográfico. En un primer momento, la reflexión filosófica sobre la historia estuvo determinada por la pregunta sobre las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico. No obstante, hacia la década de los años sesenta, el interés de los filósofos se centró, ya no en el carácter epistémico de la historia, sino en su capacidad interpretativa. En consecuencia, el objetivo principal del presente trabajo es brindar una interpretación crítica de estos cambios, tanto en términos históricos como estrictamente conceptuales.

Para alcanzar ese objetivo, opté por dividir el trabajo en dos grandes secciones. La primera, titulada “Historia y explicación”, consiste en un análisis pormenorizado del debate sobre la “lógica de la explicación histórica”. Para tal efecto, se examinan con detenimiento dos de las obras más representativas de la polémica, que en el ámbito angloparlante es conocida como *The Anglo-Saxon Debate*. La primera de ellas, “La función de las leyes generales en la historia” (1942) de C. Hempel, constituye la apertura de esta discusión en el contexto de la filosofía de la ciencia, particularmente en lo que respecta al empirismo lógico, que poca o ninguna atención había brindado al problema de la historia antes de la propuesta hempeliana. Como se verá más adelante, el modelo de análisis planteado por Hempel representa un esfuerzo por relacionar la historiografía con una base epistémica válida para cualquier forma de conocimiento científico y, en ese sentido, bien puede entenderse en el marco de un proceso más general de vinculación entre historia y teoría social que, desde las primeras décadas del siglo XX, se hizo presente en el contexto mismo del desarrollo historiográfico. No obstante, la importancia de la obra de Hempel se aprecia con mayor claridad en virtud de la influencia que ejerció en el ámbito de la teoría de la historia, mismo que, en el transcurso de ese mismo periodo, comenzó a sufrir cambios igualmente importantes. Por lo que se refiere a estas transformaciones, el artículo de Hempel

constituye un parteaguas fundamental, en la medida en que propició una discusión de varias décadas en torno al tipo de análisis que debía adoptarse para examinar y comprender mejor el fenómeno historiográfico. Sin embargo, esto no quiere decir que, antes de Hempel, la discusión teórica sobre la historia careciera de tradición. Por el contrario, una profunda reflexión a ese respecto puede rastrearse en los orígenes y desarrollo de la filosofía de la historia. Empero, es justo decir que no fue sino hasta mediados del siglo XX cuando la reflexión teórica comenzó a distinguir con claridad sus áreas de estudio y a diferenciar, en consecuencia, los conceptos mismos de filosofía y teoría de la historia. Dentro de este proceso de cambio, la propuesta hempeliana jugó un papel fundamental, al igual que las múltiples críticas de que fue objeto. En relación con esto último es que decidí enfocar mi atención en uno de los planteamientos más representativos de la crítica al modelo deductivo de Hempel. Me refiero a la obra del filósofo William Dray, titulada *Laws and Explanation in History* (1957). La confrontación entre las propuestas de Hempel y Dray constituye el objeto de la primera parte de esta tesis. Sin embargo, el lector encontrará constantes referencias a las obras de otros destacados filósofos, cuya participación en estas discusiones fue medular: H. W. Walsh, Patrick Gardiner, Morton White, Alan Donagan y Michael Scriven, entre otros.

Por su parte, la segunda y última sección de la tesis, titulada “Historia y narración”, expone y analiza la forma en que el debate en torno a la explicación histórica, que fue el núcleo de la polémica entre Hempel y Dray, propició un desplazamiento, en el interés de la nueva filosofía crítica de la historia, hacia los aspectos estéticos y propiamente discursivos de la obra historiográfica. Dentro de este marco de intereses, el término “narrativa” se consolidó como el referente máximo de la teoría historiográfica, abriendo un panorama, a mi juicio inédito, en la teoría de la historia. En este punto, la teoría de la historia de raigambre anglosajóna dejó de constituir una reflexión aislada de la tradición europea continental, particularmente en lo que respecta al historicismo, al relacionar problemáticas que, hasta ese momento, habían sido tratadas por separado. Dar cuenta de ese complejo proceso constituye un objetivo frente al cual esta tesis tiene sólo un valor parcial, en la medida en que no se analizan todas las posturas vinculadas al giro narrativo en la teoría de la historia. Sin embargo, considero que

algo puede contribuir al respecto el análisis de obras que fueron pioneras en ese campo y que, como veremos, pueden vincularse al trabajo de grandes bastiones de la filosofía de la historia como lo fueron Benedetto Croce y R. G. Collingwood. En suma, este trabajo aborda la problemática historia-narración a partir del análisis de los textos más representativos de Arthur C. Danto y Louis O. Mink. La elección de estos autores tiene que ver, en parte, con el relativo desconocimiento que se tiene de ellos en nuestro contexto, pero sobre todo con el hecho de que sus propuestas se generaron en clara correspondencia con el debate anglosajón sobre la explicación histórica. Desde mi perspectiva, tanto la obra de Danto como la de Mink representan el fin pero también el inicio de una nueva etapa en la filosofía de la historia. En relación con esto, es importante, una vez más, aludir a las restricciones propias de un trabajo de esta índole y recordar al lector que el giro narrativo en la teoría histórica es el resultado de una gran variedad de propuestas que van más allá de la aportación de esos dos filósofos. En este sentido, el lector especializado tal vez pueda extrañar una presencia más clara de personajes tan importantes en la teoría narrativa como lo son Hayden White, Frank Ankersmit y Paul Ricoeur, por citar sólo algunos de los más conocidos.¹ Sin embargo, esto se debe a mi interés por reconstruir los argumentos que propiciaron la transición más que aquellos que la consolidaron. Me parece que buscar los orígenes del enfoque narrativista, o al menos su relación con el debate previo sobre explicación y epistemología, puede ofrecer una mirada crítica de las implicaciones que tuvo ese cambio de perspectiva en nuestra comprensión del trabajo historiográfico. En resumen, el recorrido planteado en esta tesis se origina con una reflexión sobre el surgimiento de la filosofía crítica de la historia, atraviesa la problemática abordada por el debate anglosajón para, finalmente, explicar el cambio de perspectiva operada en las obras tempranas de Danto y casi en la totalidad de la obra de Mink. Este camino, aunque

¹ Aunque su obra no se analiza directamente en este trabajo, los tres autores citados constituyeron referentes indispensables para elaborar la estructura aquí planteada, así como en la pertinencia del tema. El proceso que aquí se reconstruye, en términos de la historia de la teoría de la historia, se encuentra en estrecha correspondencia con la trayectoria trazada por Ricoeur en *Tiempo y narración*, 3 vols., traducción de Agustín Neira, México, Siglo XXI editores, 1995, la parte titulada "Alegatos a favor de la narración", pp.209-289. Asimismo, un marco de referencia obligado es el que desarrolla Frank Ankersmit en *Historia y tropología Ascenso y caída de la metáfora*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, México, Fondo de Cultura Económica, 2004. Por último, véase también de H. White, "La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual", en *El contenido de la forma*, traducción de Jorge Vigil Rubio, Barcelona, Paidós, 1992.

descrito con otras características e interpretado en función de fines distintos, ha sido de algún modo trazado por otros autores, particularmente por F. Ankersmit y Paul Ricoeur. Ankersmit, por ejemplo, habla de cómo el vocabulario de la explicación y la descripción acaparó la discusión filosófica desde la década de los cuarenta, hasta que los hermeneutas y teóricos de la historia se convencieron de que, más que *explicar* el pasado, la tarea de la historia era *interpretarlo*.² El cambio en la elección de términos es, desde luego, un asunto de la mayor importancia y es justamente el problema sobre el cual esta tesis busca reevaluar su historia. La utilización de uno u otro tipo de vocabulario revela, como ha hecho notar Ankersmit, la noción que se tenga sobre el deber ser de la historia pero, además, y aquí es en donde nos encontramos con una problemática más compleja, evidencia la forma en que concebimos el pasado como tal. La terminología de la explicación presupone, de alguna manera, un pasado estático, integrado por fenómenos en espera de ser descritos y explicados por el historiador. Por su parte, el vocabulario de la interpretación y el significado se orienta particularmente al problema de las acciones humanas y el estatuto del lenguaje como los elementos reconocibles del pasado.³ El gran problema para la teoría de la historia contemporánea consiste en el análisis de un creciente número de obras historiográficas que han dejado de concebir el problema del significado histórico en los sentidos antes planteados por la filosofía de la historia. Una parte importante de la historiografía del siglo XX, por demás representativa de la *doxa* común, “prefiere ver el pasado desde un punto de vista distinto del de los agentes históricos” o se interesa por un tipo de significado inconsciente, que los textos manifiestan pero no producen.⁴ Otro punto importante al respecto es la consideración de que la historiografía contemporánea, con su fuerte énfasis en lo social y en las determinaciones materiales y/o culturales, ha desarrollado nuevos mecanismos de explicación y una gran variedad de técnicas metodológicas para enfrentarse con esos relativamente nuevos objetos del conocimiento histórico como son las mentalidades, los precios, la tecnología, etc. En suma, nos encontramos ante un panorama que plantea nuevos retos sobre la relación que los historiadores mismos establecen entre las palabras y las cosas;

² Frank Ankersmit, *ibid*, pp.192-193.

³ *Ibid.*, pp.194-195.

⁴ *Ibid.*, pp. 195-196.

una nueva forma de expresar la relación entre pasado y significado. Aunque este trabajo no pretende resolver dicha cuestión, que se atiende aquí sólo de manera tangencial, es importante hacer mención de ella en la medida en que representa el marco de discusión en el que esta tesis se inserta. Revisar la forma en que el vocabulario de la interpretación sustituyó al de la explicación es también una manera de reevaluar aquello que se ha perdido, al analizar las razones por las cuales fue superado o abandonado. Desde mi punto de vista, hay mucho en la historiografía contemporánea que reclama la recuperación de ciertos aspectos de la labor histórica cuyo origen y motivaciones se expresan, al menos en parte, en el debate previo sobre la explicación histórica.

Por último, quisiera ofrecer al lector una síntesis de las preguntas que motivaron la realización esta tesis y que constituyen, a mi juicio, los hilos rectores de esta discusión:

- A. ¿La función explicativa y la dimensión literaria de la historiografía son dos perspectivas irreconciliables del conocimiento histórico?
- B. ¿Hasta qué punto “explicación” y “narrativa” son categorías opuestas? ¿Interactúan dentro del trabajo histórico en general?
- C. ¿Debemos considerar la narración como el modo específico de explicación histórica?
- D. Finalmente, ¿Cómo la manera en que enfrentamos estos problemas afecta directamente el problema de la ética de la representación histórica? Este último punto será delineado sólo como una posibilidad para investigaciones futuras. Me parece un tema crucial dentro de esta problemática, puesto que evidencia la tensión entre epistemología de la historia y estética de la historia. No obstante, por su complejidad y heterogeneidad no será tratado aquí, como parte integral del trabajo.

PRIMERA PARTE: HISTORIA Y EXPLICACIÓN

EL NACIMIENTO DE LA FILOSOFÍA CRÍTICA DE LA HISTORIA

Man, who desires to know everything, desires to know himself.
R. G. Collingwood, *Idea of History*

Pese a la variedad de sus manifestaciones, la filosofía de la historia del siglo XX puede caracterizarse en función de la ocurrencia de un cambio radical en sus presupuestos fundamentales. Frente a la filosofía especulativa decimonónica, que centró su atención en las condiciones objetivas de la realidad humana a través del tiempo, la tarea del filósofo de la historia se redefinió bajo la siguiente pregunta ¿cómo o qué hace posible aquello que denominamos conocimiento histórico? De lo objetivo se pasó, pues, a lo subjetivo; la reflexión filosófica en torno a la totalidad del tiempo cedió paso a la explicitación y definición de los mecanismos que permiten al historiador establecer un vínculo con su objeto de estudio. Bajo estos presupuestos, el problema de la naturaleza del trabajo historiográfico, y no el significado de la historia como realidad, comenzó a ocupar un lugar primordial como objeto de estudio de la filosofía de la historia.

En 1902, en una de las primeras reflexiones en este sentido, Croce planteó la distinción entre dos formas de pensamiento filosófico sobre la historia. La primera se encarga de encontrar presuntas leyes de la acción humana a través del tiempo, tarea a la que dio el nombre de *filosofía* de la historia, en contraposición con aquella que se dedica a “establecer el criterio bajo el cual el historiador da a sus narrativas una forma, unidad y contenido adecuados”, a esta última se refería el italiano con el nombre de *teoría* de la historia. Con estas palabras, Benedetto Croce reubicó el problema de la reflexión filosófica de la historia en el ámbito de la estética y no en el de la metafísica, y esto implicaba cambiar el eje de análisis de lo objetivo a lo subjetivo y de lo ideal-abstracto a lo ideal-concreto. Bajo esta perspectiva el *pensamiento histórico* es una forma de apreciación de la realidad que pone énfasis en

lo individual-concreto; en esa medida—decía Croce—la historia se encuentra emparentada con el arte, y la reflexión sobre la historia emparentada a su vez con la estética.¹

Esta inserción de la historia “en los confines del arte”² cumplió entonces dos objetivos. En primer lugar se planteó directamente el vínculo entre teoría de la historia y análisis “narrativo” y, en segundo lugar, esto sirvió a su vez para fundamentar una de las múltiples formas de rechazo hacia cualquier “concepción trascendente de la historia”; palabras que usó Croce para caracterizar a la filosofía de la historia del siglo XIX. Esta última, afirmaba el italiano, concibió el campo de lo histórico como una sucesión de causalidades que implica, de forma explícita o implícita, la postulación de un significado último o *fin* de todo ese proceso causal. Para Croce,

“la “filosofía de la historia” es tan contradictoria como la concepción determinista de la que surge y a la que se opone, porque habiendo aceptado y sobrepasado al mismo tiempo el método consistente en vincular entre sí los hechos toscos, no encuentra ya ante sí hechos para vincular [...] sino hechos toscos a los que debe conferir no ya un nexo sino un *significado*, y representarlos como aspectos de un proceso trascendente, de una teofanía”.³

En virtud de lo anterior, la propuesta filosófico-estética de Croce, consistía en el análisis, no de los hechos *puros*, “antes desorganizados y naturalizados”, sino el “de la mente que piensa y construye el hecho”.⁴

Apreciaciones muy similares se encuentran en la obra de otro importante filósofo, inglés de nacimiento, cuyos nexos con Croce fueron estrechos. R. G. Collingwood tampoco admitió que la tarea del filósofo de la historia fuera el descubrimiento de leyes generales que rigen el curso de la historia, y en general rechazó la noción histórica de “la realización progresiva de un plan único y concreto”, “en el que cualquier episodio histórico ocupa un lugar único y cumple un único fin”.⁵ Sin embargo, en este punto de su argumento, el autor no dejó de

¹ El texto en donde Croce expone por primera vez su concepción de la *teoría de la historia* es el ensayo titulado *Revue de synthèse historique* (1902). La referencia, así como la revisión del texto puede encontrarse en Hayden White, “What Is Living and What Is Dead in Croce’s Criticism of Vico”, en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985, p. 221.

² *Ibid.*

³ Benedetto Croce, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955, pp. 54-55. Cursivas del autor.

⁴ *Ibid.*, p. 60.

⁵ R. G. Collingwood, “La esencia y fines de una filosofía de la historia” (1924-25), en *Ensayos sobre la*

hacer notar una ambigüedad que le obligó a replantear la necesidad de una concepción unitaria del pasado. Es verdad—decía Collingwood—que la obra historiográfica es una reconstrucción del pasado como “**drama**”, “en el sentido de un **todo** organizado y coherente de sucesos”.⁶ En este sentido, podríamos agregar, los episodios descritos tienen, o pueden tener, un sentido único, no obstante, lo tienen sólo en el contexto de ese relato, no en tanto hechos en sí. Además—advierte Collingwood—la labor de interpretar los hechos pretéritos, de buscar su sentido y significado, es en última instancia trabajo del historiador, no del filósofo. El primero debe emprender la tarea a la luz de eventos concretos y su concepción de “totalidad” es la de una totalidad limitada; un periodo, una época o una situación específica. Por su parte, la filosofía de la historia “si es que ha de existir una”—añade Collingwood—“sólo puede resultar de una reflexión filosófica sobre el *esfuerzo del historiador para alcanzar la verdad* y no sobre una verdad a la que no se ha llegado”.⁷

Tanto en el trabajo de Croce como en el de Collingwood se encuentran sintetizadas dos de las grandes preocupaciones que rigieron los caminos de la filosofía de la historia en el siglo XX. La primera de ellas tiene que ver con los medios de que se vale el historiador para aprehender el pasado bajo la forma de eventos concretos; su labor de reconstrucción e interpretación históricas. La segunda de ellas se refiere, además, a la manera en que esa labor de reconstrucción e interpretación se materializa, se convierte en una *representación*, a través de la cual los eventos concretos entran en relación unos con otros, creando así una imagen verdadera del pasado.

Ahora bien, estos asuntos recibieron un tratamiento por demás diverso a lo largo del siglo pasado y es preciso aclarar que no siempre se asoció el aspecto epistemológico de la historia con su carácter estético, aunque, ciertamente, ha sido la posibilidad misma de ese vínculo —junto con la tensión que representa en términos de la científicidad del conocimiento histórico— lo que animó muchas de las propuestas vertidas. A partir de los años treinta sobre todo, la discusión estuvo centrada en el problema epistemológico implicado en la reconstrucción de los

filosofía de la historia, traducción de José Luis Cano Tembleque, Barcelona, Barral Editores, 1970, pp. 74-75.

⁶ *Ibid.*, p. 78. El subrayado es mío.

⁷ *Ibid.*, p. 86. Las cursivas son mías.

hechos históricos, más que en el problema de su representación, que habría de adquirir su peso específico a partir de la década de los sesenta.⁸ En lo que respecta a la naturaleza epistemológica de la historia, el trabajo de Collingwood tuvo mayor influencia que el de Croce—particularmente en el ámbito anglosajón, que es nuestro foco de interés. Lo anterior no se debe a la ausencia de reflexiones, por parte del filósofo inglés, respecto a la cuestión de la representación histórica, sino más bien a la popularidad que adquirieron algunos de sus trabajos dedicados a la distinción entre conocimiento histórico y conocimiento científico. Me refiero aquí concretamente a la última parte de *Idea de la historia* de Collingwood. Libro publicado póstumamente, en 1946, y en el cual, bajo el título de “Epilegómenos”, se integraron varios ensayos en los cuales desarrolló su teoría del *re-enactment*, o reconstrucción histórica.⁹

La recepción de los “Epilegómenos” de Collingwood tuvo un papel importante en el nacimiento de la llamada filosofía *crítica* de la historia, entre cuyos exponentes destacan los nombres de William Dray, Patrick Gardiner y W. H. Walsh entre muchos otros. En general, el término se utilizó haciendo referencia a toda la filosofía de la historia definida en contraposición con las visiones filosófico-especulativas de la historia, de entre las cuales la de Hegel fue paradigmática. Como se mencionó páginas arriba, la nueva filosofía de la historia dio mayor relevancia al problema de la subjetividad del pensamiento histórico y, dentro de este ámbito, al estatuto epistemológico de la historiografía. En términos de P. Gardiner, la filosofía de la historia no es la reflexión hecha “dentro” de la historia sino “sobre” la historia en tanto forma de conocimiento.¹⁰ W. H. Walsh, por su parte, definió la filosofía *crítica* como un movimiento primordialmente británico que rechazaba cualquier visión metafísica de la historia, desde Hegel hasta Toynbee, y cuyos objetivos giraban en torno a las siguientes cuestiones: a) la

⁸ Con esto no pretendo afirmar que el problema de la representación histórica se haya mantenido ausente del panorama de la filosofía de la historia de las primeras décadas del siglo XX. El trabajo de B. Croce y también el de Collingwood constituyen sin duda una de las pruebas más fehacientes de su importancia. No obstante un tratamiento más sostenido de dicha cuestión se llevó a cabo años después con el surgimiento del narrativismo; asunto que será tratado en el capítulo correspondiente de este trabajo.

⁹ La versión que se cita aquí se titula *Idea de la historia* edición, prefacio e introducción de Jan van der Dussen, traducción de Edmundo O’Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

¹⁰ Patrick Gardiner, *The Nature of Historical Explanation*, London, Oxford University Press, 1961, p. x. Este libro fue publicado por primera vez en 1952 a cargo de la editorial Clarendon Press.

relación entre la historia y otras formas de conocimiento, b) el problema de la verdad y los hechos históricos, c) la objetividad histórica y, finalmente, d) el problema de la explicación histórica.¹¹

En este ámbito de discusión, lo relativo a la capacidad explicativa de la historia fue probablemente la cuestión más relevante y también la que generó más polémica. Asimismo, no hay que olvidar que el desarrollo de las ciencias sociales fue obligando a la práctica histórica a enfrentar de manera más explícita no sólo el problema de la descripción de acontecimientos, sino también el de su explicación con base en ciertos modelos teóricos y/o técnicas de investigación que fueran más allá de la crítica documental.¹² En el ámbito historiográfico, el surgimiento del movimiento de *Annales*, en Francia, es probablemente el ejemplo más importante de dicha transformación al interior de la disciplina. Por su parte, en el terreno de la teoría de la historia, la consideración de dicha problemática involucró trabajos de muy diversa índole y generó una polémica importante entre los filósofos de tradición anglosajona, que dedicaron sus esfuerzos al análisis de los fundamentos epistemológicos de la práctica histórica, como las implicaciones teóricas de la diversificación de temáticas de estudio. En virtud de la influencia que ejercieron el empirismo lógico y la filosofía analítica en este debate, varios autores se han referido a él como *The Anglo-Saxon debate*. Veamos a continuación cuáles fueron los temas a tratar y quiénes sus principales exponentes.

¹¹ W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, traducción de Florentino M. Torner, México, Siglo XXI Editores, 1968, pp. 12-22.

¹² Un buen panorama histórico de la relación entre ciencias sociales e historia lo ofrece Lawrence Stone en "La historia y las ciencias sociales en el siglo XX", en *El pasado y el presente*, traducción de Lorenzo Aldrete Bernal, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 15-60. Para un análisis de carácter teórico e historiográfico véase Peter Burke, *History and Social Theory*, second edition, Ithaca, Cornell University Press, 2005.

EL DEBATE ANGLOSAJÓN

A partir de la década de los treinta del siglo pasado, la filosofía de la ciencia —que tradicionalmente había centrado su atención en el análisis de conceptos, teorías y métodos de las ciencias naturales— comenzó a enfocarse en el estatuto epistemológico de las ciencias sociales y, más tarde, también en el de la historiografía. El problema a resolver, en términos generales, era el de la unidad del conocimiento a partir de un análisis minucioso de sus diferentes ramas, tanto en el ámbito de lo natural como en el de lo social. Dos de los más importantes exponentes de la filosofía científica del siglo XX, el positivismo o empirismo lógico y después la filosofía analítica, fueron corrientes dedicadas al esclarecimiento del uso de conceptos en las distintas disciplinas científicas, bajo el presupuesto de que ésa era la vía más adecuada para cumplir con las exigencias de cualquier forma de conocimiento objetivo. El foco de atención, dentro de este tipo de perspectivas, lo constituyó el uso del lenguaje en la construcción de las distintas metodologías científicas y la capacidad de éstas para articular de forma adecuada los principios esenciales del conocimiento científico. En relación con esto, el positivismo lógico se definió, desde sus orígenes, en contraposición con cualquier forma de filosofía *idealista* que considerara una división tajante entre ciencias naturales y ciencias del *espíritu* o ciencias humanas. Dentro de este ámbito, los trabajos de Otto Neurath y Karl Popper fueron representativos, y también pioneros en cuanto al tratamiento analítico que dieron a la ciencia social y la historiografía.¹³

La distinción metodológica entre ciencias del espíritu y ciencias naturales, que Dilthey, y más tarde Croce y el mismo Collingwood defendieron con ahínco, convirtió a la historia en la única disciplina capaz de emprender el estudio de la realidad humana. Fue justo este tipo de argumento el blanco de atención por parte de los positivistas lógicos. De entre ellos, el más destacado por su impacto en el ámbito de la filosofía crítica de la historia fue Carl G. Hempel.

Junto con Paul Oppenheim y Olaf Helmer, Hempel fue una de las figuras más reconocidas del nuevo positivismo lógico, llamado ahora empirismo lógico. La

¹³ Si bien K. Popper mantuvo siempre cierta distancia con el positivismo lógico, la identificación de su trabajo con el movimiento es innegable. Para un recuento más completo de estos asuntos véase Carl Hempel, "Logical Positivism and the Social Sciences", en James H. Fetzer (ed.), *The Philosophy of Carl Hempel. Studies in Science, Explanation and Rationality*, New York, Oxford University Press, 2001.

postura general de estos tres refugiados de la Alemania nazi fue que se podía formular un solo modelo de explicación válido para todas las ciencias, mismo que adquirió el nombre de modelo nomológico-deductivo de explicación científica.¹⁴ Dicho modelo se fundamentó en la idea de que explicar y predecir son procesos paralelos; una explicación precisa y completa sobre cualquier evento implica la identificación y descripción de las circunstancias que lo originan. En este sentido, la descripción adecuada de las condiciones previas al acaecimiento de un evento cualquiera lo identifican como algo que *tenía* que ocurrir y no sólo como algo que *pudo* haber ocurrido. Bajo esta idea, la existencia de ciertas circunstancias específicas se encuentra vinculada lógicamente a la ocurrencia de un cierto tipo de eventos que, a la luz de las primeras, se explican y a la vez se predicen. Desde luego que no todas las circunstancias presentes en un momento determinado *explican* la ocurrencia de un evento particular; siendo fieles al modelo, deberemos encontrar sólo aquellas que son *necesarias*. Si el científico es entonces capaz de encontrar una relación de necesidad entre circunstancia y ocurrencia habrá explicado con éxito (científicamente) el evento en cuestión, y podrá argüir que, en caso de presentarse la misma serie de circunstancias, el evento en cuestión tendrá lugar una vez más.¹⁵

De forma paralela a la formulación del modelo, Hempel estudió su aplicación en el ámbito de la historia. Los resultados de su investigación se dieron a conocer por primera vez en el ya clásico artículo “The Function of General Laws in History”, publicado en el año de 1942. En este texto, Hempel defendió la comunidad de procedimientos explicativos tanto para la historia como para el resto de las ciencias “duras”. El hecho de que la historia hubiera sido tratada,

¹⁴ La primera formulación del modelo se debe a Karl Popper, quien la expuso en su *Logik der Forschung*, en 1935. Ahí, Popper definió la vinculación causal entre distintos eventos a partir de la formulación de leyes generales que conectan de forma causal-universal una serie de “condiciones generales” con aquellos eventos resultantes, denominados “pronósticos”. El libro de Popper se tradujo al inglés en 1959 bajo el título *The Logic of Scientific Discovery* (1959), mientras que en español se presentó como *La lógica de la investigación científica*, traducción de V. Sánchez de Zavala, Madrid, Tecnos, 1962. Una sintética y por demás clara exposición de dicho modelo, desde sus raíces en la filosofía de David Hume, se encuentra en Peter Munz, “The Covering Law”, en *The Shapes of Time. A New Look at The Philosophy of History*, Middeltown, Wesleyan University Press, 1977, pp. 39-61. Véase también “The Covering Law Model” de William Dray, en *Laws and Explanation in History*, Oxford, Oxford University Press, 1957, pp. 1-18.

¹⁵ Sobre la relación entre Oppenheim, Helmer y Hempel, y para una explicación general sobre el impacto de su obra en la filosofía de la ciencia, véase Nicholas Rescher, “H₂O: Hempel-Helmer-Oppenheim, An Episode in the History of Scientific Philosophy in the 20th Century”, en *Philosophy of Science*, Chicago, The University of Chicago Press, vol.64, no.2, Jun., 1997, pp. 334-360.

tradicionalmente, como un ámbito peculiar del conocimiento por parte de la filosofía de raigambre historicista (Dilthey, Croce y Collingwood, entre otros) fue su principal blanco de objeciones. Ahora bien, para entender el cuestionamiento de Hempel, es necesario hacer mención de un libro que tuvo gran impacto en la época en que el filósofo alemán comenzó a estudiar el problema de la explicación histórica.

Sólo cuatro años antes de la aparición de "The Function of General Laws in History", Maurice Mandelbaum publicó *The Problem of Historical Knowledge* (1938). En este texto, Mandelbaum analizó lo que él mismo denominó como "relativismo histórico", en referencia a la filosofía de W. Dilthey, B. Croce y K. Manheim. Tres fueron los presupuestos bajo los cuales Mandelbaum sintetizó la postura de estos autores que, en términos generales, sostuvieron la imposibilidad de un conocimiento *objetivo* de la historia. Los argumentos que explican dicha afirmación, según Mandelbaum, son los siguientes: 1) las series de eventos históricos son más ricas en contenido de lo que puede ser cualquier recuento sobre el pasado; 2) la validez del conocimiento histórico tiene que evaluarse en función de las condiciones en que fue formulada y 3) las reconstrucciones históricas están determinadas, en parte, por los "hechos" históricos, pero también por la *interpretación* que se hace de esos hechos, misma que se encuentra influenciada, a su vez, por "factores valorativos" (*valuational factors*) o subjetivos, correspondientes a la realidad presente del historiador.¹⁶ Desde esta perspectiva, el conocimiento de las cuestiones humanas no puede proceder de la misma manera que aquél que tiene como objeto a los fenómenos naturales. La diferencia se encuentra formulada aquí en dos niveles. Por un lado, indica que la especificidad del objeto de estudio del conocimiento determina el tipo de aproximación que se hace del mismo. Pero va más allá en tanto define al conocimiento humano como un tipo de conocimiento que no busca conocer lo permanente sino lo contingente, lo concreto y no lo abstracto. En virtud de lo anterior, la diferencia no se reduce a la existencia de un *objeto de estudio distinto* sino también al hecho de que se trata de un *tipo de conocimiento* que se conduce por otras vías y en función objetivos diferentes. Estas

¹⁶ Maurice Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge*, New York, Liveright, 1938. Una excelente revisión del texto la laboró Carl Becker en su reseña publicada en *The Philosophical Review*, Durham, Duke University Press, Vol. 43, No. 9, May 1940, pp. 361-364.

aseveraciones, cuyo antecedente es la caracterización diltheyana entre *explicar* (*erklären*) y *comprender* (*verstehen*), como dos perspectivas metodológicas distintas; una propia de las ciencias naturales y la otra de las ciencias del espíritu. Esta exposición de Mandelbaum dio pie a la completa oposición de Hempel, para quien todas las disciplinas que se autodenominan científicas hacen uso del *mismo* tipo de elementos conceptuales si lo que buscan es una descripción causal de determinados eventos; si proceden de otra forma, no pueden calificarse como trabajo científico.

Junto con el de Mandelbaum, el texto de Hempel generó una rápida reacción por parte de numerosos autores, particularmente filósofos. Para muchos, estos trabajos —particularmente el de C. Hempel— brindaron la oportunidad para fundamentar sus propias posturas frente al historicismo, al tiempo que definieron su relación con la empresa hempeliana. Aunque no necesariamente por las mismas razones, varios autores, dentro de la tradición anglosajona, habían rechazado ya la idea de que el historiador utiliza un tipo de “intuición” o de “imaginación” particular en la reconstrucción de eventos pasados, que en la teoría de Collingwood adquirió el nombre de *re-enactment*. De igual modo, negaron la idea de que la peculiaridad del conocimiento histórico estuviese fundamentada en la búsqueda de elementos “internos” de la acción humana y no en sus determinantes externos. En suma, se rechazó la tal vez mal entendida aseveración de Collingwood de que “toda historia es historia del pensamiento”.¹⁷

Por otro lado, la misma diversificación de temas de estudio de la historia y la relación entre teoría social e historia, ya daba visos de la existencia de nuevas problemáticas respecto al estudio del pasado. La acción humana como tal había perdido, para los años cuarenta, su primacía como objeto de estudio de la historia

¹⁷ R. G. Collingwood define así a la historia en su conocido libro *The Idea of History*, particularmente en los “Epilegómenos”. Véase R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, pp. 284-409, p. 391 “No puede haber historia de otra cosa que no sea el pensamiento”. El planteamiento de Collingwood en este sentido ha probado ser extremadamente complejo. En virtud de que los ensayos integrados en los “Epilegómenos” no fueron concebidos como parte de un mismo cuerpo de texto y a que, en cierto sentido, son sólo versiones preliminares de la filosofía de Collingwood, se ha debatido mucho lo que el autor quiso exponer ahí. Análisis recientes destacan que Collingwood no se refería exclusivamente a la acción individual cuando se hablaba de la re-creación histórica y sobra decir también que para él la historia no es sólo una suerte de historia “intelectual”, pues con la palabra *pensamiento* Collingwood refiere a la recreación de cualquier tipo de experiencia humana. Un análisis depurado de estas cuestiones se encuentra en Rodrigo Díaz Maldonado, *El historicismo idealista: G.W.F. Hegel y R. G. Collingwood*, tesis doctoral, México, UNAM, diciembre 2006.

en favor de otras nociones del cambio histórico y de la actividad humana en términos de *conducta* (y no *acción*) colectiva, cuya determinación se estableció en el ámbito de lo material o en el de lo mental inconsciente, más que en el de lo ideal-racional. En este sentido, el surgimiento de nuevas posturas científicas respecto de la historia, las llamadas corrientes socio-históricas,¹⁸ guarda cierta concordancia con la atención dada, por parte del empirismo lógico, al problema de la explicación histórica. Aunque de ninguna manera pretendo afirmar con esto una coincidencia teórica, es cierto que el desarrollo tanto de la filosofía crítica de la historia, como de la historiografía de carácter social, condujo a la re-evaluación de los fundamentos teóricos y epistemológicos de la disciplina y su relación con otras áreas del conocimiento, siendo lo segundo un problema más bien ajeno a la tradición historicista continental, cuya piedra de toque, desde Ranke hasta Collingwood, fue la defensa de la autonomía de la práctica histórica frente a cualquier otro tipo de conocimiento.¹⁹

Ahora bien, el seguimiento de la filosofía de autores como Croce o Collingwood, en el ámbito de la filosofía anglosajona, no siempre fue el más adecuado ni tampoco el más sistemático. En muchos casos, salvo algunas excepciones como la de Mandelbaum, la atención se centró en el pensamiento de Collingwood y particularmente en su teoría del *re-enactment*. En este sentido, Collingwood—en concreto los “Epilegómenos” de su *Idea de la historia*—fue un referente obligado dentro del debate acerca de la lógica de la explicación histórica, mismo que surgió inmediatamente después de la publicación del texto de Hempel. En un principio, la discusión se limitó, por decirlo así, a las posibilidades de aplicación del modelo en el terreno de la historia, dando pie a una serie de importantes trabajos que, sin negar el valor de la propuesta hempeliana, relativizaron algunas de sus premisas más importantes. Entre los defensores del modelo se cuentan los nombres de Morton White, Ernest Nagel, Patrick Gardiner y

¹⁸ Iggers utiliza este calificativo para definir un conjunto de distintas perspectivas historiográficas vinculadas entre sí por la relación estrecha que mantuvieron con las ciencias sociales, entre las cuales se encuentra el movimiento de *Annales*. Véase G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*, traducción de Clemens Bieg, Barcelona, Idea Books, 1998, particularmente el capítulo “La ciencia histórica en el siglo XX”.

¹⁹ Con esta afirmación no pretendo minimizar las profundas diferencias entre el historicismo de Ranke y el de Collingwood. Sin embargo, me parece que una demanda común a todas las formas de historicismo, por lo menos en el ámbito de la historia, es la defensa de la autonomía del conocimiento histórico.

W. H. Walsh, por hablar sólo de los más representativos. Cabe mencionar que, en los trabajos de los últimos dos, la visión crítica respecto del modelo se agudizó de manera importante. Más tarde, conforme el debate fue adquiriendo mayor exposición, se sumaron voces contrarias al empirismo lógico, entre las cuales algunas eran aparentemente coincidentes con el relativismo histórico, como fueron las de William Dray y Alan Donagan. La publicación póstuma de los mencionados “Epilegómenos” de Collingwood, en 1946, impulsó las versiones contrarias a Hempel y sirvió así de fundamento a las posturas denominadas “idealistas”. Sin embargo, es preciso aclarar que toda esta discusión se dio de manera casi independiente de otras tradiciones filosóficas. Salvo las célebres incursiones de personajes como Isaiah Berlin (quien por otro lado se incorporó al debate hasta la década de los cincuenta), la polémica en torno a la explicación histórica estuvo fuertemente determinada por motivaciones surgidas dentro del empirismo lógico y, más tarde, por la filosofía analítica. Es por estas razones que el artículo de Hempel es considerado como el inaugurador del debate y, en función de lo ahí expuesto es que, tanto las voces de apoyo como las de rechazo, fueron elaborando sus propios argumentos.

En un principio, el espacio de discusión lo constituyeron sobre todo revistas filosóficas especializadas, de entre las que destacan el *Journal of Philosophy, Psychology and Scientific Methods* de la Universidad de Columbia (EUA) y la prestigiada revista británica *Mind*, que, hacia mediados de siglo, se convirtió en uno de los bastiones más importantes de la filosofía analítica. Más tarde, Patrick Gardiner publicó dos compilaciones de artículos sobre el tema.²⁰ Por último, en las postrimerías del debate, la revista *History and Theory*²¹ dio a conocer algunos de los balances más representativos de la polémica, misma que tuvo lugar de los años cuarenta hasta la década de los sesenta del siglo XX, y que fue también conocida como el debate en torno al *Covering Law Model* (CLM); nombre con el que William Dray—el primero y por mucho el más enérgico detractor de la teoría hempeliana—bautizó al modelo nomológico-deductivo de Carl Hempel.

A continuación se presenta un análisis detallado de las dos tendencias más

²⁰ Patrick Gardiner, *Theories of History. Readings from Classical and Contemporary Sources*, New York, The Free Press, 1959, y *The Philosophy of History*, Oxford, Oxford University Press, 1974.

²¹ *History and Theory. Knowing and Telling History: The Anglo-Saxon Debate*, edited by F.R. Ankersmit, Wesleyan University Press, No. 63, Beiheft 25, 1968.

representativas dentro de este debate. El primer tema es la propuesta del modelo hempeliano, fundamentalmente bajo su formulación en “The Function of General Laws in History”, texto que, como se ha mencionado ya, fue el que desató la polémica. Más adelante, hablaré de la recepción del artículo de Hempel, particularmente en la obra de William Dray, *Laws and Explanation in History* (1957). Esta última, se convirtió en la contraparte del argumento hempeliano y William Dray en el crítico más reconocido de la visión positivista. Por todo esto es que he articulado la exposición en función de lo dicho por estos filósofos, aunque cabe destacar que las aportaciones de otros no han sido descartadas en lo absoluto. Gracias a ello, el lector encontrará numerosas referencias a autores como W. H. Walsh y Patrick Gardiner, entre otros. Finalmente, la última sección de la primera parte está dedicada a elaborar un recuento crítico de las aportaciones del debate, buscando, en particular, su vínculo con el surgimiento de la visión narrativista.

HEMPEL Y EL PROBLEMA DE LA EXPLICACIÓN CIENTÍFICA

La importancia del trabajo de Hempel en el terreno de la filosofía de la ciencia ha sido resaltada por infinidad de críticos. Muchos de ellos señalan a su obra como el referente de los temas más discutidos en la materia, al lado de figuras tan destacadas como Karl Popper o Thomas Kuhn. No obstante, en el ámbito profesional de la filosofía de la ciencia, Hempel es reconocido, por encima de otros, como el autor más influyente en el siglo XX.²² Entre muchas otras, una prueba de esto es el gran impacto de su texto sobre la explicación histórica, o más propiamente, sobre “La función de las leyes generales en la historia”.²³

En dicho artículo, Hempel analiza la relevancia de su modelo de explicación científica en la reconstrucción histórica. Su interés por incursionar en el problema de la lógica de la explicación histórica estuvo claramente motivado por la creencia—proveniente en parte del historicismo—de que “la historia, a diferencia de las llamadas ciencias físicas, trata sobre la descripción de hechos particulares del pasado, antes que de la búsqueda de las leyes generales que regirían dichos sucesos”.²⁴ Para Hempel, esta manera de fundamentar la separación entre ciencias humanas y ciencias naturales es simplemente incompatible con las aspiraciones científicas de la disciplina histórica. En este punto, Hempel sigue una vieja premisa del positivismo—destinada no obstante a ser renovada y reformulada—bajo la cual, la historia debe emular los procedimientos de las llamadas ciencias duras si pretende adquirir un nivel aceptable de certeza y precisión, en términos epistemológicos. Sin embargo, es crucial entender que la “importación” de dichos procedimientos no está determinada por el quehacer científico en estricto sentido. Como buen epistemólogo, Hempel se refiere a algo que se encuentra por encima de la práctica disciplinaria: un modelo teórico, estrictamente lógico, al cual deben adherirse *todas* aquellas disciplinas denominadas *científicas*. En este sentido, el autor sostiene que sólo la descripción de acontecimientos que presupone la existencia de una o más leyes generales, corroboradas, a su vez, a partir de los

²² James H. Fetzer, *The Philosophy of Carl G. Hempel*, véase la introducción, pp. xiii-xxxiii.

²³ Carl Hempel, “The Function of General Laws in History”, publicado por primera vez en el *Journal of Philosophy* en el año de 1942. La versión que se cita en este trabajo fue traducida con el título “La función de las leyes generales en la historia” y se encuentra en el libro *La explicación científica. Estudios sobre filosofía de la ciencia*, 3ª edición, Barcelona, 2005, pp. 307-325.

²⁴ *Ibid.*, p. 307.

datos empíricos, puede adquirir el nombre de *explicación científica*.

Resumido, el argumento supone una fórmula del siguiente tipo: “en todos los casos en donde un hecho de una clase específica *C* ocurre en un cierto lugar y tiempo, otro hecho de una clase específica *E* ocurrirá en un lugar y tiempo relacionados de un modo específico con el lugar y tiempo de ocurrencia del primer suceso”.²⁵ Para ilustrar esta formulación, podemos recurrir al ejemplo que el mismo Hempel utiliza en su texto. Éste se refiere “al estallido del radiador de un automóvil durante una noche fría”. La descompostura del radiador (*E*) es el evento que nos interesa explicar, mientras que el procedimiento que debemos seguir para conseguir tal fin es el de la descripción de las condiciones (*C*) que le dieron lugar. Según el filósofo, la única forma de *explicar*, en estricto sentido, la ocurrencia del evento (la descompostura del radiador) es vinculándolo, de forma causal-necesaria, a las condiciones iniciales o precedentes; aquellas sin las cuales el fenómeno a estudiar no hubiera podido existir. En este caso, tales circunstancias se refieren, por ejemplo, al hecho de que el radiador, de hierro, se encontraba lleno de agua y cerrado herméticamente; a que la temperatura, durante la noche, descendió gradualmente; a que la presión barométrica era normal, etcétera. Ahora bien, sabemos que estas circunstancias son necesarias para la descompostura del radiador porque la explican en función de una serie de leyes de valor universal. De este modo, si el científico sabe que, por ejemplo, a 0° C, con presión atmosférica normal, el agua se congela, o que, por debajo de 4° C, la presión de una masa de agua aumenta al descender la temperatura, y que, por último, cuando el agua se congela, la presión aumenta nuevamente, entonces es capaz de *explicar* por qué ese radiador estalló durante la noche. Por todo lo anterior, para Hempel, “explicar un fenómeno consiste en subsumirlo bajo leyes generales empíricas”.²⁶

Ahora bien, el hecho de que podamos confirmar de manera empírica la aplicación de la ley tiene un resultado aun más relevante, a saber, que semejantes leyes nos sirven para explicar la descompostura no sólo de *ese* radiador sino de *cualquiera*, siempre y cuando se dé la ocurrencia de las mismas condiciones iniciales. En cierto modo, no interesa aquí que haya otros eventos involucrados en la descompostura del radiador, a menos que estos impacten de manera

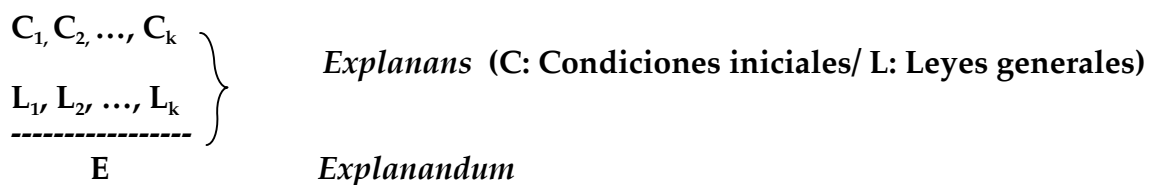
²⁵ *Ibid.*, p. 308.

²⁶ *Ibid.*, p. 320.

significativa en el resultado final, en cuyo caso no hablaríamos de una descompostura sino de algo distinto. Si esto ocurre, la sanción de otro tipo de leyes será necesaria para la explicación de una nueva *clase* de eventos. Visto de esta manera, sólo cuando tenemos a la mano un cúmulo de leyes que nos permiten plantear la *regularidad* en la ocurrencia de ciertos fenómenos, nos encontramos en situación de explicarlos científicamente. Como dice Hempel, “el objeto de la descripción y explicación en todas las ramas de las ciencias empíricas es siempre la ocurrencia de un hecho de cierta *clase*”,²⁷ no de un hecho cualquiera.

La primera indicación que se deriva de tal planteamiento es que sólo una explicación de tipo causal, universal o necesaria, justifica la denominación de tal descripción como explicación científica. Y éste es precisamente el primer presupuesto del modelo hempeliano: la equiparación, en términos lógico-estructurales, entre *explicación* y *predicción*.

Hasta aquí, hemos hablado de la forma en que el modelo hempeliano vincula los datos empíricos, pero hemos dejado de lado la forma estructural que adquiere este tipo de explicación. Como se puede anticipar, dicha formulación es, necesariamente, de carácter lógico y supone el planteamiento de una serie de premisas que se corresponden con los distintos niveles de la explicación en su conjunto. En tanto que construcción lógica, la explicación se integra de dos elementos fundamentales: el *explanans* (lo que explica) y el *explanandum* (lo explicado). El *explanandum* no es más que la oración que se refiere al fenómeno a explicar (la descompostura del radiador durante una noche fría). Por su parte, el *explanans* se compone, a su vez, de dos tipos de oraciones: 1) aquellas que describen la situación inicial en la que el fenómeno a explicar tiene lugar (las condiciones de temperatura ambiental, de presión, etc.) y 2) los enunciados que refieren las leyes que operan en ese contexto específico de circunstancias. La fórmula lógica adquiere, entonces, la siguiente forma:



²⁷ *Ibid.*, p. 309.

Como se puede apreciar, la fuerza explicativa de este modelo reside en las oraciones que plantean las leyes universales. En este contexto, lo importante es eliminar el factor de contingencia en pos de la generalización y la regularidad. Importa, pues, identificar y clasificar, comparar y generalizar.

Ahora bien, dentro de la práctica historiográfica, términos como los antes mencionados han sido objeto de varias objeciones tanto teóricas como metodológicas, y Hempel no fue ajeno a estas cuestiones. Es innegable que, hacia mediados del siglo XX, la relación entre ciencias sociales e historiografía impulsó a la segunda a adquirir marcos conceptuales propios de la primera. Esto derivó, como se sabe, en la utilización de enfoques de carácter más analítico con una tendencia a privilegiar el plano sincrónico más que el diacrónico. Asimismo, se comenzaron a aplicar técnicas estadísticas para la lectura de datos que, una vez más, fueron relegando el plano de lo genético-narrativo en favor de esquemas verticales.²⁸ Es en este sentido que se puede hablar de una suerte de clasificación de *tipos* de eventos, manifiesta, por ejemplo, en casos como el de la discusión sobre qué tipo de fenómenos merecen el calificativo de *revolución* y cuál la base teórica y empírica que formulamos para una explicación de esa índole. Otro caso muy común de entrecruzamiento entre el interés generalizador y la práctica histórica es el uso de términos como *burguesía*, *clase* o *élite* que buscan justamente organizar el campo de información empírica y eliminar de algún modo la contingencia, es decir, la posibilidad de caer en una descripción demasiado localista o excesivamente anecdótica que permitiría explicar sólo el comportamiento de un grupo social específico y no el de varios de ellos. Bajo esta perspectiva, la historiografía no es en lo absoluto ajena a las generalizaciones hechas en el campo de las llamadas “ciencias duras”.

Desde el punto de vista de Hempel, el problema no radica en que el historiador rehúse la utilización de modelos causales o de esquemas de

²⁸ Desde los años treinta del siglo pasado, hasta la década de los setenta, la conciencia de que se emprendía un cambio radical al acercar los procedimientos de la ciencia social a la historiografía fue celebrada por un sinnúmero de autores. Al respecto, véase, por ejemplo, la interesante reflexión de March Bloch sobre el método comparativo, así como la idea de G. Duby acerca de la nueva *historia global* en *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, México, Secretaría de Educación Pública, 1976. Los ensayos titulados: “El método comparativo en historia” y “La historia social como síntesis”.

clasificación y generalización, sino más bien el grado de exactitud o certeza con el que puede aplicarlos.²⁹ En este sentido, la crítica y análisis de Hempel sobre la lógica de la explicación histórica fue, por lo menos, consonante con las exigencias de las distintas corrientes sociohistóricas que, hacia mediados del siglo XX, comenzaban a tener un claro impacto en la historiografía.

La preocupación por encontrar métodos “más científicos” para el estudio de la historia, ya no bajo la idea de un ingenuo empirismo de apego a las fuentes o a los llamados datos empíricos, sino sobre la base de marcos conceptuales, epistemológicamente válidos, dice mucho de cómo, en el seno de la disciplina misma, la máxima historicista de que la historia era el estudio de lo particular-individual, y no de lo general, empezaba a generar problemas muy concretos. Con bastante razón, Hempel arguye en su artículo que la pretensión de eliminar la contingencia del campo del conocimiento no ha escapado a la explicación histórica, en la medida en que ésta “aspira a demostrar que el hecho en cuestión no fue «por azar», sino que podría esperarse en vista de ciertos antecedentes o condiciones simultáneas”.³⁰ Según Hempel, ésta es la prueba de que la historia aspira a una explicación de tipo causal, y, difícilmente, creo yo, podríamos negar que, en muchos o en la mayoría de los casos, una cierta idea de causalidad está presente en el discurso histórico. De hecho, es muy común que los historiadores hablen de muchos acontecimientos como el resultante, o el *efecto*, de una serie de circunstancias precedentes, entendidas así como sus *causas*. Para Hempel, el problema no radica, pues, en el planteamiento sino en su resolución; en el hecho de que los historiadores no puedan establecer la relación causa-efecto de forma contundente. Según esta perspectiva, el historiador falla en su explicación en una amplia gama de casos, que van, desde la sola descripción de circunstancias cuya conexión se establece sólo en virtud de su ocurrencia, hasta la sugerencia de nociones como “destino” o “misión histórica”, referidas a eventos o personajes singulares.

Ahora bien, lo que se ha dicho hasta aquí sobre el texto de Hempel puede haber dado la impresión de que el autor sólo busca elaborar una preceptiva para la

²⁹ El entrecruzamiento entre ciencia y teoría social e historia ha sido ampliamente documentado y analizado no sólo en el campo de la filosofía de la ciencia, sino en el de la teoría histórica y la historia misma y resulta evidente que tal relación presenta una problemática particular a la cuestión de la autonomía del conocimiento histórico. *Vid supra*, p. 15, n.16 y H.G. Hughes, *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought 1890-1930*, New York, Vintage, 1977.

³⁰ Hempel, “La función de las leyes generales...”, p. 313.

explicación histórica. Si bien es cierto que Hempel señala la falta de solidez de gran parte de las explicaciones hechas en historia, no por ello niega del todo la utilización, por lo menos inconsciente, de modelos generalizadores que se vinculan con el uso de las leyes generales. El objetivo principal del autor es demostrar que, contra lo que muchas veces admite la *doxa* historiográfica, los historiadores de hecho hacen uso de cierto tipo de leyes generales, aunque, en la mayoría de los casos, no logren formularlas explícitamente o llevarlas hasta sus últimas consecuencias. En muchas ocasiones, la explicación histórica involucra elementos de los que se deriva una noción de regularidad. Esto se expresa, por ejemplo, en expresiones como “era de esperarse que...”, “en virtud de lo anterior resultó natural que...”, etcétera. Es común—argumenta Hempel—que, cuando los historiadores recurren a enunciados de este tipo, asuman la existencia de una suerte de ley o hipótesis universal.³¹ El problema consiste en la dificultad para formular explícitamente la existencia de estas leyes o hipótesis universales. Veamos algunos ejemplos al respecto.

En algunos casos—aunque ciertamente los menos—los historiadores explicitan sus hipótesis universales. Citando un párrafo acerca de la tendencia de los organismos gubernamentales a perpetuarse y extenderse, Hempel subraya las siguientes oraciones: “La gente que tiene cierto trabajo no quiere perderlo; los que se han acostumbrado a ciertas habilidades no reciben bien los cambios; quienes se han habituado a ejercer cierto tipo de poder no desean abandonar su control...”, etcétera.³² Estas frases son parte de la explicación, hecha por el historiador citado,³³ de por qué, “a medida que las actividades del gobierno se extienden, mayor cantidad de personas desarrollan un interés profesional en la continuación y expansión de las funciones gubernamentales”.³⁴ Según el argumento de Hempel, casos como éste son comunes en los libros de historia. En consecuencia, el problema no es el de ratificar la necesidad del historiador por explicar ciertos fenómenos en términos de su regularidad, sino la validez misma de sus explicaciones en ese sentido. En este caso, la verdadera cuestión es si el tipo de

³¹ *Ibid.*, p. 314.

³² *Ibid.*, p. 313.

³³ Se refiere a uno de los textos del libro de Donald W. McConnell et al., *Economic Behavior*, Nueva York, 1939.

³⁴ Hempel, *Ibid.*

regularidad planteada se da, en efecto, en términos universales, es decir, si la estabilidad ganada a nivel individual, de cada trabajador, tiene como consecuencia, inexorablemente, la estabilidad de las instituciones a las cuales estos pertenecen. Pero antes de pasar a la cuestión de la validez de las explicaciones históricas, es preciso analizar aquellos casos en que las llamadas hipótesis universales o leyes generales se plantean sólo de forma implícita.

Para ejemplificar lo anterior, quisiera citar un caso bastante conocido en nuestro ámbito. Arnaldo Córdova, en su famoso clásico sobre la Revolución mexicana, hace el siguiente planteamiento respecto del papel de las masas populares en la lucha política:

El desarrollo del capitalismo iba creando rápidamente las condiciones materiales y espirituales para que surgiera en México ese fenómeno típico del mundo contemporáneo que es la *sociedad de masas*. **Pero mientras que en Europa la sociedad de masas acompaña siempre**, aunque no en todos los casos de modo pacífico, **a la liberalización de las relaciones sociales**, hasta culminar con la implantación del sufragio universal, en México el mantenimiento del privilegio forzó la irrupción de las masas en la política nacional a través del conducto más peligroso para un sistema político, es decir, *por la vía revolucionaria*, de suerte que su aparición significó, al mismo tiempo, la desaparición necesaria del régimen establecido.

Sin embargo, **las masas populares sufrieron, como un efecto importante de la política represiva de la dictadura, una permanente dispersión de sus fuerzas y una incapacitación consecuente para plantear su oposición política o su insurgencia de clase a nivel nacional**; su lucha nació con el estigma del *localismo*, que impidió que sus exponentes pudiesen hablar a nombre de toda su clase social y, menos aún, a nombre de la sociedad entera. No es de extrañar, por lo mismo, que las masas trabajadoras no lograran en ningún momento constituir un órgano propio de poder que resistiera los embates de la lucha política y que en poco tiempo se convirtieran en juguete de **otros grupos sociales mejor preparados para esa misma lucha**; nos referimos a los sectores medios, y en particular, a los sectores intelectuales urbanos (profesionistas y periodistas) y a los pequeños propietarios rurales, fundamentalmente del norte del país, **que desde un principio mostraron una mejor disposición para organizarse, a nivel nacional, en contra de la dictadura.**³⁵

Con la intención de leer este segmento a la luz del modelo hempeliano, se han subrayado aquellas frases que evocan una relación causa-consecuencia como la que plantea Hempel. En primer lugar, el anterior es sin duda un caso de explicación histórica en el que la generalización y la clasificación por *tipos* ocupa un papel importante. Se habla, por ejemplo, de la creación de la sociedad de masas como un fenómeno *tipo* que, a pesar de variar en cuanto a algunas de sus

³⁵ Arnaldo Córdova, *La ideología de la revolución mexicana. La formación de un nuevo régimen*, México, Era-UNAM, 1973, pp. 19-20.

características, sigue manteniéndose dentro de la misma categoría. Asimismo, en una primera lectura, se observa la formulación más o menos explícita de relaciones causales, sustentada en un factor generalizador: “en Europa la sociedad de masas acompaña *siempre* [...] a la liberalización de las relaciones sociales”. En este sentido, se puede hablar del planteamiento de una serie de circunstancias iniciales. La frase “Las masas populares sufrieron, como un efecto importante de la política represiva de la dictadura, una permanente dispersión de sus fuerzas”, describe las circunstancias iniciales que dieron lugar al fenómeno de “localismo” que estigmatizó la lucha social de estos sectores populares, y que es en sí el fenómeno a explicar. La dispersión de la que habla Córdova se plantea entonces como la causa de que “las masas trabajadoras no lograran en ningún momento constituir un órgano propio de poder que resistiera los embates de la lucha política”, en contraste con los “sectores medios”, “intelectuales urbanos”, mejor preparados para un combate de esta índole.

Ahora bien, es evidente que en una explicación como la citada aquí no hay tal cosa como una ley general explícita. Es decir, no se afirma literalmente que «sólo los grupos organizados políticamente, cuya proyección involucre un plan de amplio alcance, podrán enfrentarse, con éxito, a un régimen dictatorial». No obstante, el enunciado anterior parece plausible y de hecho se deriva de la explicación dada por el historiador.³⁶ Para Hempel, el que podamos llegar a una conclusión de este tipo indica que la descripción histórica contiene en sí el camino para convertirse en una explicación formal. A esta explicación en potencia, o *protoexplicación*, Hempel la denomina “esbozo de explicación” (*explanation sketch*). “Éste consiste en una indicación más o menos vaga de las leyes y las condiciones iniciales consideradas relevantes, y necesita «completarse» con el fin de convertirse en una explicación hecha y derecha”.³⁷ El esbozo de explicación se distingue de la “seudoexplicación” en que ofrece la oportunidad de ser completado por la vía adecuada. En cambio, la “seudoexplicación”, que normalmente involucra apreciaciones de tipo metafórico más que lógico-racional, no puede ser

³⁶ En este caso particular, es importante recordar que la perspectiva marxista, de la que el pensamiento de Córdova es claro deudor, involucra un férreo procedimiento causal, claramente vinculado a esquemas de explicación utilizados con frecuencia en el ámbito de las ciencias sociales. Entre otros, este tipo de patrón explicativo encuentra coincidencias con el modelo de Hempel.

³⁷ Hempel, *op cit.*, p. 316.

perfeccionada ni confirmada en términos empíricos o teóricos. El objetivo de este proceso de “completamiento” es el de agregar precisión a la explicación histórica, indicando cuáles son los elementos que faltan para establecer una relación de tipo necesario entre la ocurrencia de un fenómeno y sus causas.

En este punto sobresale el otro aspecto fundamental del modelo Hempelian, y sin duda el que más causó revuelo entre sus críticos. Me refiero a la analogía estructural entre explicación y predicción, de la cual ya se hizo mención páginas arriba. Es una consecuencia lógica del argumento el que, a mayor precisión en la explicación, mayor la capacidad predictiva de ésta. Gracias a que todo el modelo está fundamentado en la noción de ley, la predicción es una característica inherente al mismo. Sobre esto, Hempel señala la dificultad de formular explicaciones “de manera tan completa como para exhibir su carácter predictivo”, y con esto se refiere incluso a la práctica científica tradicional.³⁸ Es por ello que, en muchos casos, nos conformamos con hipótesis de carácter probabilístico más que con hipótesis universales. No obstante, esto no implica un cambio radical en la estructura de la explicación, ni en su objetivo, que sigue siendo la organización de los fenómenos en virtud de su regularidad.

El que difícilmente podamos formular una explicación completa, ya sea en historia o en muchas otras ciencias naturales, no quiere decir que aceptemos—dice Hempel— los mecanismos que, tradicionalmente, se han asociado con la explicación histórica, como, por ejemplo, la “comprensión empática” o la *interpretación*. La primera se refiere, obviamente, al viejo adagio de la praxis historiográfica de “ponerse en los zapatos del otro” que, en algunas filosofías historicistas, adquirió un mayor nivel de complejidad al plantearse como un modo específico de intuición histórica que busca reconstruir, no sólo circunstancias externas, sino también el pensamiento que da origen a las acciones.³⁹ Para Hempel, el método de la comprensión empática no contiene las bases de una verdadera explicación en la medida en que es incapaz, por lo menos en los términos en que había sido planteado hasta ese momento, de esbozar una ley general que, en este caso, daría cuenta de regularidades en la conducta humana—confirmables

³⁸ *Ibid.*, p. 316.

³⁹ Desde Dilthey, el modelo de comprensión empática propio de las ciencias del espíritu se orienta al análisis de las acciones humanas. En Collingwood, la influencia de Dilthey es clara a este respecto, particularmente en lo que se refiere a su teoría del *re-enactment*.

empíricamente.⁴⁰

Lo mismo sucede con el fenómeno de la interpretación de los hechos históricos entendida como el descubrimiento de su *sentido*. Aquí, la alusión va encaminada a cualquier tipo de filosofía de la historia especulativa o sustantiva, y en general a cualquier planteamiento del significado de los hechos históricos en función de un objetivo final o a partir de un factor determinante de todo el conjunto de los acontecimientos humanos. Para Hempel, el argumento de que la historia se encuentra determinada por un factor específico, ya sea éste de tipo económico (Marx), ideal-político (Hegel), geográfico o de cualquier otra índole es una afirmación imprudente en la medida en que no especifica en qué tipo de comunidades humanas o circunstancias concretas, y a través de qué factores, tales condiciones impactan de manera regular.⁴¹ Sin duda, nociones como éstas se alejan de un empirismo ingenuo del cual Hempel tampoco es partidario, pero manifiestan una tendencia que todo el positivismo lógico, y en general la filosofía analítica, consideró como un vicio: la interpretación de los sucesos humanos como parte de un plan general, de fundamento eminentemente metafísico.

Según Hempel, las hipótesis universales que merecen ese nombre, y que de hecho forman parte de las reconstrucciones históricas, son, en la mayoría de los casos, leyes psicológicas, económicas y sociológicas aplicadas al estudio del pasado. El problema es que a veces son tan banales (la explicación de la derrota de un ejército apelando a la falta de alimento o a condiciones meteorológicas adversas sería un ejemplo), o su utilización es tan común (métodos para comprobar la autenticidad de documentos que implican leyes físicas o químicas), que no parecen requerir formulación explícita. La consecuencia de esto es que su uso puede ser indiscriminado porque la falta de explicitación no permite someterlas a

⁴⁰ Hempel no cita en este punto a ningún autor en específico. Es poco probable que estuviera pensando directamente en R. G. Collingwood en virtud de que su teoría del *re-enactment* se publicó hasta dos años después. No obstante, la difusión que hizo Mandelbaum sobre los autores idealistas pudo impactar en este sentido el trabajo de Hempel. De cualquier manera, la relación con Collingwood es evidente, por lo menos en razón del argumento, y llama la atención el que Collingwood hubiera rechazado de manera formal la realización de una teoría de la conducta humana con base en patrones de acción. En "Naturaleza humana e historia humana", el inglés afirma: "No es el menor de los errores contenidos en la ciencia de la naturaleza humana su pretensión de establecer un marco al cual debe conformarse toda la historia futura, cerrar la puerta al futuro y atar la posteridad dentro de límites que se deben no a la naturaleza de las cosas [...] sino a las supuestas leyes de la mente misma", en *Idea de la historia...*, p. 301.

⁴¹ Hempel, *op cit.*, p. 322.

verificación. Lo anterior demuestra, a decir de Hempel, la relación que la historia tiene, y debe tener, con las demás ramas del conocimiento, y por lo tanto es la prueba más contundente de que la llamada “autonomía del conocimiento histórico” es en realidad una falacia.

Hasta aquí, he desglosado el argumento de Hempel en sus puntos más importantes. Sin embargo, he destacado particularmente dos aspectos del mismo que en realidad funcionan como dos caras de la misma moneda. Me refiero, por un lado, al problema de la generalización y/o predicción como parte sustancial del mecanismo de explicación científica y, por otra parte, a la forma en que lo anterior determina nuestra consideración de ciertas descripciones como meros esbozos de explicación. Como se mencionó arriba, Hempel habla de la enorme dificultad, no sólo en historia sino en la ciencia en general, de llegar a una explicación completa de los fenómenos, una explicación que, en cuanto ideal, funciona en términos análogos a los de la predicción. En las dos décadas subsecuentes a la publicación de “La función de las leyes generales en la historia”, Hempel se dio a la tarea de reformular su modelo explicativo, particularmente en lo concerniente al tema de la predicción. Esto pudo haber estado motivado, al menos en parte, por la ola de críticas recibidas desde distintos ámbitos disciplinarios. A reserva de tratar esto con mayor detenimiento, diré, por el momento, que fueron muchas las voces de controversia en torno a la aplicación del modelo nomológico-deductivo en aquellas disciplinas cuya explicación se fundamenta en una perspectiva diacrónica: biología evolutiva, geología y, por supuesto, historia. Asimismo, la vigencia del modelo en disciplinas como la economía o la demografía tampoco resultaba del todo convincente, en la medida en que muchas de las leyes ahí planteadas tienen un carácter más probabilístico que universal. Por todo esto, Hempel se vio obligado a reformular su teoría de la explicación. La primera modificación fue la propuesta de dos tipos de modelos de explicación: el nomológico-deductivo y el probabilístico.⁴² Este planteamiento tenía el objetivo de proporcionar modelos teóricos de los distintos tipos de explicación científica, ampliando con ello el alcance de la teoría general, sustentada, como vimos, en la idea de ley o de regularidad. De igual

⁴² “Explantion in Science and in History”, en Robert G. Colodny (ed.), *Frontiers of Science and Philosophy*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1963, pp. 9-33. La version que se cita aquí del mismo texto se encuentra en James H. Fetzer, *The Philosophy of Carl G. Hempel*, pp. 276-296.

modo, de entre las sucesivas modificaciones hechas por Hempel, surgió una que, a mi juicio, resulta más significativa a la luz del debate general. Me refiero a la distinción entre *eventos individuales* y *eventos concretos*. Los últimos son definidos como eventos complejos: “la Revolución de octubre” o “el asesinato de Julio César”. Éstos, dice Hempel, “no pueden ser explicados por medio de leyes generales o en ninguna otra forma”, mientras que los eventos individuales, por referir sólo ciertos aspectos de los eventos concretos, sí son susceptibles de ser *cubiertos* por las leyes generales.⁴³

Grosso modo, la reformulación de Hempel a su modelo pretendía afianzar sus tesis fundamentales, a saber, 1) que toda explicación se fundamenta en ciertas nociones de regularidad y generalización y 2) que, en consecuencia, la historia no representa un ámbito particular del conocimiento científico porque ella misma opera dentro del ámbito de las leyes causales, aunque de manera incompleta o alternativa (por la vía del modelo probabilístico). Sin embargo, la distinción entre *tipos* de eventos (concretos e individuales) no fue sino la manifestación de lo difícil que resultaba, particularmente para el ámbito de la historia, renunciar por completo a la afirmación, que en principio es de carácter ontológico, de aquello que no sin razón el historicismo identificó como el objeto de estudio de la historia: aquellos eventos complejos que por su carácter multifactorial, se nos muestran resistentes a ser planteados en términos de regularidad y cuya abstracción resulta elusiva en la práctica. El problema de lo particular y lo general en la historia se reveló aquí como un fenómeno especialmente complejo, sobre todo en la medida en que representa el correlato entre otra dicotomía importante; aquella que opone los términos de necesidad y contingencia. Al decir que la historia es el conocimiento de lo particular también se asume que trabaja sobre el problema de la contingencia; de la acción humana en términos de actos individuales e irrepetibles. A esta concepción se opone, por lo menos a primera vista, un modelo de explicación claramente fundado en los conceptos de regularidad y necesidad, que antagonizan con los de lo particular y lo contingente. Sobre este punto, es importante aclarar que Hempel rechazó explícitamente la visión determinista de las acciones humanas. De hecho, él nunca se reconoció a sí mismo como un

⁴³ Carl Hempel, “Reasons and Covering Laws in Historical Explanation” [1963], en Patrick Gardiner, *The Philosophy of History*, p. 96.

determinista, sino que sólo defendió el carácter determinista de su modelo y, en última instancia, de cualquier forma de explicación científica. Según sus propias palabras, el análisis del modelo nomológico-deductivo “presenta una tesis sobre la estructura lógica de la explicación científica, mas no sobre el grado en que los acontecimientos individuales pueden ser explicados; eso depende de cuáles sean las leyes que rigen el mundo y, definitivamente, eso no puede determinarse sólo mediante el análisis lógico”. Por estas razones, Hempel sostenía que el *Covering Law Model* no presupone o implica determinismo universal.⁴⁴ Como dije antes, para Hempel es sumamente importante distinguir entre el evento concreto, considerado en su realidad efectiva (que como vimos es precisamente lo que Hempel no considera cognoscible) y aquellas configuraciones o aquellos enunciados que, más que hablar del evento en sí, nos explican algunas de sus características en virtud de su regularidad; lo cual evidencia la importancia del concepto de necesidad en los modelos explicativos. Ahora bien, pese a la resistencia de Hempel a tratar el problema desde el punto de vista ontológico, su alternativa no logró acabar con la creencia de que el objetivo del historiador es, ante todo, explicar la realidad en su concreción y que, en consecuencia, los hechos históricos se definen en términos de lo particular y no de lo general.

La gran mayoría de las críticas al modelo hempeliano fueron formuladas a partir de esta dicotomía. Si bien los distintos integrantes del debate anglosajón buscaron, como Hempel, mantenerse al margen de un planteamiento sobre la forma de ser de la realidad humana, la frontera entre lo ontológico y lo epistemológico no siempre se mantuvo tan clara, pues, en última instancia, la salida más *natural* tanto al problema de por qué la historia representa un modo de conocimiento distinto, como al de por qué no puede adquirir el estatus de ciencia, es que su objeto de estudio le impide llegar a un nivel de abstracción, o de reducción, que dé cabida a la elaboración de esquemas universalizantes. Gradualmente, la discusión logró, no obstante, situar el núcleo del problema en el argumento de que la historia representa un *tipo especial* de explicación científica o cognitiva, pero esto, como veremos, más que una superación de la cuestión llevó al replanteamiento de sus orígenes.

⁴⁴ Hempel, “Explanation in Science and in History...”, p. 301.

EL PORQUÉ Y EL QUÉ DE LA HISTORIA: LA CRÍTICA DE WILLIAM DRAY AL COVERING LAW MODEL

A lo largo de la década de los cuarenta, la discusión sobre la explicación histórica estuvo definida, casi en su totalidad, por las ideas de Hempel. En general, la tarea consistió en analizar si la aplicación del modelo era en efecto posible. Las voces de apoyo vinieron sobre todo de filósofos de tradición analítica o positivista⁴⁵ y de algunos otros historiadores y científicos sociales.⁴⁶ Estos últimos encontraron en Hempel una respuesta sólida al problema de cómo justificar la cientificidad del conocimiento histórico, y el calificativo de *reformistas*⁴⁷ es significativo en la medida en que su reacción se dio en consonancia con la necesidad de transformar la manera en que tanto la investigación, como la exposición histórica, se venían practicando desde el siglo XIX.

Otro acontecimiento que incidió de manera importante en el desarrollo del debate fue la publicación póstuma, en 1946, de *Idea de la historia* de R. G. Collingwood. Como se hizo mención más arriba, esta obra—particularmente en la sección “Epilegómenos”—sintetizó de alguna manera las ideas de Collingwood sobre la distinción entre historia y ciencias naturales y apuntó elementos por demás interesantes, aunque también polémicos y hasta inquietantes, sobre la naturaleza del conocimiento histórico. Como se sabe, semejante diferenciación se explica, en la obra de Collingwood, a partir de la idea de que la historia investiga los acontecimientos históricos como integrados por dos aspectos fundamentales: acción y pensamiento. Por esta razón, el conocimiento histórico no es un asunto que tenga que ver con la *percepción* de los fenómenos—a partir de la cual éstos son observados sólo en su *exterioridad*—, sino que se encarga, fundamentalmente, de *comprenderlos* en su *interioridad*, es decir, en términos de las *razones* que dan lugar a los actos realizados por los seres humanos. De lo anterior se deriva la idea de que la acción humana individual es el objeto de estudio de la historia por excelencia, particularmente en lo que respecta a su carácter *ideal* y, en este sentido, es

⁴⁵ Uno de los representantes más importantes de la defensa del modelo Hempeliano en esta primera etapa fue Morton White, cuyo artículo, “Historical Explanation” (1943), se convirtió en un referente fundamental.

⁴⁶ Una descripción y balance sobre la recepción del modelo tanto por filósofos como por historiadores se encuentra en William Dray, *Laws and Explanation in History*, Oxford, Oxford University Press, 1957, pp. 7-13

⁴⁷ *Ibid*, p. 11.

irreductible en términos de leyes o generalizaciones universales.

Lo anterior representa una síntesis por demás insuficiente de la compleja concepción collingwoodiana de la historia. Sin embargo, la razón que me ha llevado a resumir, y en gran medida a reducir, el argumento de Collingwood—en función de su idea sobre la naturaleza irreductible y peculiar del objeto de estudio de la historia y de su labor reconstructiva—es que son justamente éstos los argumentos que permiten distinguir la separación de los miembros del debate anglosajón en dos grandes tendencias. La primera, representada por Hempel y sus seguidores, rechazó de manera tajante el que la *explicación* histórica pudiera estar determinada por una concepción *idealista* de la acción humana. Como vimos, bajo esta óptica, cualquier esfuerzo por explicar la realidad implica establecer generalizaciones, si no universales del todo, por lo menos altamente probables. Pero la exención de la ley universal, en favor de un esquema probabilístico, no exime a la explicación de funcionar bajo un esquema lógico-deductivo, es decir, que el fenómeno a explicar en efecto se pueda deducir lógicamente de una serie de condiciones precedentes que cumplen la función de causas *necesarias*.⁴⁸ En contraposición, la segunda tendencia sí defendió, si no la naturaleza ideal de los acontecimientos humanos (y por lo tanto la de los históricos) *per se*, sí la forma específicamente *ideal* y/o *racional* de la investigación histórica;⁴⁹ la idea de que la pregunta de la historia es siempre la pregunta por lo particular y específico y no por lo general y recurrente. En este punto, autores como William Dray y Alan Donagan se acercaron mucho más a la tradición humanística e idealista europea, eminentemente continental, de la que en muchos sentidos Collingwood formó parte. Fue sobre todo el filósofo canadiense William Dray quien con mayor profundidad tomó las ideas de Collingwood como la base de su argumentación en contra del modelo hempeliano, bautizado por él mismo como *Covering Law Model* (CLM).⁵⁰ El adjetivo *covering* hace referencia al postulado hempeliano de que toda explicación implica *cubrir* (o subsumir lógica y deductivamente) un fenómeno

⁴⁸ Véase, C. Hempel, "Explanation in Science and in History...".

⁴⁹ Las palabras *ideal* y *racional* tienen aquí una acepción un tanto restringida, muy asociada a las tesis de Collingwood. Decir que la investigación histórica es de carácter *ideal* quiere decir que no puede eludir la dimensión *interior* de los hechos históricos: el pensamiento. En correspondencia, el carácter racional se refiere a la capacidad de hacer inteligible el vínculo entre pensamiento y acción.

⁵⁰ La dificultad para traducir un concepto como éste me ha llevado a mantener el lenguaje original. En lo sucesivo las referencias al *Covering Law Model* aparecerán bajo la abreviatura CLM.

particular bajo el marco de recurrencia de una ley general (o en su defecto, de una ley probabilística). Fue justamente la noción de *cobertura* por leyes generales la que Dray atacó con mayor contundencia, sobre todo bajo el argumento de que tal mecanismo no responde, *de facto* y por sí solo, a una genuina demanda explicatoria, ni siquiera en el ámbito de la explicación científica convencional.

En virtud de la amplia recepción que tuvieron los trabajos de Dray y del diálogo sostenido que mantuvo con los partidarios del CLM, incluido C. Hempel, el canadiense se convirtió rápidamente en el portavoz de la concepción *idealista* de la historia. No obstante, quiero destacar el hecho de que Dray nunca renunció a los postulados elementales de la nueva filosofía de la historia, también llamada filosofía *crítica* o analítica de la historia. En su *Introducción a la filosofía de la historia* (1951), W. H. Walsh dio una amplia justificación sobre la pertinencia de distinguir entre dos formas de empresa filosófica. La primera, englobada bajo el término de “filosofía de la naturaleza”, “se interesa por el curso real de los acontecimientos naturales, con vistas a la formulación de una cosmología o explicación de la naturaleza en su totalidad”. La segunda, denominada “filosofía de la ciencia” “tiene por asunto la reflexión sobre los procesos del pensamiento científico, el examen de los conceptos básicos usados por los científicos, y cuestiones de ese género”.⁵¹ Según Walsh, esta clasificación se mantiene en lo que respecta a una sub-área, por decirlo así, de la labor filosófica, a saber, la historia. Al igual que en su aspecto más general, cuando avocada a la historia, la tarea filosófica se divide en dos grandes grupos: la filosofía especulativa, encargada de discernir el significado de la realidad histórica como tal; y la filosofía crítica o analítica, que se enfoca en los mecanismos que dan lugar a aquello que denominamos conocimiento histórico. La separación es importante en la medida en que la pregunta por la cientificidad histórica se encuadra claramente en el segundo grupo de problemas, de entre los cuales, el de la *explicación* fue considerado como especialmente relevante, al menos en lo que toca al debate anglosajón. De hecho, para Walsh, dos de las tareas más importantes de la filosofía crítica de la historia son: el estudio de la relación entre la historia y otras formas de conocimiento; y el examen de los conceptos que aquélla genera en sus explicaciones.

⁵¹ W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia*, traducción de Florentino M. Torner, México, Siglo XXI editores, 1968, p. 11.

Si tomamos en cuenta semejante clasificación en su sentido más general (la filosofía se pregunta sobre las condiciones de posibilidad del conocimiento histórico), pensadores como R. G. Collingwood y Benedetto Croce bien podrían insertarse en el segundo apartado. No obstante, los filósofos analíticos de los que se ha hecho mención (fue el caso de Patrick Gardiner, Morton White, e incluso del mismo Dray) rechazaron o por lo menos dudaron en vincular de un modo estrecho sus propios trabajos a la obra de los grandes historicistas del siglo XX. Las razones de este distanciamiento se explican, al menos en parte, gracias a Patrick Gardiner, cuya importancia en el debate fue manifiesta y justifica, en gran medida, una cita *in extenso*:

¿Es que no hay razón, de hecho, para examinar con mayor cuidado las formas en que los historiadores practicantes se aproximan a su objeto de estudio, en un esfuerzo por desentrañar las implicaciones que tiene el uso de algunos de sus términos clave, y determinar así las presuposiciones de sus métodos de descripción, clasificación y ordenamiento?

Escritores recientes han creído que así debe ser. En los últimos quince o veinte años se ha producido un buen número de trabajos relativos al pensamiento histórico, desarrollados por filósofos familiarizados con los métodos analíticos. Ha sido principalmente el empleo sistemático de esos métodos, que incluye la exploración y elucidación de conceptos y de formas de argumentación, lo que ha distinguido las contribuciones de estos autores de las de filósofos anteriores que, trabajando los mismos temas, se han desarrollado en un clima filosófico diferente. Es cierto que para filósofos como Dilthey, Croce y Collingwood, el problema más importante era el de descubrir qué es esencialmente la historia, y no demostrar cómo podría ser transformada en otra cosa. Pero, al tiempo en que intentaban mostrar que la historia posee características que le son peculiares y que no pueden ser desestimadas o negadas en nombre de algún tipo ideal de uniformidad epistemológica, a veces mostraron una tendencia a mezclar consideraciones de tipos muy diferentes en una forma que puede causar confusión. Cuando Collingwood, por ejemplo, escribió que toda la historia es historia del pensamiento, no queda claro si estaba describiendo la práctica histórica existente o si estaba haciendo una recomendación de procedimiento. La tesis relativa a revivir o re-experimentar los pensamientos y sentimientos de los agentes históricos padece, en las formulaciones que se han hecho de ella, de una similar falta de claridad: el problema de analizar las implicaciones de la noción de *comprender* el comportamiento de otra persona, no siempre se distingue de las muy distintas (aunque conectadas) cuestiones relativas a la explicación de cómo una comprensión de este tipo puede ser alcanzada o la de describir cómo se siente creer que uno posee dicha comprensión. Al fallar en separar suficientemente las investigaciones lógicas de las metodológicas y psicológicas, Croce—para dar un ejemplo—a veces da la impresión (tal vez no del todo voluntaria) de suponer que la validez de los juicios históricos puede ser certificada subjetivamente; esto es, apelando a la experiencia o intuición interna del historiador. Y semejante criterio está abierto a obvias objeciones si la historia continúa siendo considerada como un estudio “objetivo” que utiliza métodos interpersonales de verificación. En general, escritores contemporáneos han tratado de evitar estas dificultades, al considerar sus investigaciones como de un carácter básicamente conceptual y rechazando el uso de un vocabulario psicológico o cuasi-psicológico en

la presentación de sus conclusiones. Nuevamente, ellos han intentado—aunque esto no siempre ha sido fácil—distinguir los problemas de análisis lógico de las cuestiones de evaluación y apreciación: examinar, por ejemplo, los conceptos que los historiadores usan habitualmente y las formas en que los emplean, es claramente distinto a preguntar si esos conceptos son los mejores, o los más fructíferos, o si la terminología histórica no requiere algún tipo de replanteamiento que derive, por ejemplo, en una mayor precisión.⁵²

Como se puede ver, el tipo de reflexión filosófica que postula Gardiner, se encuentra en clara consonancia con la definición de Walsh. Esto explica, a mi juicio, la fuerte tendencia, por parte de los filósofos de tradición anglosajona, a “reducir” el problema del conocimiento histórico al de la lógica de la explicación histórica. En la medida en que el problema de la historia fue confrontado, casi exclusivamente, desde el ámbito de la explicación—la elaboración de juicios consistentes y verificables sobre ciertos fenómenos—la línea divisoria entre ciencia e historia pudo adelgazarse, al tiempo en que dio la oportunidad de postular, en algunos casos, *distintas* formas de explicación científica.

En relación con lo último es que la obra de William Dray, *Laws and Explanation in History* (1957), tuvo mayor relevancia. La tesis general del autor es que el *Covering Law Model* (CLM) es inaplicable o por lo menos insuficiente en el marco de las explicaciones históricas. No obstante, lo anterior está lejos de justificar la debilidad de las explicaciones históricas, cuya fuerza no depende de la formulación de leyes generales. En realidad, dice Dray, la inaplicabilidad del CLM en la historia tiene que ver con las limitaciones propias del modelo y con el hecho de que, en términos prácticos, no hay una sola estructura explicativa, sino muchas de ellas. Aunque no fue Dray el primero en hacer notar que incluso la ciencia convencional utiliza distintas formas de explicación (no siempre consonantes con el CLM), sí fue probablemente el primer filósofo en tomar en serio las implicaciones epistemológicas de semejante distinción para el caso de la historia. En concreto, la aportación más relevante de Dray al debate fue la marginación del

⁵² Patrick Gardiner, *Theories of History*, pp. 267-268. La traducción es mía. Este libro constituye la primera presentación de los textos más influyentes del debate anglosajón. El autor es compilador y revisor de los distintos textos ahí vertidos. Distintas versiones sobre el problema de la filosofía de la historia se pueden ver en Hans Meyerhoff, *The Philosophy of History in our Time*, New York, Anchor Books, 1995, (Introducción), y en Louis O Mink, “Is Speculative Philosophy of History Possible?”, en B. Fay, E. Golob y R. Vann (eds.), *Historical Understanding*, Ithaca, Cornell University Press, 1987, pp. 147-163, y Peter Munz, *The Shapes of Time*, Particularmente el texto de Mink es una fuerte crítica a la visión de Walsh sobre las diferencias entre ambos tipos de filosofías de la historia.

CLM a un ámbito muy específico, no de la explicación científica en general, sino de la lógico-filosófica en particular. Es por ello que su obra inaugura, a mi juicio, lo que otros autores han denominado el progresivo debilitamiento del modelo hempeliano y su total desplazamiento, en última instancia, del espacio de la teoría histórica.⁵³ El “desgaste” de la propuesta hempeliana se llevó a cabo de manera gradual a lo largo de la década de los cincuenta del siglo XX, y dio lugar a una suerte de estancamiento en la discusión, en la década siguiente. A lo largo de estos años, la complejidad de los argumentos fue en aumento, debido a que las distintas propuestas sobre la pluralidad de las explicaciones científicas —generadas en oposición a la noción unitaria de la explicación hempeliana— no lograron demostrar, de manera convincente, en qué medida la práctica histórica hace uso de distintas modalidades de explicación. Todo esto dio como resultado una imagen de la labor histórica incluso más atomizada e incoherente que la que estos filósofos se habían propuesto superar.

En muchos sentidos, la obra de Dray marcó el curso del debate en su segunda etapa (la década de los cincuenta) y, a mi juicio, jugó el difícil papel de ejemplificar tanto los argumentos por los cuales era, sino necesario, por lo menos deseable superar las restricciones de la equiparación entre explicación y explicación nomológica, al mismo tiempo que volvió a hacer patente la tensión, tiempo antes notada por Dilthey, entre dos aspectos aparentemente irreconciliables del conocimiento, la *explicación* y la *comprensión*. Veamos esto con mayor detenimiento.

La utilidad de las leyes generales

Se ha insistido mucho, a lo largo de estas páginas, en que para los seguidores del CLM la condición necesaria de cualquier explicación es la formulación de leyes universales, y también se ha hecho notar cómo es que, en ese sentido, la

⁵³ Fina Birulés, “Introducción”, en Arthur C. Danto, *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, introducción de Fina Birulés y traducción de Eduardo Bustos, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 1989, pp. 9-29. Muchos fueron los autores que llamaron la atención sobre el desgaste del *Covering Law Model*. Al respecto, Louis O. Mink afirmó que “Three decades of criticism to the covering-law model of explanation, however, have led to a progressive wakening of its claims and of its scope of application”. Mink, “Philosophy and Theory of History”, en G. Iggers (ed.), *International Handbook of Historical Studies, Contemporary Research and History*, Westport, Greenwood Press, 1979, pp. 17-27, p. 20.

explicación científica y la predicción tienen una estructura análoga. También he mencionado que Dray elaboró su crítica al CLM en función de semejante presupuesto, siendo el análisis concienzudo del concepto de ley el núcleo de su argumento.

A decir de Dray, la estructura del CLM, según lo planteó Hempel, implica la equiparación entre dos elementos que no deben confundirse. Por un lado, el modelo insiste en que la validez de la explicación radica en su carácter deductivo; que el *explanandum*, o fenómeno a explicar, debe *deducirse* de las condiciones precedentes (*explanans*). Por otro lado, es igualmente importante que la explicación contenga al menos una ley general que permita vincular las condiciones antecedentes con el fenómeno resultante, de modo que estemos autorizados a denominar aquéllas como *causas* y a este último como su *efecto*. Solo así es posible establecer la regularidad (predicción) del fenómeno; la existencia de una relación de tipo causal-universal. Cuando la ley es de tipo universal (como en la formulación clásica del CLM) es posible formular un enunciado del tipo “Siempre que *p* entonces *q*”. Por su parte, cuando la ley se admite sólo en términos probabilísticos, el enunciado que nos está permitido establecer es uno del tipo “Siempre que *p* es probable que *q*”. Hempel afirma que, en ambos casos, la explicación sigue siendo de carácter nomológico, pues, en términos de su estructura lógica, la ocurrencia del fenómeno siempre se deduce de leyes generales o de principios teóricos.⁵⁴ Por esta razón la explicación mantiene invariablemente su carácter predictivo, aunque éste sea relativo a la consistencia de la ley en cuestión.

Ahora bien, desde 1942, Hempel había sugerido que, difícilmente, una explicación podría cumplir los requisitos del modelo nomológico deductivo. El autor reconoció, en su momento, que frente a la complejidad de ciertos fenómenos es preciso plantear una *hipótesis de probabilidad*, más que una *hipótesis universal*.⁵⁵ Fueron justamente las *hipótesis de probabilidad* las que permitieron al autor modificar el modelo inicial y plantear así el llamado modelo probabilístico como el más adecuado o usual en la práctica histórica, sin negar que el otro fuera imposible de plantear en ese mismo ámbito.

⁵⁴ C. Hempel, “Explanations in Science and in History...”, p. 278.

⁵⁵ C. Hempel, “La función de las leyes generales en la historia...”, p. 315.

Hay ejemplos recurrentes, dentro de la literatura del debate, sobre tipos de leyes generales que supuestamente aplican en casos históricos o que pueden derivarse de ellos. Uno de los más recurrentes, formulado por K. Popper, sostiene que, respecto a la primera división de Polonia, se podría formular una ley de tipo sociológico de la siguiente manera: “Si de dos ejércitos que están igualmente bien armados y listos para enfrentarse, uno tiene una tremenda superioridad numérica, entonces el otro nunca gana”. Otro ejemplo interesante tiene que ver con el hecho de que la impopularidad de Luis XIV al momento de su muerte pueda explicarse en función de las políticas establecidas durante su reinado, en detrimento de los intereses del pueblo francés. En este caso, una generalización del tipo “Los gobernantes que procuran políticas en detrimento de los intereses de sus gobernados mueren siendo impopulares”, es inadmisibles para el historiador, no por ser demasiado general, como en el caso anterior, sino porque es peligrosamente específica. De hecho, prácticamente nadie estaría dispuesto a admitir que semejante enunciado posee valor universal. Por esta razón, la única forma de obligar al historiador a admitir la veracidad de una explicación semejante, sería mediante la formulación de un enunciado del tipo: “Cualquier pueblo exactamente como el francés, en las mismas condiciones en que se encontraba el pueblo francés al momento de la muerte de Luis XIV, desaprobaría a un gobernante como Luis XIV”.⁵⁶ No obstante, aun contando con la “anuencia” del historiador hacia la veracidad de la frase, es difícil pensar que pudiera concederle alguna utilidad o una genuina fuerza explicativa.

Respecto al primer ejemplo—la ley sociológica de Popper—podría fácilmente objetarse que, en virtud de la generalidad de la ley, ésta no resulta útil ni convincente para explicar un hecho particular. En relación con el segundo ejemplo, la inutilidad de la ley también se hace patente, aunque por la razón opuesta a la del primer caso. El enunciado relativo a la impopularidad de Luis XIV, según su última formulación, está lejos de referir una ley que por su generalidad es insuficiente pero se encuentra muy cerca de constituir la ley de un único caso. En palabras de Dray la trivialidad de este tipo de leyes “reside en el hecho de que, entre más lejos llega el proceso de generalización, más difícil se vuelve concebir

⁵⁶ William Dray, *Laws and Explanation in History...*, pp. 28-38. La traducción es mía. En lo sucesivo todas las citas de este tipo son de traducción propia.

algo que la verdad de la ley deje fuera”, o, mediante el mecanismo contrario, ésta se vuelve tan específica que pierde fuerza explicativa. En ambos casos, la consecuencia es que la formulación pierde “su interés metodológico”.⁵⁷

En el curso de esta argumentación he dejado de lado la cuestión que la originó, a saber, que William Dray afirma que hay dos elementos distintos y no necesariamente compatibles en el concepto de explicación propuesto por Hempel. Estos dos elementos son la fuerza predictiva de la explicación y su consistencia lógica. Recordemos una vez más que, para Hempel, cualquier tipo de explicación es nomológica, y que, incluso cuando la noción de ley se relativiza (como en el modelo probabilístico), el poder predictivo es intrínseco a la misma. Pero qué sucede, se pregunta nuestro autor, cuando el contenido del término “ley” se debilita a tal grado que la explicación, valga la redundancia, pierde a todas luces su fuerza explicativa, aun cuando logra conservar sus elementos lógicos fundamentales. Tal es, obviamente, el caso de los ejemplos aquí citados. Según Dray, la razón de la inaplicabilidad del CLM en la historia reside en que, tal como ha sido formulado, el modelo no distingue entre dos procedimientos distintos: el de la predicción y el de la justificación inferencial.

Según el autor, lo que nos lleva a considerar que un determinado acontecimiento (*E*) ha sido exitosamente derivado, o explicado, a partir de una serie de factores o condiciones antecedentes (C_1, C_2, C_3, \dots) no refleja, de *facto*, la existencia de una ley general, sino sólo el *principio de inferencia* presente en cualquier explicación de carácter lógico o racional. El denominado *principio de inferencia* simplemente establece que una determinada argumentación se encuentra, en efecto, formulada en términos razonables. En otras palabras, que el mecanismo mediante el cual llegamos a cierta conclusión (cuando ocurre ‘*p*’ entonces ‘*q*’) se dio mediante la consideración de una serie de factores en conexión con un determinado resultado. Esto, dice Dray, es muy distinto a afirmar que semejante explicación involucra, necesariamente, una ley general. En este punto, Dray recupera la noción de *inference license* de G. Ryle. Según esta idea, cuando formulamos una oración del tipo “Si *p* entonces *q*”, lo único que está en juego es la “licencia” que nos damos, por así decir, de afirmar que es razonable pensar que,

⁵⁷ *Ibid.*, p. 31. Véase también pp. 38-39.

siempre que 'p' sea verdadera, 'q' también lo es. Ryle denomina a este tipo de enunciado con el nombre de "general hipotético" (*general hypothetical*). El general hipotético, explica Dray, es tan sólo un tipo de enunciado que "no nos dice nada sobre lo que es, ha sido, o será el caso; éste nos dice solamente lo que podríamos ser capaces de *decir* si "tal o cual" fuera el caso". Por lo anterior, "afirmar la verdad de "'p entonces q'" es reclamar la justificación de inferir 'q' si notamos p". El general hipotético pertenece, por lo tanto, al lenguaje del razonamiento, de normas y estándares, no de hechos y descripciones".⁵⁸

Por medio de este argumento Dray asesta, a mi juicio, un duro golpe a la equiparación entre explicación y predicción, no solamente porque logra establecer la independencia entre lógica argumentativa y leyes generales, sino, sobre todo, porque devuelve el concepto de ley a un terreno del cual los filósofos precedentes siempre quisieron desterrarlo: el de la inferencia empírica. La razón de dicho exilio tiene que ver con una larga discusión sobre el concepto de causalidad en Hume, cuyo análisis no tiene cabida en este espacio.⁵⁹ No obstante, basta con recordar la sentencia de que las relaciones causales-universales no se dan en la realidad en sí, sino que son parte de nuestra forma de entender el mundo. Sin embargo, resulta difícil negar el hecho de que la ley necesita de comprobación empírica (razón por la cual el término es frecuentemente sustituido por el de *generalización empírica*). Asimismo, tampoco parece incorrecto afirmar que, en realidad, la formulación de una ley surge de la inferencia de ciertas regularidades en el terreno de lo empírico y se consolida mediante su *elevación* al ámbito de las estructuras lógicas, correspondientes a una explicación genuinamente científica.⁶⁰ Si tomamos en cuenta lo anterior, resulta claro por qué los argumentos de carácter histórico, aún

⁵⁸ *Ibid.*, p. 40.

⁵⁹ Un análisis muy completo sobre el problema de la causalidad en Hume se encuentra en Tom Beauchamp y Alexander Rosenberg, *Hume and the Problem of Causation*, New York, Oxford University Press, 1981. Estos autores entienden como una tensión ineludible del pensamiento de Hume el hecho de que la idea de causa está definida, en la obra de Hume, tanto a partir de una base empírica como en términos de una categoría subjetiva. Semejante tensión subyace de algún modo a casi todas las discusiones sobre explicación causal o explicación por leyes. Sin duda, el positivismo lógico intentó superar esa tensión y probablemente en otros campos de discusión esto haya sido posible. No obstante, desde mi punto de vista, la intención de aplicar el CLM a la explicación histórica hizo patente que tal conflicto no se encontraba del todo superado. En este sentido, concuerdo con la interpretación de Dray. Otra referencia sobre la relación entre el positivismo lógico y el pensamiento causal de Hume se puede encontrar en James H. Fetzer, *The Philosophy of Carl Hempel...*, pp. xiii-xxxiii (introducción).

⁶⁰ Cfr. W. Dray, *op cit.*, p. 44.

cuando formulados correctamente en términos lógicos, eluden, por lo regular, la afirmación explícita de leyes generales. Finalmente, de buen oficio se sabe que el historiador, por mucho que pueda determinar el pasado, difícilmente se atreve a predecir el futuro.

La discusión sobre el *principio de inferencia* dio salida a dos problemas fundamentales del argumento de Dray. El primero era desechar el concepto de ley como una condición necesaria de cualquier tipo de explicación. El segundo, desplazar el centro de atención del terreno de las generalizaciones al de los casos particulares. De esta forma, el autor llegó a la conclusión de que la razón por la cual las explicaciones históricas se resisten de un modo muy natural a la formulación nomológica, no tiene que ver con que el historiador no pueda establecer relaciones causales—inferir conclusiones o resultados a partir de condiciones precedentes. El historiador, afirma Dray, en efecto utiliza métodos clasificatorios y generalizadores, en la misma medida en que establece relaciones causales, pero sostener esto no implica admitir que, cuando lo hace, la formulación de leyes generales está implícita. Según el argumento de Dray, lo anterior revela de manera contundente que el objetivo principal del historiador sigue siendo el descubrimiento de aquellos elementos que hacen de los eventos históricos hechos particulares.⁶¹

Ahora bien, es importante acentuar que Dray rechaza la justificación de la historia como una ciencia de lo particular desde la concepción que determina las acciones humanas como pertenecientes al reino de la libertad, de lo indeterminado—en contraposición con la determinación que rige el mundo natural. Recordemos pues que la propuesta del autor se mantiene dentro de los límites que tanto Walsh como Gardiner impusieron a la labor filosófica sobre la historia. Nada nos impide, según Dray, clasificar la Revolución francesa como una *clase* particular de evento, a saber, una revolución, con lo cual nos encontramos, irremediabilmente, construyendo una cierta abstracción y clasificando un fenómeno *particular* dentro de un esquema general. No obstante, Dray argumenta que el objetivo principal de un historiador no es, por lo regular, poner énfasis en la relación que tiene la Revolución francesa con otros fenómenos históricos—igualmente denominados

⁶¹ Esta es una síntesis del argumento de Dray de la sección titulada “The Uniqueness of Historical Events”, en Dray, *op cit.*, pp. 44-50.

revoluciones— por el hecho mismo de pertenecer a la misma *clase* de cosas. Sin negar que muchos historiadores hayan podido, en efecto, emprender dicha tarea, es indudable que incluso el esfuerzo clasificatorio tuvo que haber pasado por otro largo proceso de identificación de elementos *proprios* de la situación de la Francia de finales del siglo XVIII.⁶² El verdadero núcleo de la explicación histórica, y su compleja relación con el ámbito de lo concreto, es una cuestión de *perspectiva*, de *enfoque*, y, en última instancia, de *tipos de análisis* y *tipos de explicaciones*. Bajo esta idea, la historia no se refiere a una forma de realidad distinta a la que, por ejemplo, el científico social podría tomar como objeto de estudio. Ambos pueden, siguiendo nuestro ejemplo, emprender un estudio de la Revolución francesa. No obstante, el tipo de explicación *pertinente* en cada disciplina obedece a reglas distintas. En el caso de la historia, la regla tiene que ver más con la especificidad de los fenómenos que con su recurrencia. Nadie podría o debería negar que, tanto el científico social como el historiador, pretenden responder preguntas, esto es, *explicar* fenómenos. Pero aquello que hace que sus explicaciones sean o no satisfactorias tiene que ver con la dimensión pragmática en que éstas se insertan.⁶³ Expliquemos esto.

La dimensión pragmática de la explicación histórica

Una vez diluida o por lo menos relativizada la relación entre estructura lógica y predicción, Dray analiza lo que, a su juicio, en realidad da fuerza explicativa a las descripciones hechas bajo el modelo hempeliano. Una vez más, la respuesta elude el elemento nomológico al afirmarse que la fuerza de una explicación por leyes generales tiene que ver con la capacidad que tenemos para referir dichas leyes a contextos más amplios de significación. En este sentido, podríamos preguntarnos

⁶² *Ibid.*, pp. 49-50. En un argumento similar, Isaiah Berlin afirma que el historiador no se interesa particularmente por las similitudes entre los fenómenos, sino justamente por sus diferencias, y si así lo hace no es porque quiera extraer leyes de aquellos elementos comunes a todas las revoluciones. Véase, I. Berlin, "The concept of Scientific History", en *History and Theory*, vol. 2, no. 1, 1960, pp. 1-31, pp. 18-19.

⁶³ El matemático y filósofo M. Scriven llevó el argumento de la pluralidad de contextos de explicación a su formulación más clara. En "Truism as the Grounds for Historical Explanations", el autor acusa a Hempel de no haber podido distinguir entre una explicación y su justificación. La idea de las leyes generales y su carácter predictivo es simplemente la justificación para que creamos que una explicación específica puede ser verdadera, pero no consisten ellas mismas en la explicación en sí. Según Scriven, no hay tal cosa como una explicación aislada de un determinado contexto de significación. Al igual que Dray en su momento, Scriven defendió la naturaleza pragmática del término *explicación*. Véase el artículo citado en, P. Gardiner, *Theories of History...*, pp. 386-402.

si la explicación dada en términos de leyes de *cobertura* cumple plenamente la función de explicarnos por qué pasó lo que pasó. Sin negar con ello la capacidad predictiva de las leyes de cobertura en su formulación convencional, Dray sostiene que, para que la explicación como tal adquiriera un carácter eminentemente explicativo, es necesario reconocer el vínculo entre la ley y la teoría que la soporta. No obstante, entender una ley en correspondencia con la teoría que la justifica científicamente no es un recurso que se encuentre siempre a la mano, y si sostenemos que ésta es la única manera de aplicar correctamente la ley, estaríamos en riesgo de perder de vista que este tipo de explicaciones son de hecho inteligibles, incluso en el contexto de nuestra vida cotidiana, y frente a un público que no cuenta, necesariamente, con la sapiencia del físico, el sociólogo o el filósofo de la ciencia, según sea el caso.

Para ilustrar este punto, Dray hace uso de un ejemplo muy similar al del radiador descompuesto de Hempel,⁶⁴ sólo que, en este caso, se trata de la descompostura de un motor de auto a causa de una fuga de aceite. A este respecto, el autor argumenta que la mera formulación de una predicción o ley general del tipo: “Siempre que la reserva de aceite de un automóvil tenga una fuga, el motor del mismo, tarde o temprano, deja de funcionar”, no es suficiente explicación del fenómeno. La verdadera explicación, sostiene Dray, radica en la capacidad que se tenga para entender el funcionamiento del coche y, por lo tanto, para identificar la fuga de aceite como *la causa* del problema. Lo que el entendimiento del fenómeno requiere es la re-creación del procedimiento o de la secuencia de eventos que describen el funcionamiento del motor y, por lo tanto, la posibilidad de explicar su descompostura tiene que ver con nuestra capacidad para “seguir el curso de eventos a partir de los cuales la descompostura tuvo lugar”.⁶⁵ Cuando eso ocurre, el mecanismo se revela: “el aceite salió por el orificio de la fuga; nada llegó al cilindro para lubricar el pistón; el movimiento del pistón seco contra las paredes del cilindro las calentó; y el metal caliente se expandió y trabó con fuerza el mecanismo”.⁶⁶ Sólo después de hacer tal reconstrucción es que yo, que no soy ni físico ni ingeniero, logro *entender* por qué se llevó a cabo el fenómeno.

⁶⁴ *Vid supra*, pp. 25-26.

⁶⁵ W. Dray, *Laws and Explanation in History...*, pp. 67-68.

⁶⁶ *Ibid.*

Ahora bien, la explicitación del procedimiento reconstructivo habla de lo importante que resulta para una explicación mostrar los hechos como *inteligibles*, y esto, según Dray, se logra mediante su identificación en tanto que partes de una *secuencia* reconocible de acontecimientos. Este mecanismo no es inductivo ni deductivo en sí mismo, sino esencialmente inferencial, entendiendo el término *inferir*, en su sentido cotidiano, como “sacar una consecuencia o deducir algo de otra cosa”.⁶⁷ Llegado este punto nos encontramos en un ámbito de la explicación, no siempre estimado en su justa proporción, que permite asociar el vocablo con su uso cotidiano, y no sólo con su aplicación estrictamente lógica.

En relación con lo anterior, Dray afirma que existe un grado de complejidad esencial al problema de lo que, ordinariamente, consideramos como explicativo. Para el autor, la demanda por una explicación surge de un genuino desconcierto que no puede ser superado mediante una respuesta del tipo “Eso es lo que siempre sucede”. En historia, lo anterior constituye, más que una excepción, la regla, y por lo tanto es, en este caso, en donde se hace más patente el hecho de que una explicación no sólo *puede* ir más allá de la certificación de que “lo que siempre sucede”, sino que, de hecho, *debe* ir más allá.⁶⁸ La sensación de falta de inteligibilidad, surgida casi espontáneamente frente a una respuesta del tipo “eso es lo que siempre sucede”, es justamente lo que nos empuja hacia un análisis posterior, hacia la pregunta de *qué es lo que en verdad sucedió*. Ahora bien, la necesidad de ir más allá de la mera enunciación nomológica no constituye una exigencia lógica, sino una esencialmente *pragmática*. La fiabilidad de la estructura lógica puede estar absolutamente manifiesta en términos estrictamente deductivos o inductivos: “Siempre que la reserva de aceite de un carro tenga una fuga, el motor del mismo, tarde o temprano, deja de funcionar”; “Si de dos ejércitos que están igualmente bien armados y listos para enfrentarse, uno tiene una tremenda superioridad numérica, entonces el otro nunca gana”; “Cualquier pueblo exactamente como el francés, en las mismas condiciones en que se encontraba el pueblo francés al momento de la muerte de Luis XIV, desaprobaría a un gobernante como Luis XIV”. No obstante, es una realidad *práctica* el que, en un

⁶⁷ *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Real Academia Española, vigésima primera edición, 1992.

⁶⁸ W. Dray, *op cit.*, p. 73.

importante número de contextos, tales explicaciones resulten a todas luces *insuficientes* para aclarar nuestro entendimiento del fenómeno.

Llegado este punto, no resulta extraña la afirmación de que la investigación histórica es, por excelencia, el ámbito en el que se revela con mayor fuerza la urgencia por considerar la explicación en su dimensión pragmática. En la práctica historiográfica, la necesidad explicativa se realiza mediante la elaboración de lo que Dray denomina una “narrativa explicativa”, encargada de construir series continuas, integradas por sucesos *observables*. La peculiaridad de este modo específico de explicación es que, usualmente, “cada evento de la serie se establece independientemente de su evidencia”.⁶⁹ Esto quiere decir que “no hay una teoría general que nos exima de efectuar la investigación detallada sobre el curso *actual* de los acontecimientos”.⁷⁰ La labor de reconstrucción, que en otros contextos explicativos podría incluso obviarse, es una condición necesaria en el ámbito histórico. En otras palabras, la *lógica* de la explicación histórica no existe sin la labor reconstructiva; sin un recuento de lo *que* pasa, no puede existir un *porqué*.⁷¹

Ahora bien, a la luz de lo dicho hasta aquí, urge preguntarse si la noción de *narración explicativa* de Dray es lo suficientemente amplia como para agrupar todas las formas de explicación histórica en un solo conjunto, o si representa, al menos, la base sólida de una posible teoría de la narración histórica en términos de una teoría de la explicación histórica. En virtud de lo antes expuesto, no resultaría del todo injustificado pensar que Dray podría haber emprendido al menos el segundo camino. Sin embargo, todo parece indicar que el término *narración explicativa* no resultó tan poderoso, a sus ojos, como para equipararlo a un modelo de explicación causal.⁷² Semejante paralelo, podríamos pensar, hubiera implicado la vuelta a un

⁶⁹ Esto no es equivalente a negar que los historiadores fundamentan sus tesis en pruebas empíricas, pues resulta evidente que el uso de fuentes es la base de la reconstrucción histórica. La palabra *evidencia* se usa aquí en términos de formulaciones estrictamente teóricas, abstractas.

⁷⁰ W. Dray, *Laws and Explanation in History...*, p. 81. Cursivas mías.

⁷¹ En un brillante artículo titulado “Explanations in History and the Genetic Sciences”, (1955), W.B. Gallie desarrolla un argumento paralelo a éste, denominando como *explicación genética* a los argumentos causales que funcionan en términos de secuencias temporales, más que sobre generalizaciones universales. Según Gallie, la explicación genética no es exclusiva de historia, si no que funciona en muchos tipos de ciencias (biología, geología etc.), por lo cual no puede funcionar como elemento distintivo entre historia y conocimiento científico. El artículo se encuentra publicado en P. Gardiner, *Theories of History...*, pp. 386-402.

⁷² De hecho, Dray ocupa un espacio bastante limitado dentro de su argumento, al análisis del concepto de “narración explicativa”, cuyo tratamiento se ve casi interrumpido por la consideración, mucho más detallada, de los principios de la acción en las explicaciones históricas.

planteamiento unificado de la explicación que Dray difícilmente hubiera admitido. En el fondo es quizás este último problema lo que evitó que nuestro autor emprendiera la tarea de adoptar un solo término para identificar la explicación histórica. Aunque Dray no abunda demasiado en este punto, sí es claro al afirmar que “es poco probable que encontremos algún rasgo lógico en función del cual, todas las explicaciones históricas puedan ser agrupadas en tanto que *históricas*”.⁷³

Tal vez más que en cualquier otro punto del argumento, es aquí en donde Dray se revela como un filósofo eminentemente analítico, comprometido, en última instancia y casi de manera exclusiva, con el carácter epistémico de la historia. Su propuesta consiste, básicamente, en que las explicaciones dadas en los libros de historia son “misceláneas en términos lógicos”, y por lo tanto imposibles de abarcar desde un enfoque unitario.⁷⁴ Sin embargo, llevar este impedimento hasta sus últimas consecuencias hubiera colocado a Dray en una posición incómodamente cercana a la de algunos filósofos hempelianos.⁷⁵ Para no dejar a la historia al margen de la empresa cognitiva, Dray propuso un modelo, no de explicación histórica como tal, pero sí de *análisis* histórico. Desde el principio, la idea de una pluralidad de formas explicativas, llevó al autor a considerar cuestiones de *enfoque* o *perspectiva*.⁷⁶ Con esto como fundamento, Dray fue capaz de postular al análisis de la acción humana *racional* como el tipo de análisis causal más recurrente en la práctica histórica. A este respecto, la filosofía histórica de Collingwood fue fundamental, particularmente su teoría del *re-enactment* —la reconstrucción de los pensamientos que dan lugar a la acción. Con su ayuda, Dray planteó la existencia de dos tipos de investigación (*inquiry*) de tipo causal: 1) aquella en que el investigador busca establecer conexiones causales generales

⁷³ *Ibid.*, p. 85, cursivas mías.

⁷⁴ *Ibid.*

⁷⁵ En particular respecto a las ideas de Morton White, quien, en 1943, sostuvo que no hay un tipo de explicación eminentemente histórica, si no que las explicaciones dadas en los libros de historia manifiestan la presuposición que se hace de los conocimientos establecidos por otras disciplinas científicas. “No examination of history books will yield terms that cannot be classified as terms from some other science. If one imposes this task on the historian in search of terms specific to history, one cannot hope to define “historical statement” or “historical explanation” as different from other kinds of statements and explanations”. M. White, “Historical Explanation”, en Patrick Gardiner, *Theories of History...*, pp. 353-372, p. 368.

⁷⁶ Estos dos términos deben entenderse aquí en su justa dimensión. Dray no es un perspectivista ni un relativista en el sentido en que podríamos entenderlo a la luz de la teoría histórica actual. Su propuesta en este sentido simplemente distingue entre contextos de inteligibilidad o significación, sin que ello lo lleve a negar la posibilidad de verificar o comprobar un argumento explicativo o causal.

(leyes) y 2) y otra que, por el contrario, busca descubrir la causa de un acontecimiento particular; *su razón de ser*. La historia se coloca, evidentemente, en el segundo grupo y utiliza una forma de *conexión causal* que identifica ciertas condiciones como *cruciales* dentro de una secuencia específica de acontecimientos.⁷⁷ Esta forma particular de análisis causal no es ajena a la creación de generalizaciones, sin embargo, éstas se formulan a partir de los casos concretos, y “simplemente sintetizan una corriente, observada en los casos particulares, frente al aislamiento de un tipo de condición como especialmente notable”.⁷⁸ Permítaseme ilustrar lo anterior de la siguiente manera. Supongamos que, al terminar de leer un libro sobre la caída de Hitler, encontramos que la explicación brindada por el historiador es perfectamente razonable, y de hecho se *deduce* de lo ahí expuesto. Es innegable que, en este caso nuestra aprobación no podría surgir sin la tarea previa de haber *recorrido*, por así decir, el curso de la narración—el curso de los acontecimientos. De igual modo, sería muy difícil evitar el mismo tipo de procedimiento en el caso de que quisiéramos elaborar, en tanto que historiadores, nuestra propia reconstrucción. Aun pensando que la perspectiva aludida es incontrovertible, esto no nos impide insertar el mismo evento en una cadena causal distinta. Si pensamos, por ejemplo, que la primera explicación se refiere a la caída de Hitler por razones políticas, no sería descabellado afirmar que ésta se convirtiera en un elemento, si no irrelevante, por lo menos sí insuficiente para la realización de otro tipo de investigación sobre el mismo hecho, ya no en términos estrictamente políticos sino, pongamos por caso, biográficos; internos, psicológicos o intelectuales. Así, los elementos que una explicación de la caída de Hitler por razones políticas identifica como *cruciales* no necesariamente mantienen su valía en la generación de explicaciones posteriores, aun cuando aquéllos puedan haberse convertido, con toda legitimidad, en la base sólida de una explicación previa.⁷⁹

⁷⁷ W. Dray, *Laws and Explanation in History...*, pp. 105-106.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 108.

⁷⁹ Estoy consciente de la reducción del problema en este caso. Fácilmente podríamos pensar en combinaciones entre explicaciones o en el hecho, casi incontrovertible, de que la gran mayoría de explicaciones sobre la caída de Hitler (al menos las reconocidas en el ámbito académico), difícilmente excluirían una perspectiva política. No obstante, la simplicidad del ejemplo es sólo para acentuar el hecho de hasta qué punto, un mismo acontecimiento puede tomar distinta fuerza explicativa en una u otra *historia* y esto último creo que es un hecho incontestable en la práctica histórica. De igual forma, es preciso anotar que en este punto Dray elude cualquier tipo de

En consecuencia, según Dray, hay suficientes razones para afirmar que el término *causa* tiene, en la historia, una lógica propia y peculiar que hace que “no pueda ser determinado en una forma metafísica o científica sin cambiar su función”.⁸⁰ Que lo anterior constituye la dimensión específicamente *pragmática* de la explicación histórica es para Dray un hecho incontestable. Para él,

It is the relegation of the discovery of causes to the world of ‘instances’ which reveals the source of the difficulty. For if all causal inquiry was like that experimentation which yields knowledge of causal laws—general causal relationships—Oakeshott’s criticism would have some force. But, as I have shown, to give and defend a causal explanation in history is scarcely ever to bring what is explained under a law, and almost always involves a descriptive account, a *narrative*, of the actual course of events, in order to justify the judgment that the condition indicated was indeed a cause. Finding the cause of an historical event is thus no *substitute* for knowing exactly what happened—which Oakeshott rightly regards as an essential mark of historical inquiry. Indeed, it involves a judgement which depends on knowing just that.⁸¹

Ahora bien, el punto medular aquí es ¿cómo debe entenderse el contenido del término *causa* en este contexto? Y con esto llegamos al punto climático de la propuesta de Dray. Los últimos dos capítulos de la obra de Dray están destinados al problema de la explicación de acciones en historia. Sin que el autor lo indique de manera totalmente explícita, encuentro por demás justificada la intención de vincular la noción de *causa*, tal como ha sido enmarcada en el párrafo citado, con la idea de la explicación de las acciones humanas. En la sección titulada *Explaining and Justifying Actions*, Dray equipara el término *causa* con el de *razón para*, y con esto caracteriza el tipo de “explicación que muestra la *racionalidad* de lo que se ha hecho”.⁸² Al igual que en la formulación anterior, la explicación sigue un patrón de reconstrucción de eventos en el que la generalización, cuando tiene lugar, no se plantea en términos universales. No obstante, en este caso, el objetivo es el de hacer comprensible por qué un determinado agente histórico actuó de la forma en que de hecho lo hizo. Bajo esta idea, la noción de “comprensión empática” (*empathetic understanding*) adquiere un valor lógico, “su función no es recordarnos cómo podríamos llegar a conocer ciertos hechos, sino formular, aunque sea tentativamente, ciertas condiciones que podrían satisfacerse antes de que el

ejemplificación, razón por la cual el argumento podría verse oscurecido por las abstracciones o ser susceptible de generar cierta confusión.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 112.

⁸¹ *Ibid.*, p. 115. Subrayado y cursivas míos.

⁸² *Ibid.*, p. 124

historiador esté preparado para decir: 'Ahora tengo la explicación'''.⁸³ Esto que el historiador tiene que saber antes de elaborar la reconstrucción definitiva, Dray denomina como los "principios de la acción", a saber, ciertos lineamientos generales que indican lo que una persona debería (o sería lógico que hiciera) en cierta situación específica. Como en los casos anteriores, semejantes *principios de la acción* no tienen carácter universal, constituyen simplemente la forma racional de responder a la típica pregunta histórica de *cómo fue posible que...* El uso del adjetivo *posible* expresa en qué medida la explicación histórica privilegia el ámbito de lo comprensible y de lo *racional* en ese sentido. Esto es, en última instancia, lo que Dray termina privilegiando dentro de su esquema de la especificidad del conocimiento histórico. La necesidad de enmarcar este tipo de *eventos* (las acciones individuales) dentro de una secuencia ordenada de acontecimientos surge de la pregunta de *cómo fue posible que alguien hiciera lo que hiciera*, un cuestionamiento que claramente nos empuja a emprender la tarea reconstructiva. Sin embargo, es preciso decirlo, el uso, tanto el término *narración explicativa* como del de *principio de la acción*, deja lugar a un sinnúmero de inconvenientes. Para citar sólo algunos de los más mencionados dentro de la literatura sobre el tema, plantear el fenómeno de la acción racional en estos términos deja muy poco espacio a la concepción de entidades apersonales que son también un elemento común de las "explicaciones históricas". Por otro lado, sostener un tipo de análisis causal sobre la base del término *causa*, entendido como *razón para*, es en muchos sentidos insuficiente para explicar los distintos tipos de relaciones causales que los historiadores en efecto elaboran, y que van más allá de las acciones concretas de los individuos. Páginas arriba llamé la atención sobre la renuencia de Dray determinar el contenido del término "causa"; una tarea que incide directamente en la determinación de un tipo, no de análisis, sino de *explicación histórica*. Aún cuando el autor destaca el problema de la explicación de acciones como típico del análisis histórico, es innegable que éste no adquiere la fuerza suficiente como para enarbolarlo como el paradigma de las explicaciones históricas. De igual modo, el término *narración explicativa* pierde fuerza dentro del argumento y, en última instancia, deja lugar a dudas sobre su utilidad para entender un sinnúmero de casos en los que, aunque

⁸³ *Ibid.*, p. 128.

presente, la secuencia narrativa no siempre está ligada a la explicación de acciones (como en el caso de la descompostura del motor por la fuga de aceite). Una seria objeción a la aplicabilidad del modelo de Dray es que, aun cuando los historiadores toman muy en serio el problema de la acción humana, y en consecuencia pueden elaborar distintos tipos de explicaciones destinadas a hacerla comprensible y *racional* en ese sentido, es igualmente importante la tarea de evaluar cuál fue el resultado efectivo de una serie de acontecimientos en el largo plazo, independientemente de lo que podría parecer razonable en un momento muy específico. Los historiadores no sólo se interesan por entender el *presente* en el que se desenvuelven los agentes históricos, para así justificar por qué hicieron lo que hicieron, sino que, en la gran mayoría de los casos, esta tarea debe complementarse con la evaluación de una serie de consecuencias que superan en mucho el ámbito de *ese* tiempo en particular. El análisis de procesos históricos llamados de *larga duración* ha servido, no sólo para identificar un tipo específico de perspectiva historiográfica, sino simplemente para recordarnos en qué medida —y casi con la única salvedad de la historiografía griega— la noción de *proceso* es fundamental en la labor histórica. Bajo esta idea, el historiador no se enfrenta al problema de un *único* momento histórico, sino al de la cadena más general de muchos de ellos y, frente a semejante perspectiva, la necesidad de comprender una acción en específico se relativiza considerablemente. Respecto a estas cuestiones, el análisis de Dray ofrece muy pocas alternativas, razón por la cual fue en muchos casos criticado.

No obstante, sea como sea el caso, es innegable que la crítica de Dray al CLM dejó muy en claro los *espacios* de discusión que debían atenderse si los filósofos se tomaban en serio la pregunta por el conocimiento histórico y, sin duda, muchas de sus aportaciones pueden incitarnos a reformular la pregunta de en qué medida *explicar* es narrar y hasta qué punto la historia, incluso cuando establece una cercanía evidente con otras formas de conocimiento, es capaz de eludir, o no, el problema de la *racionalidad* humana.

DE LA EXPLICACIÓN A LA NARRATIVA: LAS POSTRIMERÍAS DEL DEBATE

La década de los años sesenta bien puede ser considerada como la tercera etapa del debate anglosajón sobre la explicación histórica. La tendencia dominante durante este periodo fue la discusión sobre el problema de la explicación de las acciones humanas, también denominada “explicación racional”, término que consagró Dray en la obra antes analizada. La recepción de *Laws and Explanation in History* fue por demás amplia entre los círculos filosóficos y generó reacciones de muy diversa índole. Hempel respondió de manera directa en varias ocasiones,⁸⁴ y, en lo sucesivo, un tema por demás recurrente fue el de si la propuesta de la “explicación racional” cumplía o no su cometido al dar mayores fundamentos para la separación entre historia y ciencia. A decir de Frank Ankersmit, el debate estuvo prácticamente dominado por la controversia entre los seguidores del CLM y los “herederos” del legado de Collingwood, y sin duda, esto se acentuó en el periodo antes mencionado.⁸⁵ En los primeros años de la década citada, tal oposición no arrojó algún tipo de síntesis o concordancia explícita entre las distintas posturas, sino que, por el contrario, éstas se recrudecieron en voz de sus principales exponentes.⁸⁶ Gradualmente la parte más “dura” del esquema hempeliano fue hecha a un lado y la discusión se vio de algún modo acaparada por la perspectiva de la “hermenéutica analítica”, término con el que se refiere la corriente, derivada al menos en parte de la propuesta de Dray, encargada de analizar el problema de la explicación de la acción humana *en general*.⁸⁷

No obstante, desde el punto de vista de Ankersmit, no hay suficientes razones para diferenciar de un modo tajante la naturaleza del desacuerdo, siendo que ambos grupos partieron desde un ámbito compartido de preocupaciones, determinadas, en su mayor parte, por la tesis de la unidad de la ciencia. En este

⁸⁴ C. Hempel, “Explanation in Science and in History...”, (1963). Otro texto revelador de la polémica Hempel-Dray se titula “Reasons and Covering Laws in Historical Explanation”, en S. Hook (ed), *Philosophy and History: A Symposium*, New York, New York University Press, 1963. La versión que utilicé se encuentra en P. Gardiner, *The Philosophy of History...*, pp. 90-106.

⁸⁵ Frank Ankersmit, *Historia y topología*, p. 99.

⁸⁶ Véase también W. Dray “The Historical Explanation of Actions Reconsidered” [1963], compilada por P. Gardiner en *The Philosophy of History...*, pp. 51-66 y Alan Donagan, “Historical Explanation: The Popper-Hempel Theory Reconsidered”, *History and Theory*, vol. 4, no. 1, 1964, pp. 3-26.

⁸⁷ De hecho, hay buenas razones para pensar que existe una tensión evidente, en la obra de Dray, entre la defensa del enfoque particularista de la historia y el planteamiento de conceptos tales como “los principios de la acción”; dos perspectivas cuya reconciliación en términos filosóficos genera un significativo número de dificultades.

sentido, los filósofos de tradición anglosajona difícilmente atendieron el problema de la historia directamente, sino que utilizaron herramientas ajenas a ella (la importancia del análisis lógico es prueba de ello) para intentar superar la cuestión que en el fondo les inquietaba.⁸⁸ Para Ankersmit, el desarrollo del debate anglosajón provee argumentos suficientes para englobar a sus integrantes dentro del término “filosofía epistemológica de la historia”. Esta última —nos dice— “siempre ha tenido que ver con los criterios de la verdad y la validez de las descripciones y explicaciones históricas” y se ha centrado en “responder la pregunta epistemológica respecto de las condiciones con las cuales nos justificamos para creer como ciertas las declaraciones de los historiadores acerca del pasado”.⁸⁹ En relación con esto último, difícilmente podríamos excluir el caso del mismo Dray, a pesar de que resulta innegable, desde mi punto de vista, que mantuvo una relación más cercana con la problemática histórica que muchos de sus contemporáneos. Sin embargo, es cierto que conforme el debate fue avanzando, las tesis asociadas con la postura de Dray fueron *desviando*, por así decir, sus puntos de interés muy lejos de algunas de las propuestas más sugerentes del filósofo canadiense. De este modo, las cuestiones relativas a la explicación de acciones y motivos dentro de la historia, así como la idea original de *narración explicativa*, quedaron francamente relegadas frente a la formulación de modelos que, por la atención brindada al problema de la acción humana *en general*, y no tanto a la muy distinta cuestión de la acción histórica efectiva, constituyeron, más que un distanciamiento, la recuperación del planteamiento hempeliano.⁹⁰

Si nos atenemos a la visión de F. Ankersmit, quien fuera uno de los primeros —y también de los pocos interesados— en evaluar críticamente las aportaciones del debate a la filosofía de la historia,⁹¹ la esterilidad de las propuestas vertidas por los filósofos de la ciencia es una consecuencia directa de que “la filosofía anglosajona desde el principio se aisló a sí misma de siglo y medio de

⁸⁸ F. Ankersmit, *Historia y topología...*, p. 90

⁸⁹ *Ibid.*, p. 92.

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 107-114.

⁹¹ No obstante, la interpretación de Ankersmit no se encuentra aislada del todo. Opiniones diversas y por demás interesantes sobre la relevancia del debate pueden encontrarse en *History and Theory. Knowing and Telling History: The Anglo-Saxon Debate*. Por último, una relación más concordante con la interpretación de Ankersmit, aunque bajo objetivos muy distintos, es la de Peter Munz en su brillante obra *The Shapes of Time...*, pp. 39-62.

pensamiento profundo y penetrante acerca de la escritura de la historia”.⁹² El franco distanciamiento de la filosofía anglosajona frente a la tradición idealista, fue incluso celebrado por autores como W. H. Walsh y P. Gardiner.⁹³ En un tono que resulta, no sin ironía, un tanto oscuro según sus propios estándares, Gardiner, por ejemplo, manifestó que el término *filosofía de la historia* debía deslindarse del “monstruo submarino extraído de las profundas aguas de la metafísica del siglo XIX; un monstruo cuyas mandíbulas se abren ocasionalmente para emitir profecías en un lenguaje muerto (y a veces extraño): el lenguaje de la dialéctica hegeliana”.⁹⁴ De igual forma, las aportaciones de Collingwood, Croce o Dilthey se minimizaron bajo el argumento de que resultaban “confusas” y por lo tanto sólo parcialmente útiles frente a la empresa analítica.⁹⁵ En boca de Ankersmit, sin embargo, la tan celebrada distancia tuvo como resultado la inaplicabilidad de las tesis de los filósofos anglosajones, que en realidad nunca lograron deslindarse del reduccionismo hempeliano, evitando así un “despegue más oportuno del enfoque narrativista”;⁹⁶ la perspectiva que, a su modo de ver, ha hecho verdadera justicia al problema de la historia.

En lo esencial, concuerdo con las ideas de Ankersmit, pero hay un punto en el que considero que éstas pueden dar lugar a una valoración un tanto sesgada del debate. A la luz de lo dicho en los párrafos anteriores, podría fácilmente deducirse que el único valor o atractivo del debate anglosajón es el de haber constituido un mero antecedente del giro narrativo en la historiografía, ocurrido a partir de los años setenta del siglo pasado. Con cierto desdén, Ankersmit reconoce que el debate “bien ha valido la pena, aunque sea sólo porque su aparente falta de resolución hizo que los filósofos de la historia cobraran conciencia de varias características insospechadas de la historiografía”.⁹⁷ Lo que subyace a este argumento es que fue hasta la entrada de lleno de la concepción narrativista, en el terreno de la teoría de la historia, que se hizo posible enfrentar el *genuino problema de la historia*. A riesgo de que mi distancia de Ankersmit pueda parecer un tanto

⁹² *Ibid.*, p. 95.

⁹³ W. H. Walsh, *Introducción a la filosofía de la historia...*

⁹⁴ P. Gardiner, *La naturaleza de la explicación histórica* [1952], traducción de José Luis González, México, UNAM, 1961, p. 7.

⁹⁵ Las eminentes excepciones vinieron, no obstante, de las obras de W. Dray y Alan Donagan, fundamentalmente.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 101.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 101.

nimia, quiero enfatizar el hecho de que, si bien considero innegable que el narrativismo trajo consigo, no sólo una visión totalmente innovadora de la tarea histórica, sino también una base mucho más sólida para el análisis historiográfico, su marcado rechazo por cualquier concepción cientificista, tuvo como resultado, a la larga, la subestimación de problemas igualmente urgentes sobre la reconstrucción del pasado. A pesar de la amplia solvencia mostrada en las propuestas de los grandes representantes del narrativismo, el problema de si el carácter esencialmente narrativo de la historiografía permite eludir los intentos de explicación *racional* comúnmente presentes en la labor histórica— entendida en un sentido más amplio y si, se quiere, en términos de *operación historiográfica*⁹⁸—, es una cuestión que no está en lo absoluto resuelta. Asimismo, considero que el vínculo entre el debate anglosajón y la emergencia de la narrativa como una categoría central dentro de la teoría de la historia, no ha sido evaluado en su justa dimensión.

La parte restante de este trabajo está integrada por el análisis de dos de los primeros filósofos que vincularon la cuestión histórica al problema narrativo: A. Danto y L. O. Mink. Aunque reconocidos como pioneros en el tema, Danto y Mink no representan la versión más acabada de la visión narrativista, misma que, por consenso, vino como resultado de la publicación de *Metahistoria* (1973).⁹⁹ Justo por ello es que sus ideas constituyen, creo yo, el espacio más adecuado para observar los vínculos entre el problema de la explicación y el de la narrativa.

⁹⁸ Las raíces del término *operación historiográfica* se localizan en un sugerente y ya clásico ensayo de José Gaos titulado "Notas sobre la historiografía", en *Historia Mexicana*, México, vol. IX, no. 4, abril-junio 1960, pp. 481-508. En él, Gaos analiza la naturaleza del *trabajo* historiográfico, más que de la mera *obra* histórica. En este sentido, el autor identifica distintas fases o tareas integrantes de la labor histórica, que van desde la investigación (heurística) de las fuentes; pasan por la labor de explicación de los elementos prefigurados del campo histórico (etiología); hasta la interpretación (hermenéutica) y representación (estilística) del pasado. En este contexto, el problema de la historia debe ser afrontado en función de los distintos niveles de la labor historiográfica en su conjunto, y no sólo mediante la explicación de uno de ellos. A este respecto los trabajos de Michel de Certeau y Paul Ricoeur son igualmente relevantes. Véase Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993 y Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, traducción de Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2003.

⁹⁹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.

SEGUNDA PARTE: HISTORIA Y NARRACIÓN

La historia no investiga leyes ni forja conceptos; ni induce, ni deduce; se dirige *ad narrandum, non ad demonstrandum*; no construye universales y abstracciones, aunque pone intuiciones. El *individuum omnimode determinatum* es el dominio de la historia como es el dominio del arte. La historia se reduce por esto, bajo el concepto universal del arte.

Benedetto Croce, *Estética*

NARRACIÓN Y EXPLICACIÓN: EL INICIO DE UN NUEVO DEBATE

En los capítulos anteriores, hice mención de algunos de los argumentos del debate anglosajón, que fueron desviando la atención de los filósofos del terreno exclusivo de la lógica de los enunciados históricos, al del problema de la narración como el ámbito específico de las explicaciones históricas. Autores como W. Dray, W.B. Gallie y Michael Scriven habían hablado ya de la importancia de reconocer distintos contextos explicativos, que funcionan bajo sus propias reglas y son susceptibles, en consecuencia, de análisis particulares sobre la justificación y naturaleza de sus planteamientos. Progresivamente, la tesis sobre la pluralidad de mecanismos explicativos fue dando un nuevo sustento a la distinción entre historia y ciencia, o, más precisamente, entre explicación histórica y explicación lógica. Asimismo, el término *narración* fue adquiriendo mayor relevancia en esta discusión hasta convertirse en el punto de partida de las investigaciones dedicadas a la explicación histórica. De esta manera, el debate previo generó una suerte de ramificación o tendencia vinculada mucho más estrechamente con la labor historiográfica en general, y con el problema de la narración en particular. En los albores de la década de los sesenta, esto se manifestó a través de varias publicaciones que, a la larga, se convertirían en los primeros trabajos que, en el ámbito de la filosofía analítica de la historia, tenían a la cuestión narrativa como uno de sus elementos fundamentales.

El primero, y uno de los más relevantes en este sentido, fue *Philosophy & the*

Historical Understanding de W.B. Gallie, publicado en 1964.¹ El reconocido filósofo británico ya había incursionado en los debates sobre explicación y la suya fue una de las primeras propuestas vinculadas al problema de la narrativa.² Sin embargo, no fue sino hasta la década de los sesenta que las ideas de Gallie adquirieron su forma más acabada. Para este momento, las limitaciones del debate precedente se habían manifestado con mayor claridad, así como las debilidades de los análisis exclusivamente lógicos sobre del problema de la explicación histórica. En relación con lo anterior, Gallie se pronunció ante la ausencia de una reflexión filosófica profunda sobre la naturaleza y estructura de las narraciones históricas.³ Para él, lo anterior constituía una falta por demás notoria, no sólo respecto al debate anglosajón, sino, en general, en el escenario más amplio de la filosofía crítica de la historia desde Dilthey. En un singular esfuerzo por vincular su propio trabajo al de la tradición historicista continental, Gallie llamó la atención sobre los aspectos más sugerentes de las propuestas de autores como Dilthey, Rickert y Collingwood: la idea de que el conocimiento histórico consiste, fundamentalmente, en la apreciación y articulación de *totalidades* significativas; la noción de *interpretación* histórica; el principio de selección de acontecimientos especialmente relevantes en la comprensión de procesos significativos; la necesidad de entender los eventos históricos no como fenómenos observables sino como acciones y pensamientos racionales, etc. No obstante, a pesar de reconocerlos como el punto de partida de cualquier reflexión sobre la especificidad del conocimiento histórico, semejantes planteamientos no lograban, a juicio de Gallie, generar conclusiones del todo convincentes por haber eludido el problema específico de la estructura narrativa de las obras históricas. De igual modo—aunque por razones distintas y pese a algunas honrosas excepciones—el debate previo sobre la lógica de la explicación histórica había concedido una mínima atención al problema de la narración. En consecuencia, la contribución de los filósofos anglosajones se dio más en el ámbito de la filosofía de la lógica que en el de las bases de la filosofía crítica de la historia.⁴ A decir de Gallie, poco se había hecho, hasta ese momento, por vincular el problema de la explicación histórica al de la estructura narrativa; por explicar por

¹ W.B. Gallie, *Philosophy & the Historical Understanding*, second edition, New York, Schocken Books,

² Gallie, "Explanations in History and the Genetic Sciences..."

³ Gallie, *Philosophy & Historical Understanding...*, p. 12.

⁴ *Ibid.*, pp. 15-20.

qué la respuesta por excelencia a las preguntas históricas consiste en la creación de una secuencia significativa de acontecimientos, y menos aún por explicitar la naturaleza misma de ese tipo de secuencias y cuáles los elementos integrantes de las mismas.

En un intento similar, aunque con diferencias significativas, Morton White emprendió la tarea de analizar los elementos que integran las narraciones históricas, gracias a los cuales éstas adquieren su poder explicativo. En *Foundations of Historical Knowledge* (1965), White llevó a cabo un concienzudo y meticuloso análisis sobre argumentos y enunciados causales, así como de los llamados enunciados no-causales, todos los cuales forman parte, a decir del autor, de la compleja estructura narrativa. En esta obra, White contrastó la función de las oraciones cuyo objetivo es la mera descripción de acontecimientos (enunciados no-causales), frente a la de aquellas dedicadas fundamentalmente a la explicación de dichos acontecimientos (enunciados causales). Ambas, dice White, son elementos constitutivos de la narrativa histórica, y pese a que su sola mención como entidades constitutivas del discurso narrativo no agota el significado de la narración en su conjunto, sí permite identificar las obras históricas como “conjunciones lógicas de enunciados que, en la mayoría de los casos, son de tipo causal”.⁵

En mayor o menor medida, tanto el trabajo de Gallie como el de White, encararon el problema de la fuerza de las explicaciones históricas desde un ámbito novedoso respecto a la discusión anterior. Sin embargo no representaron una superación clara de las ideas vertidas hasta entonces. Por un lado, la propuesta de White, aunque novedosa por su aplicación, seguía manteniendo el problema de las leyes generales y la explicación causal como un referente obligado. Gallie, por su parte, separó a tal grado el problema de la explicación del de la narrativa que, si bien su propuesta resulta por demás iluminadora respecto a la naturaleza de la narración, dice poco sobre su capacidad explicativa o cognitiva. Justamente porque el debate sobre la lógica de la explicación no había sido capaz de justificar el valor de las obras históricas, es que la defensa del carácter cognitivo de la historia se planteaba como el objetivo más importante en la nueva teoría histórica. En este

⁵ Morton White, *Foundations of Historical Knowledge*, New York, Harper & Row Publishers, 1965, p. 223.

sentido, *Analytical Philosophy of History* de Arthur C. Danto y a varios artículos escritos por Louis O. Mink, fueron obras destinadas a la reformulación de ese problema.⁶

A este respecto, Hayden White ha definido la discusión de la narrativa dentro de la filosofía anglonorteamericana como una tendencia que enarbola la estructura narrativa como un “tipo de explicación especialmente apropiado a la explicación de los acontecimientos y procesos históricos, frente a los naturales”.⁷ Según esta concepción “una historia se entiende como un «mensaje» sobre un «referente» (el pasado, los acontecimientos históricos, etc.) cuyo contenido es tanto «información» (los «hechos») como una «explicación» (el relato «narrativo»)”. Ambos elementos (hechos y explicación-narración) “deben satisfacer un criterio de valor de verdad de correspondencia, así como de *coherencia*”.⁸ Bajo esta perspectiva, la validez de las proposiciones individuales y la lógica de conexión entre unas y otras son elementos especialmente relevantes y no necesariamente se vinculan con el distinto, aunque conectado, problema de los mecanismos retóricos de la narración.

Ahora bien, frente a esta última cuestión, creo que las propuestas de Danto y Mink deben tratarse por separado, al menos en relación con algunos de sus aspectos más característicos y sugerentes. Si bien es innegable que ambos se interesaron por el valor cognitivo de la narración, temas como el perspectivismo histórico, la *interpretación* y la noción de *coherencia narrativa*, se colocaron rápidamente en el centro de sus reflexiones. En este sentido, sus trabajos tienen que ver, no sólo con el problema de la estructura narrativa en cuanto tal, sino más profundamente con la cuestión, aún más elemental, de las condiciones de posibilidad de un tipo de *conciencia histórica* cuya explicitación es, en esencia,

⁶ Una cuidadosa revisión de las tres obras pioneras de la teoría narrativa de la filosofía anglosajona se encuentra en L. O. Mink “Philosophical Analysis and Historical Understanding”, en *Historical Understanding...*, pp. 118-146.

⁷ Hayden White, “La cuestión de la narrativa en la teoría historiográfica actual”, en *op cit.*, pp. 17-39, p. 47. Dentro de este grupo es importante mencionar también los trabajos de W. Dray y Maurice Mandelbaum. Al igual que M. White y W.B. Gallie, los primeros incursionaron de un modo más directo en el problema de la narrativa a partir de los años sesenta. Un panorama general de esta primera etapa del debate sobre narrativa, al igual que la inclusión de los textos más representativos sobre el tema, se encuentra en Geoffrey Roberts (ed.), *The History and Narrative Reader*, New York, Routledge, 2001. Particularmente la introducción y los capítulos I y II, titulados “Narrative and historical understanding” y “Narrative and human action”, pp. 1-68 y 69-140.

⁸ H. White, “La cuestión de la narrativa...”, p. 58. *Cursivas mías.*

narrativa. En el caso de Danto, tales cuestiones fueron abordadas en relación con nuestra capacidad para formular oraciones (narrativas) que representan, en última instancia, un peculiar modo de significar acontecimientos a partir de una secuencia temporal específica. Por su parte, la propuesta de Mink se centró en la figura de “la historia universal”, no como la base de una filosofía especulativa, sino en tanto que el contexto específico de significación e interpretación de los acontecimientos pasados. Por estas razones, tanto Mink como Danto se alejaron bastante del problema más específico de la validez de los enunciados históricos, para incursionar en el terreno de la interpretación histórica.

ARTHUR C. DANTO. LA NARRACIÓN DESDE EL ENFOQUE ANALÍTICO

La participación de Danto en el debate sobre la lógica de la explicación histórica tuvo lugar en una época temprana, a partir de la década de los cincuenta. Claramente influenciado por la escuela hermeneuticista,⁹ y en general por la discusión derivada de la aplicación del CLM al fenómeno histórico, Danto hizo sus primeras contribuciones siguiendo muy de cerca algunos de los más destacados planteamientos a ese respecto. Su primer trabajo importante tuvo por objeto la diferencia entre crónica e historia;¹⁰ un problema que W. H. Walsh había popularizado en su *Introducción a la filosofía de la historia*.¹¹ En ese artículo, Danto exploró por primera vez el problema de la descripción y la interpretación históricas, polemizando un tanto con la idea—común no sólo entre filósofos sino entre los mismos historiadores—de que a la crónica, por ser meramente descriptiva, le falta aquello que la historia tiene: la interpretación y explicación del pasado. En este sentido, el filósofo estadounidense defendió la idea de que la *explicación histórica* se encuentra irremediabilmente ligada al tipo de secuencias temporales establecidas por las crónicas. Así, el significado específico de las obras históricas, y por tanto su poder explicativo, o su capacidad para establecer por qué sucedieron las cosas, es correlativo a la formulación de una secuencia concatenada de hechos. En suma, el trabajo de la historia no es independiente de la *descripción* de secuencias de hechos sino que, por el contrario, lo anterior es condición de posibilidad para la reconstrucción histórica.

En efecto, dice Danto, una simple enumeración de acontecimientos carece del valor explicativo que atribuimos a los relatos históricos, en contraste con el que le negamos a la crónica. No obstante, las obras históricas dependen de la crónica, y de hecho la subsumen en su propia estructura, al articular la secuencia de acontecimientos en torno a un *fin* específico. El relato histórico, al igual que la crónica, se encarga primordialmente de *describir* acontecimientos, pero agrega a la descripción una concatenación de tipo causal en la medida en que convierte a

⁹ Danto fue discípulo de E. Nagel. Véase, Ewa Domańska, *Encounters. Philosophy of History after Postmodernism*, Virginia, University of Virginia Press, 1998, p. 167.

¹⁰ Arthur C. Danto, "Mere Chronicle and History Proper", *The Journal of Philosophy*, vol.50, no.6, Marzo, 1953, pp. 173-182.

¹¹ W. H. Walsh, *op cit.*

ciertos eventos en la causa de otros. La especificidad de la historia, en este punto, no radica en el hecho de que ésta sea ajena a la labor descriptiva, pues, en principio, el historiador no busca otra cosa más que lo que el viejo *dictum* rankeano expresó con toda claridad: «mostrar los hechos como en efecto acontecieron».¹² Según esta perspectiva, la crónica es un requisito indispensable en la elaboración de una historia, la única diferencia es que la historia explicita aquello que en la crónica se encuentra sólo parcialmente enunciado o simplemente velado: la conexión causal que los distintos eventos guardan entre sí.¹³

En los años inmediatamente posteriores a la publicación de “Mere Chronicle and History Propper”, Danto dio a conocer dos artículos más sobre temas similares: “On Historical Questioning” y “On Explanations in History”, publicados en 1954 y 1956, respectivamente.¹⁴ En estos últimos, Danto comenzó a delinear algunos de los argumentos que habrían de caracterizar su propuesta filosófica en el futuro. En consonancia con las propuestas de autores como W.B. Gallie, y más tarde con la de W. Dray, Danto estableció, como punto de partida de sus reflexiones, el problema de las diferencias entre el conocimiento histórico y la explicación científica. Para Danto, la distinción es relativa al tipo de *pregunta* que involucra la actividad historiográfica y no a la naturaleza de su *objeto de estudio*. Al igual que la mayoría de sus colegas, aunque tal vez con mayor vehemencia que varios de ellos, Danto hizo particular énfasis en que semejante diferenciación no debe justificarse sobre bases ontológicas, y ni siquiera metodológicas (en términos de *tipos de análisis*), sino que más bien es una cuestión que debe enfrentar la peculiaridad de las *preguntas* que, en este caso particular, los historiadores se hacen sobre el mundo.¹⁵ En este sentido, la pregunta por la historia es una pregunta sobre aspectos específicos de eventos específicos, pero no porque la naturaleza misma de dichos acontecimientos desafíe cualquier tipo de análisis que no sea histórico, sino más bien porque *es el objeto particular e irreductible del conocimiento histórico el*

¹² A. Danto, “Mere Chronicle and History Propper...”, p. 182.

¹³ Para Danto, la crónica como tal ya implica un tipo de organización específica, al menos en un sentido muy primario de secuencia cronológica. Pero por elemental que parezca, esa forma de organización lleva implícitos una serie de mecanismos (identificación, prueba, valoración de cada dato como parte de un todo, etc.) que permiten integrar distintos elementos como parte de un conjunto específico. Véase Danto, *ibid.*, p. 177.

¹⁴ A. Danto, “On Historical Questioning”, *The Journal of Philosophy*, vol.51, no.3, Febrero, 1954, pp. 89-99. “On Explanations in History”, *Philosophy of Science*, vol. 23, no.1, Enero, 1956, pp. 15-30.

¹⁵ A. Danto, “On Historical Questioning...”, p. 89.

*analizarlos en función de ese principio.*¹⁶

Una vez allanado el camino, Danto dio paso a la reflexión que habría de funcionar como hilo conductor de sus aportaciones más relevantes en la materia, y que bien puede resumirse de la siguiente forma. La pregunta de la historia es, sin lugar a dudas, la pregunta sobre lo que en efecto aconteció, en su particularidad y concreción. Por ello, el ámbito adecuado para enunciar y responder satisfactoriamente esa pregunta no puede ser otro que el del contexto de un relato.¹⁷ Es en el escenario de un relato histórico en donde los acontecimientos reales adquieren significado gracias a su particularidad y al valor que tienen como causas o efectos, vinculados así a otros eventos singulares, igualmente importantes para el relato en su conjunto. Bajo este enfoque, la elaboración de una historia responde a una necesidad generada desde la experiencia misma, a partir de la cual percibimos ciertos actos, personas u ocasiones como fundamentalmente distintos o heterogéneos. Cuando la realidad es percibida de esta manera, su explicación en términos de leyes o generalidades abstractas dice poco o nada de lo que en realidad queremos comprender, que, en este caso, no es la realidad o el pasado en sí, sino la *experiencia de esa realidad como algo fundamentalmente distinto*:

Thus history fills a kind of breach in our experience, dealing as it does with things and persons and occasions which are in some sense 'irregular'. If they *were* regular, if dictators were as common as grocery-clerks, there would be no *need* to explain their behavior. The job would already have been done by our latent stock of generalities and covered by laws which, economizing energy as they do, would spare our giving them a second thought.¹⁸

A la luz de lo dicho hasta aquí, se puede decir que Danto dio salida a la vieja dicotomía historia *versus* ciencia, mediante un camino—de claras raíces kantianas—en el que la distinción en términos de contenidos específicos o mecanismos de verificación y confirmación, fue sustituida por el reconocimiento de distintos tipos de *experiencias* sobre el mundo, que dan, como resultado, formas igualmente variadas de codificación lingüística. En este punto, la propuesta de Danto representó un giro por demás innovador en el terreno de la filosofía

¹⁶ *Ibid.*, p. 93.

¹⁷ "I have elsewhere contended that *stories* play an important cognitive role in historical inquiry, that a story is an hypothetical recounting of what happened in a more or less determinate stretch of the past, that a story seeks to describe which events "led to" which other events, and finally, that whatever story we may construct over a stretch of the past, the story must be supported by factual traces". A. Danto, "On Explanations in History...", p. 23

¹⁸ *Ibid.*, p. 28.

analítica de la historia, al colocar el problema de la *representación* en el centro del debate sobre la explicación histórica.¹⁹ Ahora bien, ¿qué quiere decir, en este contexto, el término *representación*?, ¿en qué consiste esta forma específica de vincular el lenguaje a la realidad?, especialmente cuando esa realidad está integrada, como en el caso de la historia, por entidades *no-existentes* (el pasado en sí). ¿Cuál es, entonces, el tipo de lenguaje que habla del pasado y lo explica al mismo tiempo? Aunque de algún modo anticipadas en estos primeros trabajos, todas estas cuestiones adquirieron su valor específico, en la filosofía de Danto, hasta 1965, con la publicación de *Analytical Philosophy of History*.

Interpretación y verificación

*Analytical Philosophy of History*²⁰ fue la primera gran obra de Danto y también la inaugural de una trilogía dedicada, *grosso modo*, al problema de la representación histórica en conexión con la filosofía del lenguaje.²¹ Posterior a la *historización* del fenómeno científico por parte de N.W. Hanson y Thomas Kuhn, *Analytical Philosophy of History* es un texto claramente influenciado por el espíritu revisionista de estos autores.²² Aun reconociendo su deuda con Hempel, Danto afirmó que su obra se encontraba en clara consonancia con la idea de que, de haber una unidad dentro del conocimiento científico, era en el sentido de que toda la ciencia podía ser vista desde una óptica histórica, y no, como se creía antes, que dicha unidad consistía en traer a disciplinas como la historia, dentro del ámbito científico

¹⁹ Una reflexión del todo esclarecedora sobre la importancia de la propuesta de Danto en el terreno de la filosofía de la historia fue realizada por F. Ankersmit, cuyo texto cumple, además, con la función de aplicar algunas de las tesis más sugerentes del filósofo norteamericano al problema de la representación en general; de la filosofía del lenguaje. Véase, F. Ankersmit, "Danto, History, and the Tragedy of Human Existence", *History and Theory*, vol. 42, no.1., Octubre, 2003, pp. 291-304.

²⁰ La versión utilizada para este trabajo es una edición corregida y aumentada por el autor titulada *Narration and Knowledge*, New York, Columbia University Press, 1985. Esta versión incluye el texto completo de *Analytical Philosophy of History* (capítulos I-XII), además de cuatro capítulos de manufactura posterior. La única versión que existe en español de esta obra es en realidad un compendio de los capítulos I, VII y VIII de *Analytical Philosophy of History*. Por esta razón, para las citas de los capítulos restantes he utilizado la versión en inglés, mientras que en los otros casos hago uso de la versión en español titulada *Historia y narración*, ya citada en este trabajo. *Vid supra*, p. 47 n.57.

²¹ Las dos obras restantes fueron *Analytical Philosophy of Knowledge* (1968) y *Analytical Philosophy of Action* (1976). Véase también F. Ankersmit, *op cit.*, pp. 291-292.

²² Me refiero a *Patterns of Discovery* (1958) de N.W. Hanson y a *The Structure of Scientific Revolutions* (1960) de Thomas Kuhn.

construido sobre la base del modelo de la física.²³ En virtud de lo anterior, Danto concedió a la historia cierta autonomía frente al conocimiento científico tradicional, bajo el argumento de que las descripciones que ofrece la historia sobre los eventos del pasado perderían su interés, y en última instancia su valor cognitivo, al tratar de ajustarse a un modelo típicamente nomológico. Para Danto, la estructura esencialmente narrativa de la historia da fe de hasta qué punto la narración es un modo primordial de representación de la realidad: el lenguaje de los principios y los finales, de los puntos decisivos, las crisis y los clímax; un lenguaje a todas luces esencial respecto de la imagen que creamos de nuestro propio mundo.²⁴ Por todo esto, el problema de la *representación histórica* fue el problema central de la filosofía del lenguaje, al menos para Danto.

A la luz de lo anterior, uno de los primeros temas que Danto analizó con cuidado en su nueva obra fue la capacidad, o deberíamos decir más bien la incapacidad denotativa del lenguaje histórico. En principio, es innegable que las obras históricas tienen por objeto describir y hablar sobre el pasado. No obstante, en la medida en que el pasado no es algo que en tanto tal *experimentamos*, el lenguaje *sobre* el pasado no tiene un *referente* real específico; en consecuencia, el lenguaje histórico no puede definirse en términos *denotativos* sino exclusivamente en términos *significativos*. Esto último quiere decir que, aunque no podamos observar y por lo tanto referir directamente aquello de lo que la historia *habla*, no por esto dejamos de entender sus enunciados como enunciados llenos de significado y sentido.²⁵ Tradicionalmente, una cierta tendencia dentro de la filosofía de la ciencia ha formulado, como una de las objeciones más contundentes respecto al estatuto cognitivo de la historia, que, en la medida en que el pasado no se experimenta de forma directa, no es, por tanto, cognoscible.²⁶

Aunque no de modo explícito, el modelo hempeliano es deudor de esa tradición, al formular un mecanismo que supone otorgarle también a la historia, la capacidad de *observar*, mediante la predicción y la confirmación, la ocurrencia de los fenómenos. Así, un evento histórico determinado puede salvarse de la oscuridad epistémica a través de una explicación de tipo nomológico, cuyo valor

²³ A. Danto *Narration and Knowledge...*, p. xi.

²⁴ *Ibid.*, p. xiii.

²⁵ *Ibid.*, pp. 59-63.

²⁶ *Ibid.*, pp. 90-95.

radica en que nos permitirme *confirmar* (en el presente y en el futuro) que una vez que se repitan ciertas condiciones, un efecto similar tendrá lugar. En la teoría de Hempel, decir que algo *en efecto ocurrió* es por lo tanto equivalente a decir *que va a ocurrir* o que *muy probablemente puede ocurrir*, siendo éstos los enunciados que de hecho explican el evento. Según Danto, este tipo de propuesta lleva implícita una cierta visión de la experiencia que anula toda diferencia temporal o que postula, al menos, un *tipo de experiencia que es neutral en términos temporales*.²⁷ La *neutralidad* tiene que ver con el hecho de que, bajo esta idea, la estructura lógica nos impide explicar algo que está, por decirlo así, *más allá del presente*; más allá de nuestra capacidad de observación. Si bien es cierto—dice Danto—que la observación es una categoría esencial para cualquier forma de conocimiento empírico (siendo la historia un conocimiento de esta clase), semejante afirmación no justifica el prejuicio que identifica, en tanto que sinónimos, *conocimiento* con *observación*.²⁸ Aún si admitimos (y Danto lo hace) que la observación es una característica inherente a la formulación de cierto tipo de explicaciones científicas, llevada al extremo, esta afirmación corre el riesgo de perder su utilidad práctica y de convertirse en un postulado “poco realista” sobre nuestra experiencia del mundo. De hecho—argumenta Danto—nuestro uso del lenguaje es una prueba incontestable de que siempre experimentamos el mundo presente en un contexto lógico y causal estrechamente conectado con objetos y actos del pasado que, en cuanto tales, no pueden ser experimentados al mismo tiempo en que experimentamos el presente.²⁹ En realidad, “nuestra experiencia del presente es, en gran medida, un asunto que *depende* de nuestro *conocimiento* del pasado”,³⁰ y, en última instancia, es justamente *porque no tenemos acceso directo al pasado, que tenemos historia* en primer lugar. Así, “la historia debe su *existencia* a ese hecho: que la hace *posible* más que imposible o innecesaria”.³¹

En virtud de lo anterior es que la historia representa, no un tipo de conocimiento carente de esquemas de organización, sino una clase específica de sistematización de la experiencia temporal. En este sentido, los esquemas de

²⁷ *Ibid.*, p. 95.

²⁸ *Ibid.*, p. 99.

²⁹ *Ibid.*, pp. 92-93.

³⁰ *Ibid.*, p. 94. La traducción es mía. Cursivas del autor.

³¹ *Ibid.*, p. 95. La traducción es mía. Cursivas del autor.

organización que son típicos al trabajo del historiador son justamente los relatos históricos. En consecuencia, “preguntar por la significación de un acontecimiento, en el sentido *histórico* del término, es preguntar algo que sólo puede ser respondido en el contexto de un *relato* (*story*)”.³² Pero, cabría preguntarse, ¿qué convierte al relato en una forma específica de organización de la experiencia temporal?, y, una vez asumido esto ¿cuál es el mecanismo específico de significación de los acontecimientos individuales en el contexto del relato?

La respuesta a estas cuestiones es el resultado de una comparación por demás sugerente, y muy poco atendida por parte de los filósofos analíticos (por lo menos hasta 1965), de la noción de la palabra *significado*, tanto en la filosofía sustantiva como en las obras historiográficas. Como vimos en los capítulos anteriores, un rasgo característico del debate anglosajón fue el rechazo, más o menos explícito, a cualquier forma de filosofía especulativa de tipo hegeliano. Por esta razón, el interés de Danto por explorar las similitudes entre filosofía sustantiva e historiografía resultó, en su contexto, una tarea verdaderamente atípica y a todas luces fructífera. Fue justamente esta equiparación lo que permitió al filósofo fundamentar la noción de *trama* como el esquema organizativo por excelencia en el caso de la historia. Expliquemos esto.

En las filosofías de la historia tradicionales, un acontecimiento específico adquiere significación sólo en virtud del papel que desempeña en la consecución de un *fin* o *telos* específico. En este sentido, las filosofías sustantivas comparten con la historia una estructura secuencial de los acontecimientos que brinda a éstos su carácter específico y, por lo tanto, es la secuencia en su totalidad el referente obligado para interpretar adecuadamente el significado cada hecho singular. La diferencia entre la *trama* de una determinada filosofía especulativa y a la *trama* de una historia específica es simplemente una diferencia de grado. Esto es así porque la trama de la filosofía sustantiva es, usualmente, una trama *cósmica*, que incluye tanto el pasado como el futuro; mientras que las tramas históricas no son, en principio, aplicables a ningún acontecimiento posterior a su realización.³³ Respecto a lo anterior, Danto considera la actividad de la filosofía sustantiva de la historia

³² A. Danto, *Historia y narración...*, p. 45.

³³ *Ibid.*, pp. 46-47.

como una “actividad erróneamente concebida”, cuya falta es “dar descripciones de acontecimientos temporalmente inapropiados”. La obsesión del filósofo especulativo por explicar, no sólo lo que ha pasado sino lo que ha de suceder, le impide disponer “de un punto de partida cognitivo que haga posible esa actividad”.³⁴Sin embargo, la comparación entre la actividad del filósofo y la del historiador es útil, a ojos del autor, para ejemplificar hasta qué punto la noción de *finalidad* es absolutamente relevante para atribuir significados a los acontecimientos históricos. El historiador requiere, al igual que el filósofo, de una estructura temporal establecida en términos de principios y fines. Si el historiador no es capaz de identificar el *final* de una *historia* no podrá atribuir significados específicos a los eventos que busca explicar.

En el capítulo V de su *Analytical Philosophy of History*, titulado “Temporal Language and Temporal Scepticism”, Danto había afirmado que así como “nuestra noción del pasado está conectada a nuestra noción de la causalidad”, “nuestra noción de causalidad se encuentra, a su vez, conectada con nuestro lenguaje”.³⁵En el caso de la historia, el vínculo se da gracias a la conjunción entre descripción e interpretación. Los historiadores buscan, en primer lugar, hacer enunciados verdaderos sobre el pasado, y en esa medida se convierten, podríamos decir, en *cronistas*. Sin embargo, aquéllos están igualmente interesados en ofrecer *interpretaciones* sobre el pasado, siendo así que se convierten en *escritores* o, en contadores de *historias*. Pero, como ya se hizo notar antes, la historia no distingue entre la crónica y el relato; ella es *de una sola pieza*, “en el sentido de que no existe nada que uno pueda denominar una *descripción pura*, contrastándola con algo diferente que se denomine *interpretación*”.³⁶En palabras de Danto, “una narración es una estructura que se impone a los acontecimientos agrupándolos y prescindiendo de otros como irrelevantes”.³⁷A riesgo de caer en anacronismo, podríamos resumir este argumento en consonancia con el título de otra de las grandes obras dedicadas a este problema, en el sentido de que *tiempo y narración*, son términos irremediabilmente unidos.³⁸Según este enfoque, “la narración es ya

³⁴ *Ibid.*, p. 51.

³⁵ A. Danto, *Narration and Knowledge...*, p. 78.

³⁶ A. Danto, *Historia y narración...*, p. 58.

³⁷ *Ibid.*, pp. 83-84.

³⁸ Me refiero a la obra de Paul Ricoeur *Tiempo y narración...*. El riesgo del anacronismo se debe a que

una forma de explicación”, que nos habla de la manera en que distintos fenómenos se encuentran conectados dentro de una determinada estructura temporal.³⁹

Ahora bien, la expresión de esa estructura temporal se da, según Danto, no sólo al nivel de la narrativa en su totalidad, sino particularmente en el nivel más elemental de las *oraciones* que son típicas de los discursos narrativos. Es probable que sea ésta la razón de que el autor haya decidido relegar el análisis de la narrativa como estructura, para avocarse al examen de aquellos enunciados que refieren una determinada conexión causal-temporal, no sólo en el caso de la historia, sino en el más general de nuestra vida cotidiana. Respecto a este último punto, es posible confirmar el carácter analítico de la filosofía de Danto, cuya articulación se da en torno a la unidad de la frase, equivalente a la caracterización de un evento particular. Es por ello que, en general, la teoría narrativa de Danto es el reflejo de su teoría sobre las *frases narrativas*. El énfasis puesto en la unidad de la frase, permitió a Danto acentuar el carácter causal de la narrativa histórica, cuya base radica en la concepción de ciertos fenómenos como *causas*, al mismo tiempo que como *descripciones* de otros eventos. Veamos esto con mayor detenimiento.

Oraciones narrativas

Llegado este punto, resulta importante recuperar un elemento que fue sustancial en la propuesta de Danto. Me refiero a la capacidad de la historia para sancionar hechos verdaderos. En las páginas anteriores esta cuestión fue evaluada a partir de la distinción—que para Danto es sólo de carácter metodológico—entre crónica e historia. En este sentido, la sanción de determinados eventos como verdaderos se da al nivel de la crónica. La *lógica de la secuencia* nos indica hasta qué punto es razonable pensar que un acontecimiento da lugar a otro y así sucesivamente. Aunque semejante procedimiento no pueda verificarse en términos estrictamente empíricos (de observación), sería una locura pensar, por ejemplo, que el hecho de que *yo me encuentro aquí escribiendo* carece de *cualquier* tipo de antecedente temporal, en términos, ya sea de acciones o de circunstancias. En este caso, lo realista, y por lo tanto lo *lógico*, consiste en pensar que *antes* de ponerme a escribir,

esta última vio la luz hasta 1985. Pero es interesante notar cómo Ricoeur mismo enfatizó la influencia que tuvo el trabajo de autores como A. Danto y L. O. Mink en sus propios planteamientos.

³⁹ A. Danto, *Historia y narración...*, p. 97.

caminé a la computadora, probablemente incitada por la decisión que tomé de hacerlo, *después* de haber pensado que era urgente terminar el trabajo de una vez por todas. Esta simple pero ilustrativa concatenación de tipo causal, involucra tanto acontecimientos en términos de *acciones* como de *pensamientos*, cuya inteligibilidad es sólo posible en la medida en la que tanto yo como un tercero (en este caso el lector) pueda efectuar el recuento. En este contexto, cualquier descripción del evento «yo me encuentro aquí escribiendo» implica en sí misma una serie de consideraciones que, si no idénticas, deben ser similares a las antes mencionadas, al menos en el sentido de que *antes* de disponerme a escribir, *algo* debió haber sucedido. Bajo esta idea, el evento descrito se convierte en la *consecuencia* de acciones o pensamientos previos, y lo lógico y, más aun, lo natural, si queremos explicarlo, es dar cuenta de esos antecedentes en términos causales.

Ahora bien, en el caso de aquellos enunciados que caracterizan las obras históricas, la secuencia causal-temporal se encuentra sintetizada de una forma mucho más compleja, pero, a la vez, mucho más inmediata. En el esquema de Danto, las frases que comúnmente integran los escritos históricos se denominan *oraciones narrativas*. “Su característica más general es que se refieren a dos acontecimientos, al menos, separados temporalmente, aunque sólo *describen* (versan *sobre*) el primer acontecimiento al que se refieren”.⁴⁰ Otro rasgo fundamental de este tipo de oraciones es que, generalmente, están formuladas en tiempo pasado. Para Danto, el interés de analizar este tipo de oraciones se debe a la relación que éstas guardan con nuestro concepto más inmediato de la palabra *historia*, y, por derivación, con la visión que tenemos del pasado como algo fijo o determinado.⁴¹ Para ilustrar este punto, Danto hizo uso de una figura imaginaria denominada como el Cronista Ideal. En su representación, el Cronista Ideal “sabe todo lo que sucede en el momento que sucede, incluso en las mentes ajenas. Asimismo, tiene el don de la transcripción instantánea: cualquier cosa que sucede a lo largo de todo el borde progresivo del pasado es consignada por él, tal como sucede, en *la forma* en que sucede”.⁴² La obra del Cronista Ideal consistirá, por tanto, en una infinita relación de descripciones varias sobre todo lo que sucede *en*

⁴⁰ *Ibid.*, p.99. Cursivas del autor.

⁴¹ Cfr., *ibid.*, p. 100.

⁴² *Ibid.*, p. 108. Cursivas del autor.

el presente del pasado. Esto quiere decir que la única restricción impuesta al cronista, también llamado *testigo ideal*, es que no puede ver el futuro. Por lo tanto, su Crónica Ideal (C.I.) se limita a describir aquello que acontece en un momento específico; aunque la limitación bien podría parecer menor si pensamos que el Cronista Ideal tiene acceso a *todo* lo que ocurre, en el *momento* en que ocurre, *exactamente* en la manera en que ocurre. No sin cierta ironía, Danto sugiere que, de existir un *testigo* como éste, el historiador no tendría más que confrontar su propia *versión* de los hechos con la C.I. que semejante testigo pudo haber elaborado. No obstante, la cándida alegría que C.I. podría brindar a un ingenuo historiador sería sólo momentánea. Esto se debe a que “existe una clase de descripciones de cualquier acontecimiento bajo las cuales el acontecimiento no puede ser visto por un testigo, y esas descripciones están excluidas necesaria y sistemáticamente de la C.I.”. Las *oraciones narrativas* representan un caso típico, en historia, de descripciones que pueden ser elaboradas sólo *después* de que el evento en cuestión ha tenido lugar. Y más aún, es justamente por situarse en el *futuro del pasado*, es decir en un *presente* determinado, que el historiador es capaz de formularlas y de *explicar* adecuadamente, a través de ellas, el evento que le interesa.

La frase que utiliza Danto para ejemplificar la forma que adquieren las *oraciones narrativas* es el siguiente: «Aristarco anticipó en el 270 a.C. la teoría que publicó Copérnico en 1543 d.C.». Enunciar una frase como ésta (y me parece que sería muy fácil encontrar un sinnúmero de enunciados similares en las obras históricas) requiere, necesariamente, que yo esté al tanto de aquello que pasó *después* del año 270 a.C., a saber, la publicación, en 1543, de *Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes*, de Copérnico. En la oración, los dos eventos se encuentran relacionados en términos *causales*. Pero este concepto de la causalidad, como bien apunta Danto, “no es tan claro como nosotros querríamos”. A primera vista, sería casi ridículo pensar que la revolucionaria teoría de Copérnico es el *resultado* de las tesis de Aristarco. Mas no sería extraño pensar que la obra del astrónomo griego es la *causa* de que “Copérnico *redescubriera* la teoría heliocéntrica”, y esto no significa, de ningún modo, que Copérnico haya hecho dos cosas diferentes (*descubrir* o *redescubrir* la teoría) sino, simplemente, que la misma acción puede ser vista bajo

descripciones distintas.⁴³

Según este esquema, el atributo de causa es, en efecto, una consideración que tiene que ver con nuestro entendimiento de los fenómenos en términos temporales, pero no en el sentido de que una causa siempre *antecede* a su efecto. Con lo cual, nos veríamos obligados a afirmar que la teoría de Aristarco es la *causa* del redescubrimiento hecho por Copérnico, simplemente porque le antecedió en el tiempo. Si hay algo detrás de la *ambigüedad* del término *causa*, en el sentido de su aplicación, esto se refiere a que, por lo menos en los casos históricos, es una cierta perspectiva de *futuro* la que nos permite *identificar*, y más aún *interpretar*, el significado de un determinado acontecimiento como la causa de otro. Así, la causalidad no tiene que ver con la *ocurrencia* en sí de los fenómenos, sino con la posibilidad de que éstos puedan describirse de forma *adecuada*, es decir, *inteligible*. En el fondo, lo anterior no es sino la forma teórica de una vieja práctica historiográfica, común desde el siglo XIX, que convierte al historiador, y no al testigo presencial, en el responsable de *explicar* el pasado. Desde la sistematización de la crítica de fuentes en la investigación histórica—la necesidad de confrontar las versiones de los testigos presenciales y de *complementarlas* con otro tipo de información— se ha hecho posible concebir la descripción e interpretación del pasado como actividades del dominio casi exclusivo de la práctica historiográfica. Todo lo cual es reflejo de la importancia que tienen, dentro de la explicación histórica, las distintas nociones de *finalidad*. La evaluación sobre el *sentido* de los acontecimientos históricos es realizable sólo desde un presente determinado que nos da la posibilidad de *valorar* los distintos eventos a la luz de sus *efectos*. Todo esto da lugar a una de las grandes paradojas del conocimiento histórico: Contraria a la visión más *natural* que tenemos del pasado como algo *terminado*, que no puede cambiarse en estricto sentido, se encuentra la conclusión que el análisis teórico arroja, en el sentido de que es nuestra perspectiva del presente lo único que puede hacer inteligible ese pasado. En consecuencia, la causa primera de la reconstrucción histórica es el presente *narrativo*, que identificamos como el límite de aquello que puede decirse sobre el pasado.

Lo anterior adquiere un carácter aun más problemático si pensamos que, en

⁴³ *Ibid.*, p. 119.

nuestra experiencia cotidiana, la necesidad de *esperar* por un resultado específico es intrínseca a la utilización de ciertos verbos que Danto denomina como *verbos proyecto*. Si, por ejemplo, quisiéramos describir la acción de una persona que se encuentra haciendo hoyos en su jardín, al mismo tiempo que va introduciendo en ellos ciertas semillas, podríamos utilizar la frase «él planta rosas» para describir su actividad. Sin embargo, no podríamos estar seguros de que, en efecto, esto es lo que hace, si no fuera porque el *resultado* (que aquí sólo se imagina o se presupone) involucra un acontecimiento que tendrá lugar, *necesariamente*, en el futuro.⁴⁴ En este sentido, el hecho de que del terreno sembrado nacieran geranios y no rosas, sería razón suficiente para reformular nuestro enunciado. Este crudo ejemplo, sirve para mostrar hasta qué punto ciertas relaciones causales se encuentran *abiertas*, por así decir, a muchos tipos de consideraciones. Y esto es así especialmente en el caso de la historia.

El presente del historiador, al igual que su propio futuro, se encuentra irremediamente *abierto*. En este sentido, la obra de Aristarco y la publicación del famoso tratado de Copérnico son eventos susceptibles de ser descritos de muy distintas maneras. Desde esta perspectiva, el pasado no es en lo absoluto algo determinado en sí. Que podamos *fijarlo* es el resultado de la elaboración de una determinada narrativa histórica que convierte a uno, o varios eventos, en las causas *naturales* de otros. Como los límites de las explicaciones históricas se establecen en función de los límites que impone la totalidad de la trama en que se insertan, es posible hablar de *distintas clases de interpretaciones históricas*, e incluso de interpretaciones que resultan, a la luz de ciertas consideraciones, más *adecuadas* o más *coherentes* que otras. Pero, en última instancia, tales consideraciones obedecen a una cuestión de *valoración* que es irreductible en sí misma. Por estas razones, Danto se atrevió a afirmar que

[...] existe un factor imprescindible de convención y de arbitrariedad en la descripción histórica, el cual hace extremadamente difícil, si no imposible, hablar, como quiere el filósofo substantivo de la historia, del *único* relato de la historia en su totalidad o, a este respecto, del *único* relato de cualquier conjunto de acontecimientos.⁴⁵

Ahora bien, no quisiera generar, respecto a la cita anterior, un malentendido

⁴⁴ *Ibid.*, p. 127.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 51.

sobre la clase de relativismo que enarbola Danto con estas palabras. El perspectivismo, o la afirmación de que las descripciones históricas están determinadas por un enfoque particular o por intereses específicos, no es un asunto que aleje la obra histórica de cualquier base cognitiva. En el esquema de Danto, la perspectiva tiene en sí un valor cognitivo. Como se hizo notar páginas arriba, es sólo gracias a la perspectiva que podemos, de hecho, *explicar el pasado*. En la medida en que la historia no distingue entre descripción y explicación, la elucidación del elemento subjetivo se encuentra, hasta cierto punto, velada. Sin embargo, si algo prueba la utilización de las *oraciones narrativas* como la forma de *descripción y significación* por excelencia del discurso histórico, es que, sin la perspectiva del historiador, es imposible entender el pasado en tanto que pasado. Según esta idea, los fenómenos en sí no son susceptibles de explicación, sino sólo en tanto que fenómenos *cubiertos* por una descripción. En una clara referencia a la teoría de Hempel, Danto asegura que podemos *cubrir* un evento con una ley general sólo después de haberlo insertado en una *descripción* general. El punto aquí es que hay cierto tipo de *descripciones* de acontecimientos que hacen imposible que éstos sean explicados a la luz de leyes generales. Las narraciones históricas son el ejemplo típico de esa clase de descripciones. Si buscamos insertar los fenómenos que éstas describen (y explican) en un contexto de leyes generales, nos vemos obligados a *redescribirlos*, y por tanto, a desechar la explicación que la descripción histórica, por su naturaleza específica, ha creado para ellos. En virtud de lo anterior, en el caso de la historia, y aun en el de la ciencia, la perspectiva que nos permite *elegir* el tipo de descripción que vamos a utilizar, es una condición de posibilidad para que el evento que queremos conocer pueda, en efecto, ser explicado. Por esta razón, lo *subjetivo*, en el sentido kantiano del término, se convierte en una categoría del entendimiento, y tiene por tanto valor cognitivo. No obstante, la diferencia esencial con un planteamiento kantiano más tradicional es que, aquí, lo subjetivo involucra, necesariamente, una cierta relatividad respecto a nuestro entendimiento de los fenómenos. Esto es particularmente cierto en los casos en que el referente del lenguaje es algo que *como tal* no existe sino hasta ser descrito de alguna manera. La descripción histórica simplemente hace más evidente una realidad que opera tanto en el ámbito de las humanidades como en el de las ciencias.

Hasta aquí, he privilegiado la exposición de las diferencias entre un esquema explicativo *convencional* frente a la explicación que representan las narraciones históricas. Sin embargo, las distinciones no impidieron que Danto encontrara un punto común a ambos mecanismos. Como he venido sugiriendo sobre todo hacia el final de esta sección, la noción de perspectiva, más que alejar a la historia de la ciencia, acerca esta última a la historia. En parte por esto, es que Danto intentó establecer las equivalencias entre los distintos *mecanismos* de explicación causal con la idea de postular una noción de *coherencia* afín a cualquier tipo de explicación. El tratamiento de este argumento será lo que nos ocupe a continuación.

Explicación causal y narración

En las páginas anteriores, hemos hablado de cómo Danto relaciona las nociones de experiencia temporal y causalidad. A la luz de tal vínculo, el uso de terminología referida a objetos del pasado es elemental en nuestra comprensión de la situación presente. Asumimos, de una forma natural y casi inmediata, que lo que hoy sucede es, en cierto sentido, el resultado de lo que fue. Es por ello que nuestra disposición más natural para explicar la realidad en términos de causas y efectos involucra una cierta estructura narrativa. El problema radica en que, así entendido, el concepto de causa se vuelve mucho más inestable o irregular de lo que los modelos tradicionales admitían. La conexión causal entre nuestra experiencia del presente y nuestro conocimiento del pasado está muy lejos de constituir un vínculo claro y unidireccional. Por el contrario, es variable, como se apuntó ya, en función de nuestra propia perspectiva de los acontecimientos. Más aún, Danto llega a afirmar que, a pesar de que nuestra concepción de la causalidad se encuentra estrechamente vinculada con nuestra noción del pasado, y en consecuencia con nuestra capacidad narrativa, “los tipos de conexiones en las narraciones *no son de naturaleza causal*.” La pregunta obligada es, pues, ¿qué es en sí la conexión narrativa?

A este respecto, Danto afirma que, en una narración, los acontecimientos representan *principios* y/o *finales*, puntos inaugurales o finales que regulan *el*

cambio de circunstancias, dentro de una cierta *totalidad* (lapso) *temporal*.⁴⁶ Sólo gracias a la narración podemos apreciar que un cierto estado de cosas *cambia* a favor de otro distinto. La forma más inmediata de explicación se sustenta en la secuencia misma (como en el ejemplo de la acción sentarme a escribir en la computadora). “Explicamos” el acontecimiento mediante la simple referencia a un *antes* y un *después*. Pero, como sabemos, la mera enunciación de un *antes* y un *después* no involucra, por sí sola, fuerza explicativa; si así lo hiciera, consideraríamos a la crónica como un tipo de explicación. ¿En qué radica entonces la profunda relación entre *relato* y *causalidad*, si el relato, en tanto que estructura temporal, no representa, en sí mismo, una conexión causal? La respuesta es concisa pero no por ello sencilla, y es que, en resumen, las narraciones son el contexto *natural* en el que la *causa* de algo puede y debe ser identificada, pero no representan ellas mismas la conexión causal. La estructura narrativa ofrece un *esquema de cambio*; una *descripción* dentro de la cual podemos identificar un elemento en particular como la razón o causa específica de ese cambio. La organización de los fenómenos en términos *principio, medio* y *fin* es la descripción que nos permite *preguntar* por la causa.⁴⁷

En este punto, Danto llama la atención sobre un elemento un tanto controversial. Si la estructura narrativa no constituye más que un esquema de *principio, medio* y *fin* ¿podemos diferenciarla claramente de *cualquier* tipo de modelo causal? La respuesta de Danto es negativa. Para él “no hay diferencia intrínseca entre explicaciones históricas y explicaciones causales, de hecho, todas las explicaciones causales *tienen la forma de historias*.”⁴⁸ Según esta perspectiva, la explicación causal no está determinada por un modelo nomológico ni deductivo, sino por el hecho de que tiene que dar cuenta de un cambio *en* el tiempo. Con o sin leyes generales, la estructura básica de la explicación causal responde a las mismas necesidades que la explicación histórica; requiere establecer una secuencia para identificar, dentro de ella, *algo* como causa. Cuando el *principio* de la secuencia es establecido con relación a un *fin*, entonces se trata de una secuencia que no sólo termina, sino que, en estricto sentido, *concluye*; *fin* aquí es pues, sinónimo de

⁴⁶ Cfr., A. Danto, *Narration and Knowledge...*, p. 235.

⁴⁷ Cfr., *Ibid.*, pp. 233-236.

⁴⁸ *Ibid.*, pp. 236-237.

finalidad. “Una historia es un recuento, una explicación debo decir, de cómo el cambio tuvo lugar *de principio a fin*”.⁴⁹

En última instancia, dice Danto, la diferencia entre la estructura narrativa y cualquier explicación causal no es más que una diferencia de grado o una diferencia *formal*, en el sentido literal de que distintas clases de explicación adquieren *formas* lingüísticas diversas. Más aún, es fácil constatar que, incluso la explicación causal más convencional, involucra una cierta estructura narrativa; como lo demuestra el ejemplo del radiador descompuesto de Hempel, presentado en una eminente *forma narrativa, secuencial*. Es cierto que el objetivo del modelo es, en última instancia, la creación de un *explanandum* que *reduce* la secuencia a un enunciado de ley. Pero esto sólo demuestra, según Danto, hasta qué punto la narración no sólo no constituye un *esbozo* de explicación, sino que es precisamente la *ampliación* de la misma. Si hay algo como un *esbozo de explicación*, éste sería más bien el *explanandum* de la explicación nomológico-deductiva.⁵⁰ Las narraciones históricas no están exentas de generalizaciones, de hipótesis gracias a las cuales, en abstracto, podríamos justificar la ocurrencia de ciertos fenómenos. Pero, nunca mejor dicho, la hipótesis, la generalización e incluso la ley general (cuando así concebida) *tiene que ser completada*. Es necesario, pues, decir exactamente *qué pasó*, para poder identificar el verdadero *momento* del cambio, y, a partir de eso, la *causa real y específica*. Ilustremos lo anterior con un ejemplo ya visto: «la impopularidad de Luis XVI al momento de su muerte». En este caso, se busca, en primer lugar, *dar cuenta* de la ocurrencia de un cambio. La oración «Luis XVI murió impopular» de algún modo ya implica que el rey no siempre fue impopular; que ha ocurrido un cambio del que es preciso buscar la causa. El cambio, en sí mismo, no es la *causa* del fenómeno, pero sí el único contexto *adecuado* para explicarla. La *causa* en sí, podría tomar muchas formas, podría incluso obedecer a cierta ley general que diga que «los gobernantes que implementan políticas en detrimento de sus gobernados mueren impopulares», pero, sobre todo en este último caso, la explicitación de la causa no es condición *suficiente* de su explicación. La verdadera fuerza explicativa reside, entonces, en la estructura del relato, en el contexto específico de

⁴⁹ *Ibid.*, p. 234. Traducción y cursivas mías.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 238-239.

descripción.⁵¹

El problema aquí es que toda narración lleva implícito un elemento subjetivo que es irreductible. No obstante, dicho elemento no les quita fuerza explicativa, en la medida en que, tanto el argumento causal general como la narrativa histórica, operan mediante inferencias. Según Danto, tanto la explicación deductiva como la narración se refieren a fenómenos de cambio que sólo pueden ser explicados por su inserción en una secuencia temporal. Asimismo, para que la descripción de ese cambio tenga valor cognitivo, la conclusión debe *deducirse* del planteamiento inicial. Esto quiere decir que la capacidad *inferencial* de la descripción, constituye la base de su coherencia explicativa.⁵² En el esquema de Danto, semejante consistencia o coherencia explicativa debe cumplir cabalmente con tres condiciones *necesarias*: a) La narración (*N*) debe referirse al mismo *sujeto* (un sujeto de cambio); b) *N* debe explicar adecuadamente el *cambio* de ese sujeto, y dicho cambio debe estar referido ya sea en el *explanandum* o en la *conclusión* y c) *N* debe incluir tanta información como sea relevante para explicar el *cambio* en sí mismo. El cumplimiento de estas tres condiciones es lo que garantiza, a decir del autor, la *unidad* o la coherencia de cualquier narrativa, y por lo tanto de cualquier explicación causal. Danto no niega que pueda haber otros criterios de evaluación sobre la coherencia narrativa, pero destaca estos tres elementos como condiciones propias de cualquier forma de explicación causal (y, en esa medida, comunes tanto a la historiografía como a la explicación deductiva). En última instancia, es la posibilidad de integrar la noción de *cambio* en una estructura temporal lo que da fuerza a las explicaciones causales y, por lo tanto, a la explicación narrativa como el *paradigma* de la explicación causal en general.

Ahora bien. En este punto, vale la pena mencionar aquellos aspectos que el argumento de la coherencia interna no logra explicar y que son por demás relevantes en el contexto, ya no de la *explicación* sino en el de la *interpretación* histórica. Si la historiografía no logra distinguir entre *descripción* y *explicación*, sin duda no logra tampoco discernir entre *descripción* e *interpretación*. Más aún, no sabemos hasta qué punto es posible diferenciar *explicación* de *interpretación*, en el caso de la historia. En algunas secciones de este capítulo se hizo notar hasta qué

⁵¹ *Ibid.*, pp. 234-236.

⁵² *Ibid.*, p. 250

punto Danto enfrentó el problema de la interpretación histórica, vinculado, desde luego a la cuestión del *sentido y significado* de los acontecimientos históricos. Todo el análisis sobre la relación entre filosofía sustantiva e historia tiene lugar en este contexto de discusión. Y vimos como, a partir de dicha relación, Danto establece la estructura narrativa como una estructura de *finés y principios*. Pero, cabe preguntarse, ¿en qué medida esa noción prevalece en la última formulación que hace Danto sobre las condiciones de la *coherencia narrativa*, según la acabamos de explicar? En mi opinión, la necesidad de Danto por *historizar* los modelos explicativos, estableciendo la estructura narrativa como la condición de posibilidad de *cualquier* tipo de explicación causal, dio como resultado una patente reducción del concepto de narración. El argumento de la *coherencia interna* no es, a mi juicio, equivalente al de *coherencia narrativa*. En realidad, el primer término—por lo demás sumamente revelador de la conexión entre causalidad y estructura narrativa—no es capaz de abarcar por sí solo, el problema de la *valoración* o la *interpretación* histórica. El argumento de la coherencia interna no explica, por ejemplo, el que una cierta narración histórica sea considerada como *superior* a otra, *mejor* o *más significativa* que otra. Y esto último, es un asunto que tiene que ver no sólo con la forma específica de la explicación en sí, sino con el problema más complejo de su *justificación*.

Como lo demostró Hempel, la *justificación* de las explicaciones científicas se da en la medida en que éstas respondan a leyes generales. El error, según sus críticos, fue la total equiparación entre dos elementos relacionados pero distintos: explicación y justificación. Las razones que nos llevan a pensar que una explicación se encuentra bien estructurada, son distintas a las que nos justifican para afirmar que ésta es verdadera o pertinente. Mucho se insistió, particularmente en el capítulo sobre Dray, en la llamada *dimensión pragmática de la explicación*. En ciertos contextos, la cobertura por leyes generales es el parámetro adecuado para evaluar la validez de una explicación (aunque, como vimos, llevada al extremo, esta exigencia deja fuera la gran mayoría de explicaciones, incluso científicas). En este caso, la predicción establece la correspondencia entre el argumento y la realidad, justifica, en suma, la verdad de la sentencia. Pero ¿qué sucede cuando aquello de lo que el argumento *habla* no es sujeto de percepción directa?, ¿qué pasa con todo aquello de lo que nuestro lenguaje *también* da cuenta; aquellas cosas sobre las que

pretende dar explicaciones aun cuando éstas no constituyen, como tales, un existente? ¿Qué sucede, pues, en todos esos casos en que el lenguaje habla sobre lo ausente y en esa medida re-presenta? Todo esto en realidad se puede resumir en torno a dos cuestiones: 1) ¿cuál es el parámetro de verificación de aquellas explicaciones cuya *verdad* no se ubica en el ámbito de la correspondencia entre las palabras y las cosas?; y 2) ¿qué hace que prefiramos un tipo de argumento sobre otro, cuando ambos han probado su coherencia interna?

A mi juicio, Danto dio algunas respuestas muy concretas sobre lo primero, pero dejó, en gran medida, abiertas y veladas las posibilidades en cuanto a lo segundo. El punto medular del argumento de Danto es su análisis de la coherencia *interna* de las explicaciones históricas. En relación con ello, Danto encontró que, en última instancia, la coherencia narrativa es relativa a cualquier explicación de tipo causal. Al proceder de este modo, cambió radicalmente el orden de prioridades del debate sobre la justificación epistemológica de la historia. A diferencia de sus colegas, Danto comenzó por identificar los elementos que hacen de la narración la forma de explicación histórica por excelencia, llamando la atención sobre sus diferencias con otros modelos explicativos. Una vez hecho esto, el autor llevó el problema, específicamente histórico, al ámbito más general de la explicación causal. En lugar de ir desde la explicación hasta la historia, Danto partió desde la historia para llegar a la explicación. Esto despejó un número importante de malentendidos, sobre todo en relación con el problema del “objeto de estudio” de la historia, en tanto que acción humana intencional o racional, por citar sólo uno de los puntos más controversiales. A mi juicio, *Analytical Philosophy of History* dejaba más en claro que cualquier otro trabajo, el hecho de que la explicación histórica no es peculiar por el simple hecho de lidiar con las intenciones humanas, entendidas como los actos individuales por excelencia. El historiador no sólo quiere saber por qué alguien hizo lo que hizo, sino en qué medida ésa acción dio lugar a una serie de consecuencias. No es que el elemento volitivo esté fuera de la historia, pero no es en modo alguno lo que la caracteriza. El historiador puede hablar de actos intencionales, no intencionales, racionales o irracionales. De igual modo, la historia se interesa por eventos que no constituyen *acciones* como tales, procesos económicos, mentales inconscientes, etc., siendo estos últimos elementos por demás comunes en las explicaciones históricas. Lo verdaderamente característico

de la explicación histórica es que todos los eventos que describe deben integrarse como partes de una totalidad; de una secuencia coherente de acontecimientos. Al firmar lo anterior, el problema entre descripción y explicación quedó, también, mucho más ajustado a la realidad historiográfica. Sin embargo, es posible decir también que al identificar los conceptos de narración y explicación causal, el esquema de Danto dejó un tanto de lado el problema de la narración, no sólo como explicación en sí, sino como justificación. La razón por la cual explicación y descripción no son distinguibles en el caso de la historia es porque ambas pertenecen al dominio de la interpretación. A mi modo de ver, Danto mismo estableció esa relación al hablar de los esquemas de la filosofía especulativa como la base interpretativa de cualquier relato histórico. Si combinamos esta primera aseveración con la última formulación de Danto, tendríamos que decir que la forma narrativa es tanto una forma de explicación (descripción), como un *contexto de justificación* de esa explicación. Lo que, a mi juicio, Danto fue relegando en la última parte de su análisis fue justamente el poder justificador de la narración, su fuerza evocativa e interpretativa.

Por un lado, el autor historizó, por así decir, el fenómeno de la explicación en su conjunto, al establecer la idea de estructura narrativa como la base de cualquier tipo de explicación causal. Sin embargo, a raíz de lo anterior la narración quedó de algún modo *reducida* a un esquema organizador de eventos particulares en el tiempo. Con esto no quiero implicar, de ningún modo, que la narración no sea también y tal vez primordialmente eso; pero, sin duda, es muchas otras cosas más. La respuesta a la pregunta ¿qué hace que prefiramos un tipo de argumento sobre otro, cuando ambos han probado su coherencia interna?, correspondiente al segundo grupo de problemas mencionados arriba, fue un aspecto fundamental del pensamiento histórico, que sin duda Danto contribuyó a analizar, pero frente al cual estuvo lejos de plantear una propuesta más específica.

No tengo la intención de entrar, por el momento, en una discusión más profunda sobre estos problemas, pues es de lo que se hablará en el capítulo siguiente. Por ahora, basta decir que aquello que nos hace interpretar una obra histórica como más significativa que otra o como más valiosa, en última instancia, tiene que ver, en efecto, con nuestras concepciones de lo que consideramos razonable, pero va mucho más allá de ello. Las narraciones históricas pueden

parecernos razonables, incluso lógicas, pero también las describimos como valiosas o sugerentes. Todo esto tiene que ver justamente con su capacidad representacional y, en esa medida, con lo que aportan a nuestra comprensión de los fenómenos y no sólo a su explicación. Sin decir que se trate de problemas ajenos a la propuesta de Danto; sí es posible afirmar que constituyeron su punto de partida mas no el de llegada. A mi juicio, sus ideas son pioneras de una importante tendencia, dentro de la filosofía de la ciencia, por flexibilizar los principios abstractos del conocimiento científico, haciéndolos más consistentes con las prácticas concretas; con las explicaciones que en efecto damos sobre el mundo.⁵³ En gran medida, lo anterior implica cuestionarse sobre las distintas formas de racionalidad y, en ese sentido, conlleva a planteamientos que toman muy en serio el problema del perspectivismo y la relatividad. Sin embargo, esto no es, sin más, el equivalente a preguntarse por el vínculo entre conocimiento y arte, o entre lógica y estética. Y la pregunta por el significado de las obras históricas es justamente una pregunta sobre la relación entre conocimiento y estética, o entre explicación y representación. En ese sentido, la lógica de la narración histórica no es un argumento lo suficientemente fuerte para enfrentar dicha cuestión.

Desde mi punto de vista, lo anterior representa el límite de la filosofía de Danto sobre la historia, al menos en lo que toca a la primera edición de su *Analytical Philosophy of History*. Años después, él mismo hubo de reconsiderar muchos de sus presupuestos.⁵⁴ No obstante, para la primera década de los años

⁵³ El cambio de perspectiva en la filosofía de la ciencia va desde las obras de Hanson y Kuhn hasta las propuestas más radicales del constructivismo científico en la actualidad. En el medio, hay una larga producción literaria dedicada a la relatividad del conocimiento científico, a la variedad de prácticas experimentales y, en general, al problema de la diversidad de formas explicativas y contextos de racionalidad. Los teóricos y filósofos del ámbito de las humanidades, en no pocas ocasiones, han ignorado este vasto conjunto de tendencias, llevados, en muchas ocasiones, por una opinión poco actualizada sobre el problema del conocimiento científico. A mi juicio, la relación entre la historia y el pensamiento científico contemporáneo se encuentra gravemente subestimada, sobre todo por el desconocimiento que se tiene de algunas de las propuestas más importantes en el área. Desde hace ya varias décadas las utopías universalistas de la ciencia han sido cuestionadas desde el seno mismo de la práctica científica y el problema del perspectivismo no es más un monopolio de las humanidades. Esto no quiere decir que no haya razones suficientes o importantes para seguir distinguiendo entre las llamadas *dos culturas*: la científica y la humanística. Sin embargo, sí podría pensarse en que lo anterior ofrece motivos suficientemente profundos para reevaluar la naturaleza de la relación. Véase, Behan McCullag, *The Logic of History. Putting Postmodernism in Perspective*, London, Routledge, 2004. Paul Watzlawick y Peter Krieg (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, traducción de Cristóbal Piechocki, Barcelona, Gedisa, 1989.

⁵⁴ *Narration and Knowledge* es la versión definitiva de *Analytical Philosophy of History*. En esa última Danto añadió tres capítulos mucho más vinculados al problema de la interpretación y representación históricas. Véase, A. Danto, *Narration and Knowledge...*, capítulos XIII-XV.

sesenta, el carácter estético del pensamiento histórico era un asunto cuya investigación se encontraba apenas en ciernes.⁵⁵ Como hemos visto, incluso la discusión sobre la narración histórica se había dado en el terreno casi exclusivo de la lógica. No quiero sugerir esto como un defecto en sí mismo, pues las propuestas de Gallie, M. White, M. Scriven, W. Dray, y por supuesto la de Danto en particular, contribuyeron a que la narración fuera reconsiderada en términos epistémicos. Pero, en mayor o menor grado, el concepto de narración, en la obra de estos autores, se encontraba un tanto alejado de su contexto más inmediato, que es, sin lugar a dudas, el literario. Lo anterior es correlativo a la importancia que los filósofos analíticos dieron a la *conexión entre proposiciones* o a la estructura de las *oraciones narrativas*, frente a las relativamente pocas referencias hechas sobre la narración como una totalidad significativa. En realidad, la narración fue analizada como un conjunto de proposiciones y no como un tipo de entramado o de relaciones específicas. Gradualmente fue esto último lo que habría de definir el debate sobre narración e historia y, particularmente a partir de la obra de White, la cuestión sobre la relatividad del conocimiento histórico se convirtió en la otra cara de los problemas de la estética y la representación históricas. Sin embargo, considero importante distinguir entre relativismo histórico y estetización de la historia. Acentuar la naturaleza estética del discurso histórico es, sin lugar a dudas, una manera muy evidente de referir la relatividad de sus planteamientos, pero me parece que la aportación de la filosofía analítica de Danto al problema de la historia fue justamente probar cómo el perspectivismo no es un asunto exclusivo del orden estético, sino, de hecho, el punto de partida de cualquier empresa cognitiva. En este sentido, algo del espíritu analítico de Danto prevaleció hasta el final: la necesidad de afrontar el problema del conocimiento desde una diversidad práctica de soluciones y experiencias del mundo.

⁵⁵ No quisiera, sin embargo, dar la impresión de que la obra de Danto ignora por completo la relación entre narración histórica y estética. En varias ocasiones el autor hace alusión de este problema y de los riesgos de caer en un reduccionismo epistemológico de corte hempeliano. "History alone would be able to exhibit the amazing variety of temporal wholes which none the less all fall under a single historical law. Our fascination with the *details* of the past would, if anything, increase. One does not find sonnets less interesting or beautiful upon being told that all sonnets have an invariant form. If anything our admiration for poetic creativity increases upon learning that so many distinctly individual and dissimilar works should all have been produced in conformity with the most rigid and invariant set of rules". *Ibid.*, p. 256.

Mink y el problema del tiempo en la explicación histórica

Combatiente en la Segunda Guerra Mundial, filósofo de origen y graduado en Yale, Louis O. Mink fue, entre otras cosas, uno de los grandes intérpretes de la filosofía de R. G. Collingwood⁵⁶ y uno de los primeros, en la generación del CLM, en dar un giro radical al problema del conocimiento del pasado y la conciencia histórica.⁵⁷ Desde sus primeros trabajos, la filosofía de Mink adquirió características hasta cierto punto extrañas dentro de la tradición anglosajona, al vincularse estrechamente con el problema de la temporalidad. Asimismo, la filosofía de la mente y la teoría del conocimiento fueron temas que le atrajeron desde épocas tempranas, pero siempre en relación con las nociones de tiempo e historicidad.⁵⁸ El problema de la *experiencia temporal* fue, en consecuencia, el que ocupó sus reflexiones más penetrantes. En relación con esto, la pregunta planteada por él, y una de las paradojas de la conciencia temporal, tiene que ver con el hecho de que percibimos el tiempo tanto como algo transitorio, o fugaz, así como algo continuo, que fluye hasta el presente. En tanto que continuo, el tiempo es a su vez discursivo, y esto, dice Mink, se manifiesta en nuestra concepción de las crónicas, cuyo sentido no es otro que el de la secuencia temporal o la seriación. Cuando, por el contrario, percibimos el tiempo como transitorio es cuando intentamos explicar los eventos en su particularidad. Dentro de este esquema, la importancia tanto de la investigación como del pensamiento histórico, reside en que son éstos los ámbitos en que nuestra experiencia del tiempo se hace consciente e

⁵⁶ Véanse, *Mind, History and Dialectic: The Philosophy of R. G. Collingwood*, Bloomington, Indiana University Press, 1969; "Collingwood's Historicism: A Dialectic of Process", en Michael Krausz (ed.), *Critical Essays on the Philosophy of R. G. Collingwood*, Oxford, Oxford University Press, 1972, pp. 154-178 y "Collingwood's Dialectic of History", en *History and Theory*, vol. 7, no. 1, Feb. 1968, pp. 3-37. Los dos últimos fueron recopilados en *Historical Understanding*.

⁵⁷ Algunos datos biográficos y la mejor presentación que conozco sobre el trabajo de Mink se encuentra en la introducción a su libro *Historical Understanding*, escrita por los editores Bryan Fan, Eugene Golom y Richard T. Vann. De igual calidad y lleno de referencias biográfico-intelectuales de la mayor relevancia es el artículo de Richard Vann "Louis O. Mink Linguistic Turn", en *History and Theory*, vol. 26, no.1, Feb., 1987, pp. 1-14. Si bien la importancia de Mink es ampliamente reconocida por los especialistas, son muy pocos los trabajos dedicados a realizar un análisis profundo de su obra. Los dos que se citan aquí son probablemente los únicos con ese objetivo. Otros trabajos que, aunque dedicados a temas de mayor alcance, incorporan la filosofía de Mink como un elemento importante son *Tiempo y narración* de Paul Ricoeur, "El acto configurante", pp. 260-268, e *Historia y topología* de F. Ankersmit, *passim*.

⁵⁸ Véase *Historical Understanding...*, pp. 4-7.

inteligible.⁵⁹Con esto a la base, Mink dedicó la mayor parte de sus esfuerzos intelectuales a elucidar la relación entre temporalidad y cognición, a través del análisis de la conciencia histórica.

Ahora bien, el interés de Mink por cuestiones hasta cierto punto ajenas a la tradición filosófica de habla inglesa, no lo mantuvo al margen de las discusiones en ese contexto. Después de todo, “por lo menos hasta los años sesenta, la controversia central en la filosofía de la historia fue el constante debate en torno al llamado modelo deductivo de explicación histórica”.⁶⁰De hecho, los diversos trabajos de Mink sobre el tema, bien pueden ser vistos como la primera interpretación de carácter revisionista sobre la polémica.⁶¹A este respecto, la mirada de Mink fue especialmente crítica, sobre todo frente a lo que él denominó “la perspectiva metodológica monadista”. Con este término, el autor se refirió a los partidarios del modelo hempeliano, que plantean la unidad metodológica de la ciencia. En ese sentido, podría decirse que las ideas de Mink comulgaron más estrechamente con las del “pluralismo metodológico”, representado por W. Dray, M. Scriven, A. Danto y W. Gallie, entre otros. Sin embargo, es preciso anotar que la filosofía de Mink no debe verse sólo como una reacción a la propuesta hempeliana y, en ese sentido, tampoco como un componente más de la teoría de la explicación histórica. Esto se debe, fundamentalmente, a que las aportaciones de Mink al problema del *entendimiento* histórico y la teoría narrativa fueron profundamente originales respecto a las discusiones previas sobre el tema.⁶²Dedicado sobre todo al análisis de la narrativa como una modalidad esencial de la comprensión humana, Mink fue el primero, dentro de la tradición angloparlante, en vincular explícitamente historia y ficción como dos visiones afines sobre la realidad y la experiencia. En esa medida, fue también uno de los primeros en lidiar directamente con el problema de la estética.

Según la perspectiva de Mink, la narración convierte nuestra experiencia temporal en una representación cuya piedra angular es la noción de *fin*. La

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 8-9.

⁶⁰ L. O. Mink, “Philosophy and Theory of History...”, p. 19. (La traducción es mía).

⁶¹ Véase L. O. Mink, “Philosophical Analysis and Historical Understanding”, en *Review of Metaphysics II*, June, 1968, pp. 667-68; “The Divergence of History and Sociology in Recent Philosophy of History”, en Patrick Suppes *et al.*, *Logic Methodology and the Philosophy of Science*, Amsterdam, North-Holland, 1973; “Philosophy and Theory of History”. Los dos primeros artículos se encuentran también en la compilación titulada *Historical Understanding...*

⁶² Cfr. R. Vann, “Louis Mink’s Linguistic Turn”, p. 2.

estructura narrativa es, partiendo de Aristóteles, un tipo de configuración cuyos elementos principales son *principio*, *medio* y *fin*. Por la forma en que éstos interactúan es imposible desprender un componente del otro. A diferencia de las formas de explicación lógica, la conclusión de un relato no puede abstraerse de los elementos que le preceden. Según Mink, es imposible entender el verdadero significado de una narración, si se le identifica simplemente como una suma de proposiciones o enunciados independientes.⁶³ La narración es siempre mucho más que la sanción de acontecimientos en efecto acontecidos. En realidad, lo que el relato histórico comunica es la facultad del historiador para ver los distintos acontecimientos como vinculados en una línea temporal, cuyo final permite establecer el significado de cada uno de ellos en la visión de conjunto.⁶⁴

En relación con el problema de la autonomía del conocimiento histórico, la tesis principal de Mink es que la historia plantea un modo específico de comprensión que le impone objetivos distintos e independientes a los del análisis lógico. No niega que la estructura narrativa pueda ser vista en términos de la relación causal entre sus enunciados, así como tampoco rechaza la posibilidad de inferir hipótesis generales de los distintos relatos históricos. Sin embargo, estas posibilidades no nos dicen nada, a su juicio, sobre qué sea la narración en sí y, más aún, no nos dicen nada sobre cuál sea su valor o significado. Las hipótesis generales pueden sin duda constituir elementos dentro de un relato, pero, en ese caso, aquéllas constituyen *medios* y no *fin*es de lo que la narración busca comunicar.⁶⁵ Según Mink, el problema está en no diferenciar entre dos mecanismos distintos: la *lógica de la evidencia* y el *significado de las conclusiones*. El primero es característico de las explicaciones formales, mientras que el segundo es típico de las explicaciones narrativas. En historia, el significado no está determinado por el mecanismo de brindar definiciones (algo más común en ciencia o en lógica), sino por el proceso de insertar elementos en una totalidad de sentido. Siguiendo esta idea, “el propósito de la historia es descubrir la *gramática* de los eventos, mientras que en la visión proto-científica es, por decirlo así, sólo la *lógica* de los eventos la

⁶³ Este argumento lo desarrolló Mink por primera vez en un artículo titulado “Historical Knowledge” (1962). El texto nunca fue publicado, pero R. Vann lo cita ampliamente en “Louis Mink Linguistic Turn...”, pp. 2-3.

⁶⁴ Estas ideas fueron vertidas en uno de los artículos más influyentes de Mink titulado “The Autonomy of Historical Understanding”, en *History and Theory*, vol. 5, no.1, 1965, pp. 24-47.

⁶⁵ *Ibid.*, pp. 35-36.

que merece el nombre de conocimiento".⁶⁶ Para Mink, la capacidad para *ver las cosas como parte de una totalidad de sentido*, es la característica específica de la comprensión histórica y, por derivación, de aquello que podríamos denominar *conocimiento histórico*. Las nociones de "síntesis histórica" e "historia interpretativa" son, en consecuencia, los rasgos específicos de esta forma de pensamiento y deben ser reconocidos, a decir de Mink, como el objeto principal de cualquier teoría del conocimiento histórico, si lo que se busca es la justificación y preservación de la autonomía metodológica de la historia.⁶⁷

En este punto, es importante explicitar un tanto el vínculo entre las dos grandes preocupaciones de la filosofía de Mink: el tiempo y la narración. Según lo dicho hasta aquí, la historia cumple un doble papel en tanto que forma configuradora de la experiencia. En primer lugar, hace inteligibles nuestras dos principales concepciones sobre el tiempo, como algo a la vez continuo y transitorio. En segundo lugar, la historia es también una forma específica de comprensión de acontecimientos reales en un contexto unitario de significación, que no es otro que la forma narrativa. El tratamiento conjunto de estas cuestiones llevó a Mink a realizar una meticulosa revisión de las tres obras principales de lo que podríamos llamar, aunque con cautela, el primer "narrativismo": *Foundations of Historical Knowledge* de Morton White; *Philosophy & the Historical Understanding* de W.B. Gallie y *Analytical Philosophy of History* de A. Danto.⁶⁸ En su interpretación, la obra de White es esencialmente una defensa de la teoría del CLM, aunque con la intención de acercar los principios de la lógica de la explicación al lenguaje específico de la historia, a saber, la narrativa.⁶⁹ Por su parte, el trabajo de Gallie es presentado como la oposición casi dialéctica de la perspectiva de White, en el sentido de que constituye una defensa radical de la autonomía del conocimiento histórico. La tesis principal de Gallie es que la capacidad que tenemos para *seguir un relato* representa

⁶⁶ *Ibid.*, p. 40. La traducción es mía.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 46.

⁶⁸ El uso del término *narrativismo* para caracterizar a estos autores no es del todo justo, aunque es preciso anotar que el término mismo no está exento de ambigüedad. Un reconocido especialista en la materia como F. Ankersmit difícilmente incluiría estas obras como inauguradoras de la filosofía *narrativista* que, a su juicio, se vincula tangencialmente con Danto, un poco más estrechamente con Mink, y específicamente con el trabajo de Hayden White. Véase F. Ankersmit, *Historia y tropología*, No obstante, en sus textos, Mink utiliza el término para referirse a estos autores en varios artículos, véase "History and Fiction as Modes of Comprehension", en *Historical Understanding...*, p. 56 y "Philosophical Analysis and Historical Understanding", *Ibid.*, pp. 123-124.

⁶⁹ "Philosophical Analysis and Historical Understanding", *ibid.*, p. 123.

una forma específica de comprensión, propia de la historia y la ficción. Para este autor, el significado de la narración se establece en función de dicha capacidad y de nuestra expectación por el final inesperado. Uno de los puntos más importantes del argumento de Gallie es que sólo cuando la *fluidez* del relato falla es que necesitamos explicaciones de tipo causal. Para Mink, ambas perspectivas son mutuamente excluyentes en la medida en que presentan, como antitéticos, el problema de la lógica de la narración y el de la retórica narrativa. Si bien esto último podría conducir a pensar que Mink comulga más estrechamente con Gallie que con White—lo cual es correcto pero sólo hasta cierto punto—su crítica no deja de abarcar al primero. Respecto a White el ataque tiene que ver con la primacía dada al nivel de la frase como una entidad independiente del conjunto narrativo, pero, además, con el hecho de que White mantiene que la deducción de hipótesis generales se encuentra implícita en la formulación narrativa, y, aunque no sea explícitamente formulada, es esa posibilidad la que da a la narrativa su fuerza explicativa.⁷⁰ Por su parte, la crítica a Gallie involucra una mayor sutileza. En principio, Mink no está en desacuerdo con la tesis de que, en el contexto de una narración, nuestra *expectativa* de la conclusión juegue un papel importante. Para él, la noción de cierre es también el elemento distintivo de la comprensión narrativa pero un sentido más amplio de lo que es para Gallie. Según Mink, la propuesta de Gallie establece con claridad la *fenomenología* de la *lectura*, pero es poco útil respecto a los mecanismos de la *escritura*. El historiador es sin duda un *lector* de acontecimientos, pero, sobre todo, es el *escritor* de los mismos. En tanto que lector, el historiador ya sabe, por decirlo así, *el final de su historia*, y su verdadero reto es encontrar la manera de hacer inteligible el significado de los acontecimientos precedentes como orientados hacia ese final específico. Por esta razón, el valor de la narrativa y la conciencia históricas no puede estar sustentado, o por lo menos no exclusivamente, en la *expectativa* que tenemos de encontrar un *fin*, sino en la forma en que podemos articularlo como tal.⁷¹

En realidad, el único punto de concordancia que Mink encuentra entre ambas posturas (Gallie y White) es que ninguna de ellas da cuenta del hecho de que no entendemos el pasado en la misma forma en que entendemos el futuro. En el caso

⁷⁰ *Ibid.*, p. 131.

⁷¹ *Ibid.*, p. 136.

de Gallie, la equiparación *conceptual* entre pasado y futuro destaca sólo un elemento, de entre muchos, como propio de la estructura narrativa, a saber, la actitud expectante de futuro; atenta a lo que *podría* pasar (porque se ignora) y por ello interesada en *seguir la lectura*. Pero ésta no es en lo absoluto, a ojos de Mink, la actitud o la motivación que lleva al historiador a configurar un relato. Por su parte, la misma equiparación se encuentra en White aunque en un sentido inverso. Para este autor, dice Mink, el pasado no es otra cosa que la articulación de necesidades causales, cuyo entendimiento puede extrapolarse hacia el futuro—como es el caso del planteamiento clásico del CLM.⁷² En efecto, para White, incluso cuando los enunciados narrativos y su conexión causal no exhiban claramente una relación de necesidad, siempre la presuponen; aunque sea sólo en términos teóricos o como posibilidad. En realidad, esto no es más que un replanteamiento de la aplicación de las leyes generales a la historia, propia del modelo hempeliano. Aunque con la diferencia importante de que Hempel sólo hizo breves menciones sobre los casos en que semejante derivación era posible, sin tomar en cuenta el contexto narrativo. Para Mink, en cambio, nuestras concepciones del pasado y el futuro son radicalmente distintas. El primero es concebido, en principio, como determinado e inteligible, mientras que el futuro es, por excelencia, del dominio de lo indeterminado e impredecible. Cuando el historiador lidia con el futuro de los eventos, es evidente que lo que está en juego es en realidad *su propio presente* y, en esa medida, lo que le interesa es representar el pasado en su conexión con el presente, no con el futuro (por eso la historia nunca es, o no debe ser, predictiva). Para Mink, la falla de los dos filósofos es correlativa. Ambos equiparan nuestras experiencias del pasado y el futuro, aunque, en un caso (White), desde el marco de la explicación, y, en otro (Gallie), desde el ámbito más amplio del entendimiento. En palabras de Mink, “White no toma en serio lo que de *histórico* tiene el conocimiento histórico”, al sugerir que, en la medida en que el pasado no es más que una sucesión de necesidades causales, la predicción se mantiene al menos como posibilidad. Mientras que “Gallie no toma en serio lo que de *conocimiento* tiene el conocimiento histórico”, al plantear como su fundamento principal la expectativa de futuro que, a todas luces, coloca la empresa cognitiva en un callejón

⁷² *Ibid.*, p. 137.

sin salida (pues se admite ampliamente que el futuro no es de hecho cognoscible).⁷³ La misma falta no es atribuida a la otra obra representante del narrativismo, según Mink. La ventaja de *Analytical Philosophy of History*, a decir de este autor, es que demuestra que nuestra comprensión y explicación del pasado depende de formas descriptivas que son esencialmente *retrospectivas*. Es evidente, como ya lo probó Danto, que la *perspectiva*, y con ello un importante grado de apertura, está presente en la configuración que hacemos del pasado. Sin embargo, esto de ninguna manera equivale a afirmar que concebimos el pasado de la misma forma en que concebimos el futuro.⁷⁴

A la luz de estos planteamientos, Mink llegó a la conclusión de que la narración es, esencialmente, una forma de configuración de la realidad que ve el pasado como algo determinado e inteligible, gracias a la fuerza que tiene, dentro de su misma estructura, la noción de *cierre*. La historia no puede, en ningún caso, hacer inteligible el futuro o explicarlo, pero realiza con bastante éxito lo contrario respecto del pasado. El punto medular aquí es en qué consiste este modo de comprensión que es capaz, por decirlo así, de *detener el tiempo* (al concluir) sin traicionar su transitoriedad. A esta forma, Mink dio el nombre de “modo de comprensión configuracional”, y al juicio específico que se deriva de dicha modalidad lo caracterizó como *juicio sinóptico*. Veamos en qué consiste y cuál es su lugar específico en la configuración narrativa.

El concepto de synoptical understanding y el problema de la comprensión

En el pensamiento de Mink, la reflexión sobre el tiempo y la narrativa vino acompañada del análisis de las distintas formas de comprensión. En un breve y brillante artículo titulado “Modes of Comprehension and the Unity of Knowledge” (1960), Mink cuestionó fuertemente la tendencia a identificar un modelo general del conocimiento con disciplinas específicas. A su juicio, esto implica conceder primacía a una u otra forma concreta de conocimiento, planteándola como la única legítima o verdadera, a la vez que impide analizar a profundidad las condiciones de posibilidad del conocimiento en general.⁷⁵ Para Mink, el problema no consistía

⁷³ *Ibid.*

⁷⁴ *Ibid.*, pp. 138-139.

⁷⁵ L. O. Mink, “Modes of Comprehension and the Unity of Knowledge”, en *Historical*

tanto en el análisis de metodologías y objetos de estudio específicos, sino en el examen de aquellas condiciones, surgidas de la experiencia, que toda actividad cognitiva presupone. En este sentido, la única *unidad* que nos es posible identificar es al nivel de la comprensión, y no del entendimiento. En sus palabras:

It appears that the separate sovereignties on the map of knowledge must be distinguished not by methods nor by subject matters but by unique and irreducible modes of comprehending the world as totality.

The fact to which any theory of knowledge must return is the simple fact that experiences come to us *seriatim* in time and yet must be capable of being held together in an image of the manifold of events. The steps of a proof, the actions of a narrative, the notes of a melody, and even the words of a sentence are experienced one after the other, but must be considered in a single mental act before they even constitute data for significant discourse. Such an act, which might be called "comprehension", differs from both judgment and inference and is in fact presupposed by both. The assertion or denial of a relation between concepts, which is the characteristic of judgment, presupposes the act of considering the concepts together; and the scope of comprehension is wider in any case than the domain of concepts. It is represented in the act by which one thinks of a sonnet as a whole, distinguished from the line-by-line reading of a sonnet for the first time, or in the act by which one thinks of a historical event in a context of other events. Moreover, where inference refers to the drawing of a conclusion from premises, comprehension refers to the capacity to think of the conclusion *together with the premises*.⁷⁶

Según esta idea—que Mink habría de profundizar en los años subsecuentes—,⁷⁷ la comprensión no es un método sino algo anterior al mismo. La comprensión, en términos generales, constituye nuestra capacidad para visualizar elementos heterogéneos como una totalidad. Sin ella, dice Mink, cualquier metodología o esfuerzo cognitivo desaparecería en el flujo de una conciencia irreflexiva.⁷⁸ Es importante enfatizar que la comprensión *no es en sí conocimiento*, y ni siquiera una condición del mismo, en la medida en que podemos tener "conocimiento" de una serie de datos, a pesar de percibirlos sin conexión alguna (el nombre completo de Voltaire, la población de Rumania en 1930 o la longitud de Vancouver, etc.).⁷⁹ Pero esto no equivale a afirmar que la relación entre conocimiento y comprensión sea inexistente o casual. Cuando el conocimiento adquiere significado y utilidad, cuando logra explicar cosas del mundo, es porque

Understanding..., p. 35.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 37.

⁷⁷ L. O. Mink, "History and Fiction as Modes of Comprehension", en *New Literary History*, 1, 1970, pp. 541-548. Artículo reimpresso en *Historical Understanding...*, pp. 42-60.

⁷⁸ Mink, "Modes of Comprehension and the Unity of Knowledge", en *ibid.*, p. 37.

⁷⁹ Mink, "History and Fiction as Modes of Comprehension", en *ibid.*, p. 55.

la comprensión lo ha convertido en *entendimiento*. En este sentido—que es lo que más propiamente concebimos como conocimiento—la comprensión constituye su condición de posibilidad.

En tanto que actividad humana, la comprensión se traduce como una *visión sinóptica*, que, como su nombre lo indica, es visión de conjunto; síntesis de lo heterogéneo. Así entendida, la visión sinóptica opera con independencia del *tipo de objetos* a los que busca organizar y dar una coherencia. Por esta razón, Mink postula la existencia de tres modos fundamentales de la comprensión: 1) el *teorético*, 2) el *configuracional* y 3) el *categorial*. El primero es propio del tipo de comprensión que identifica objetos como instancias de la misma generalización, fórmula o ley, y se encuentra vinculado, por lo tanto, a nuestra capacidad para hacer deducciones de hipótesis.⁸⁰ La segunda forma involucra la comprensión de distintos elementos como integrantes de un único complejo de relaciones concretas. Por último, el modo categorial visualiza un cierto número de cosas como ejemplos de la *misma categoría* o de un sistema de categorías en el que cada entidad no puede abstraerse del conjunto. En su relación con las formas específicas de conocimiento, las tres modalidades propuestas por Mink son propias, *grosso modo*, del conocimiento científico, del histórico, y del filosófico, respectivamente. *El modo teorético*, en tanto que clasificación de los objetos como instancias de una clase o una fórmula, abarca tanto lo experimentado como lo no experimentado; lo actual y lo posible. En ese sentido, es poderoso, pero limitado porque refiere los objetos sólo en virtud de las características que estos comparten, omitiendo cualquier otro rasgo que puedan tener en su particularidad.⁸¹ En contraposición, el *modo categorial*, propio de la reflexión filosófica, constituye una forma más amplia de la comprensión, aunque también menos *efectiva* o determinante, respecto de la teorética. En cierto sentido, estos dos modos podrían confundirse. Sin embargo, Mink anota que la relación de la teoría con los objetos que estudia implica inferir y coordinar un cuerpo de enunciados verdaderos sobre un cierto tipo de objetos, y esto no es equivalente a identificar esos objetos como parte de una generalización mayor. Este último objetivo es propio de la forma categorial. Su margen de movimiento es mayor respecto de la teoría en el sentido de que puede reconocer la

⁸⁰ Mink, "Modes of Comprehension and the Unity of Knowledge", en *op cit.*, p. 38.

⁸¹ *Ibid.*, p. 51.

aplicación de un concepto determinado en ámbitos que superan el de la teoría particular. Por ejemplo, la filosofía ha validado la aplicación del concepto de *evolución*, no sólo en el universo natural, sino también en el humano-ideal, de ahí que podamos hablar, por ejemplo, de la “evolución de las ideas”.⁸² Por su parte, el *modo configuracional* percibe las entidades individuales como parte de un contexto de relaciones que es igualmente concreto y particular. Así, por ejemplo, «una carta a la que le prendo fuego» puede ser entendida—y de hecho *debe* ser entendida—no sólo como una “sustancia combustible”, sino como, pongamos por caso, «mi vínculo con un viejo amigo». En este contexto, la «carta» pertenece a un tipo de historia; una narrativa de acontecimientos que sería ininteligible sin esa referencia. Para explicar esto, “no necesito construir una teoría de las cartas o de las relaciones entre amigos”, sino que más bien debo mostrar cómo es que la carta, en este caso, pertenece a una configuración particular de acontecimientos. “El modo configuracional es el que nos permite *ver-juntas* las imágenes de un poema o la combinación de motivos o promesas que *explicarían*, en este caso, el voto de un senador, o el patrón de un conjunto de palabras, gestos o acciones que constituyen nuestro entendimiento de la personalidad de un amigo”.⁸³

En principio, estas tres formas de la comprensión son mutuamente excluyentes porque las tres aspiran, en su propio contexto, a entender el mundo como una totalidad, pues ésa es justamente la meta de la facultad comprensiva en general. Por esta razón, Mink afirma que cada una de estas formas es autónoma, en la medida en que cada una vindica una manera específica de organizar la experiencia. Si bien esto no niega la posibilidad de articular, en la práctica concreta de la ciencia, la historia y la filosofía, una forma de comprensión en relación con otra, la reivindicación de una de ellas como superior en relación con las demás, es, para Mink, una aspiración ilegítima y viciada de origen. La unidad de la *ciencia* no es posible porque los distintos modos de comprensión generan y justifican distintos tipos de metodologías. Sin embargo, sí es posible concebir la unidad del *conocimiento*, aunque sólo en términos de la *mente cuyo modo de comprensión da estructura al mundo*. Mas, en este contexto, los límites del mundo son los límites que

⁸² *Ibid.*, p. 52.

⁸³ *Ibid.*, p. 53. La traducción es mía.

cada disciplina adopta en su empresa cognitiva.⁸⁴

Ahora bien, el papel de este planteamiento dentro del esquema de Mink tiene una motivación específica. Su objetivo principal es resituar la discusión sobre la historia en el ámbito del análisis narrativo. Sin embargo, decidí hacer este preámbulo por una razón muy concreta. Para Mink, la estructura narrativa es equivalente a la forma configuracional de la comprensión, pero también es la manifestación más elemental y primordial de la comprensión en general, sobre todo porque es la que se enfrenta directamente con el problema del tiempo; con aquella característica propia de la mente humana que percibe los eventos *seriatim*. En este sentido, la *configuración histórica* es siempre algo más, o algo más primordial, que una forma de conocimiento. Sin afirmar con ello que el pensamiento histórico eluda del todo la empresa cognitiva, éste responde, en primerísima instancia, a una necesidad casi primaria de dar al tiempo una configuración. En este sentido, me parece justificado invertir un tanto la fórmula propuesta por Mink y decir que la meta del pensamiento histórico es convertir la *comprensión en entendimiento*. No obstante, en virtud de su estructura fundamental, las posibilidades cognitivas de la historia están determinadas y limitadas por su particular forma de comprensión, que, en la perspectiva de Mink, se asocia mucho más con la estética que con la teoría científica o la filosofía, en tanto formas distintas de comprensión. Como se refleja en los ejemplos de la carta o el poema, la ficción y la historia de hecho comparten una misma modalidad. Tradicionalmente, la filosofía ha negado el papel de la historia y el arte en la empresa cognitiva y ha privilegiado, en contraposición, el lugar del conocimiento teórico. Esto dio como resultado, a decir de Mink, una preocupante falta de atención al problema de la comprensión—del que tanto la historia como el arte son manifestaciones fundamentales—y su importancia en la realización de cualquier empresa cognitiva. El radicalismo epistemológico, correspondiente con el pensamiento teórico, no deja espacio para los mundos de la imaginación y del pasado, negándoles

⁸⁴ Mink, "Modes of Comprehension and the Unity of Knowledge", en *op cit*, p. 41. La ampliación de este argumento puede verse en "The Divergence of History and Sociology in Recent Philosophy of History" (1973), en *Historical Understanding...*, pp. 147-163. En este artículo, Mink analiza la relevancia de su teoría de la comprensión en el desarrollo de la historiografía y la sociología, en tanto que conceptos afines a formas distintas de la comprensión. Asimismo, reflexiona en torno a la forma en que la filosofía puede entender las distintas propuestas cognitivas y su posible articulación práctica.

cualquier estatuto cognitivo. A decir de Mink, las tesis que plantean el problema de la narración (White, Gallie y Danto) son la manifestación de un desplazamiento de intereses del ámbito de las teorías al de la conciencia narrativa. Gracias a ellas—continúa—el concepto de *explicación* ha sido sustituido por el de *entendimiento*.⁸⁵No obstante, la limitación de estas propuestas radica, en muchos casos, en su falta de análisis de la relación entre narración y estética. Sólo en tanto que reivindicada, dicha conexión permite observar los estrechos nexos entre comprensión y conocimiento. En concreto, el examen de qué sea en sí la narración, nos permite establecer en qué medida podemos *conocer* el tiempo o qué del tiempo nos es dable entender. A este respecto, Mink plantea un penetrante cuestionamiento: ¿Por qué las historias (*stories*) admiten repetición o relectura? En algunos casos—admite el autor—sin duda es debido al placer que brindan, y en otros, al significado que portan. Pero en todos los casos—si la teoría de la comprensión es correcta—esto es así porque los relatos buscan producir y fortalecer el acto del entendimiento en el que las acciones y eventos, aunque representados como ocurriendo en el orden temporal (de la sucesión), pueden ser aprehendidos, por *una misma mirada*, como si estuvieran unidos en un orden de significación; “en una *representación del totum simul* que, no obstante, nunca podemos abarcar sino parcialmente”.⁸⁶De esta manera, la narración responde a la experiencia del tiempo pero busca siempre superarla a través del mecanismo de la configuración comprensiva.

Ahora bien, semejante planteamiento, como el lector podrá haber anticipado ya, no responde del todo a la pregunta de ¿qué sea, en concreto, la narración? Algo de ello se ha sugerido en estas páginas, pero es preciso puntualizar. En principio, el problema es que Mink no da una definición como tal, sino que más bien anota, aquí y allá, lo que él entiende como rasgos específicamente narrativos. En consecuencia, es nuestra tarea reconstruir de algún modo su concepto de narrativa. Por motivos de claridad, he decidido proceder desde lo general hasta lo particular. En este sentido, la primera definición posible de la narrativa, según el pensamiento de Mink, la caracteriza como una estructura tripartita, cuyos elementos principales son el *principio*, el *medio* y el *fin*. Según esta idea, el tiempo es representado como

⁸⁵ Mink, “History and Fiction as Modes of Comprehension”, en *Historical Understanding...*, pp. 43-45.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 57. La traducción es mía.

conteniendo, simultáneamente, dos rasgos fundamentales. El primero de ellos—en franca correspondencia con nuestra percepción—lo representa como flujo y transitoriedad y, en ese sentido, como crónica.⁸⁷ Mientras que el segundo lo hace ver, más que como una sucesión temporal, como una totalidad temporal; transfiguración que es posible gracias al papel predominante del cierre en la significación del relato. Por su parte, otro elemento integrante del concepto de narrativa tiene que ver con la noción de *coherencia narrativa* y, por lo tanto, con la conexión que establece el relato entre los acontecimientos individuales. En este punto, las ideas de Mink se resisten a una definición de la narrativa en términos de contenido, y nos devuelven al problema de la comprensión configuracional. Según el autor, la coherencia narrativa no es otra cosa que la capacidad de ver lo heterogéneo como un *todo* de relaciones.⁸⁸ Pero semejante definición no aterriza, por decirlo así, el nivel puramente teórico o ideal de la comprensión en una manifestación narrativa concreta. No obstante, el autor da una pista que puede llevarnos a un ámbito más específico. La síntesis narrativa, y por lo tanto su coherencia, no es un asunto de tipos de eventos y ni siquiera de un tipo de conexión. “Las acciones y eventos, comprendidos como un todo dentro de una historia, se encuentran conectados mediante una *red* de descripciones superpuestas”.⁸⁹ Esta superposición de descripciones no es un elemento más de la narración, sino la representación de su sentido. A mi juicio, esta última “definición” o intento de definición, es útil en la medida en que alude a términos susceptibles de concretarse en un análisis narrativo, cuyo objetivo sería buscar las descripciones que vinculan un evento con otro, dentro del conjunto. Pongamos por caso, el análisis de un personaje como Edipo. Entender la significación del personaje y de sus acciones sería—siguiendo la tesis de Mink—el resultado de un acto mental complejo que logra aprehender una gran variedad de descripciones narrativas. En la narración, Edipo es, *al mismo tiempo*, «el hijo del rey de Tebas» y «el hombre que trajo la plaga a la ciudad», «el sujeto de la tragedia» y «el

⁸⁷ Esta primera forma de configuración temporal es explicada de forma clara y penetrante por Hayden White en “El valor de la narrativa en la representación de la realidad”, en *El contenido de la forma*, el autor afirma: “Si sólo fuese una cuestión de realismo de presentación, podría defenderse considerablemente la modalidad de los anales y la crónica como paradigma de formas en que la realidad se presenta a la percepción”, pp. 38-39.

⁸⁸ Mink, “History and Fiction as Modes of Comprehension...”, p. 57.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 58.

perpetrador de la gran falta». En este sentido, la idea que tenemos, tanto del personaje como del relato en sí, obedece a nuestra capacidad para *ver* todas estas *descripciones* en sus múltiples pero al mismo tiempo concretas relaciones. Desde mi punto de vista, esta capacidad se revela en la lectura así como en la escritura, siendo la narración la que sugiere al lector el material a configurar, así como un posible patrón interpretativo. Ahora bien, ¿esto resuelve la pregunta de qué sean en sí las conexiones de eventos organizados en una sola configuración? En realidad, sólo nos dice que las conexiones son superposiciones de descripciones varias, sin dejar claro qué sean las conexiones en sí, cuál su objetivo, por ejemplo, o su naturaleza específica según el tipo de relato.

A mi juicio, esto se debe a que Mink está particularmente interesado en el aspecto configuracional de la narrativa y no en las distintas formas que ésta puede adquirir para hacer inteligibles las acciones o situaciones humanas. Uno de los argumentos más contundentes de Mink—y tal vez el que más le haya pesado por su potencial relativismo—fue que los relatos no son *vividos* sino *contados*, “la vida no tiene principios, medios o finales”. “Hay expectativas, planes, batallas e ideas pero sólo en relatos retrospectivos hay expectativas *no cumplidas*, planes *mal realizados*, batallas *decisivas* e ideas *seminales*”. No soñamos o recordamos *en narrativas*, sino que aquello que soñamos o recordamos es *organizado* o *contado* mediante narraciones. Para Mink, no es la vida la que transfiere sus cualidades a la narrativa, sino que son, en realidad, las cualidades narrativas las que son transferidas del arte a la vida.⁹⁰ Ahora bien, a la luz de este argumento ¿cómo prescindir del análisis de las distintas formas de configuración narrativa? ¿Qué significa, o de qué depende el que optemos por un tipo de organización en lugar de otro? Y más aún, ¿bajo qué criterio nos vemos compelidos a privilegiar una trama sobre otra como más adecuada o simplemente como más significativa? Estas preguntas permanecieron hasta cierto punto veladas en el argumento de Mink, si bien sugeridas por la afirmación de la naturaleza estética de la narración y de su fuerza para superar la experiencia de la seriación temporal en pos de una configuración significativa. Es innegable la importancia que representan estos cuestionamientos en el pensamiento de Mink. Sin embargo, para él, atender

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 59-60. La traducción es mía.

exclusivamente el carácter estético de la narración implicaba dejar a un lado su relación con nuestra capacidad cognitiva y, en última instancia, el problema más importante para nuestro autor era dilucidar cómo es posible la transformación de la comprensión en conocimiento.

Concebida filosóficamente, la narración es propia de una *visión sinóptica* de la realidad que da como resultado dos formas concretas de relato: el relato histórico y el relato de ficción. Ambos guardan una relación especial con nuestra capacidad cognitiva, y esto es así porque, tanto uno como el otro, surgen del modo de comprensión configuracional, sin el cual la realidad no podría ser abarcada en términos significativos. Sin embargo, es sobre todo el relato histórico el que enfrenta el problema del conocimiento junto con el de la comprensión. La historia es, pues, el escenario en el que el tiempo, en tanto que pasado, es concebido como objeto de conocimiento. En principio, la historia comparte con la ficción una misma inteligencia configurativa, pero su uso, así como su aplicación, obedece a problemas distintos.⁹¹ La historia se enfrenta a la cuestión de la verdad y al fenómeno de la experiencia temporal en formas que son hasta cierto punto independientes de las del relato de ficción. Según esta perspectiva, el problema principal de la conciencia histórica sigue siendo el conocimiento del pasado, pero éste último se encuentra determinado por la facultad comprensiva en la que aquélla tiene su origen.

La forma narrativa como instrumento cognitivo

¿Qué hace posible la transformación de la comprensión en conocimiento? ¿Cuál es el resultado de la singular aplicación de nuestra visión sinóptica a la empresa cognitiva? Al respecto, Mink había realizado algunas reflexiones antes de 1978,⁹² pero no fue sino hasta ese año que su propuesta más acabada vio la luz, con

⁹¹ Un argumento similar lo desarrolló Collingwood en "La imaginación histórica", en *Idea de la historia*, traducción de Edmundo O'Gorman y Jorge Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 225-241.

⁹² En "Historical Knowledge" (1962), "The Autonomy of Historical Understanding" (1966) y "Philosophical Analysis and Historical Understanding" (1968), Mink se enfrentó, aunque indirectamente, a estas consideraciones. Sin embargo, no fue sino hasta la década de los setenta cuando las atendió de manera más sistemática y penetrante, primero en "History and Narrative" (1974) y, posteriormente en "Narrative Form as a Cognitive Instrument" (1978). El primero de estos artículos y base del segundo, no fue publicado. El segundo de ellos, finalizado en 1976 y publicado en 1978, apareció por primera vez en R.H. Canary y Henry Kosicki (eds.), *The Writing of History*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1978, pp. 129-149. Véase también *Historical*

el artículo titulado “Narrative Form as a Cognitive Instrument”.⁹³El objeto de reflexión de este influyente trabajo lo constituye una suma de varios problemas. El primero de ellos es la relación y distinción entre historia y ficción. En segundo lugar, el autor analiza la idea de historia universal como un presupuesto inherente a la configuración historiográfica. Asimismo, se examina la noción de *evento* en relación con la de narrativa y, finalmente, las posibilidades de superación de la historia universal en el ámbito concreto de la investigación histórica. En general, el argumento de Mink plantea que nuestra concepción de la historia como *totalidad* constituye el *a priori* de la narración histórica. Sin la noción de historia universal—dice el autor—es imposible establecer el significado específico de los acontecimientos históricos. Aun cuando se niegue la posibilidad de una *historiografía universal*, la idea de una *historia universal* prevalece bajo la forma de una presuposición, gracias a la cual los acontecimientos individuales son visualizados y conceptualizados dentro de un ámbito de determinación y estaticidad. Pero expliquemos esto con mayor detenimiento.

La relación entre la noción de historia universal y la concepción de los hechos históricos como fijos y estables, no es evidente a primera vista. Su existencia tiene origen en el ámbito de aquellas cosas sobre las que no nos vemos obligados a reflexionar, el mundo de los *a prioris*, o de las creencias, como diría Ortega—aquellos pensamientos que acompañan nuestra experiencia del mundo sin reclamar explicitación ni cuestionamiento. La percepción del pasado como algo determinado es parte de lo que Mink llama la *ontología del sentido común* y se manifiesta, en primera instancia, en aquellos pensamientos que tenemos sobre las cosas que hemos hecho y que no podemos deshacer; que no podemos cambiar. En su contexto más cotidiano, el pasado, a diferencia del futuro, no puede ser *transformado*. Podemos hacer juicios e interpretaciones de los actos realizados que, en una segunda mirada, podrían sin duda cambiar su significado y sentido, pero nuestra reacción más primaria frente a ellos involucra la sensación de que *lo hecho hecho está*. Es en ese sentido que los acontecimientos del pasado pertenecen al reino de lo determinado o al ámbito de la actualidad del pasado (*past actuality*).

Una de las consecuencias más inmediatas de esta concepción da lugar a la

Understanding..., pp. 182-203.

⁹³ *Ibid.*

clara distinción conceptual entre pasado y futuro, de la que Mink ya había hecho mención.⁹⁴ Sin embargo, el análisis de las implicaciones de la perspectiva *determinista* del pasado exige tomar en cuenta otro importante distingo: el que surge al contrastar historia y ficción. En principio, tanto la una como la otra son formas narrativas y, en cuanto tales, representan la visión sinóptica que busca significar acciones y circunstancias como parte de un *todo*. Las distinguimos, con razón, sólo en función de la pretensión de la historia de *representar la actualidad del pasado*; la historia alude al mundo de lo concreto, mientras que la ficción permanece en el de lo posible. Desde luego, esto no quiere decir que la novela no pueda referirse a cosas reales, así como tampoco implica que las narraciones históricas prescindan de cualquier elemento de ficción.⁹⁵ Pero nuestro criterio para evaluar unas y otras como valiosas e incluso como verdaderas parte de la consideración de que una historia debe probar aquello que a la ficción le concedemos simplemente crear y representar. En ese sentido, la distinción entre historia y ficción no tiene que ver con un problema de verdad sino más bien con una cuestión de evidencia.⁹⁶

Ahora bien, llevados por este argumento podríamos concluir, aunque tal vez con precipitación, que la *verificación* es el único atributo que hace de la historia una forma cognitiva. Con este tipo de consideración, Mink establece un claro desacuerdo. Para él, aún cuando la capacidad inferencial de la historiografía, y por lo tanto su relación con la evidencia, constituye una característica propia del género, no es sin duda la única, y ni siquiera la más importante. Aún la monografía histórica más analítica, presupone un tipo de comprensión general, narrativa en su forma, que visualiza hechos y acontecimientos como elementos integrantes de diversos patrones de cambio histórico, en función de los cuales se establece dirección y significación.⁹⁷ Entonces, la verdadera distinción radica en que la historia enfrenta directamente el problema del pasado, o, dicho en otros términos, nuestra necesidad de *conocer* el pasado. Así como nos hemos acostumbrado a pensar que la ficción consiste en narrativas imaginadas, frente a las cuales

⁹⁴ *Vid supra*, pp. 112-113, sobre la equiparación conceptual entre pasado y futuro, a propósito de la obra de Morton White y W.B. Gallie.

⁹⁵ "Narrative Form as a Cognitive Instrument", en *Historical Understanding...*, p. 183.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 184.

⁹⁷ *Ibid.*, pp. 184-185.

felizmente suspendemos nuestra petición de veracidad y reclamo de evidencia, con igual naturalidad admitimos que el historiador, lejos de inventar, descubre la historia, y, en este sentido, no descubre sólo el pasado, sino el pasado en tanto que relato. Esta presuposición es equivalente a pensar que el pasado no es otra cosa que una historia no contada, que de alguna manera ya involucra un determinado patrón de cambio, una significación especial e independiente de nuestra propia reconstrucción. El problema con esta aseveración es justamente que ella constituye una presuposición, no una proposición. Difícilmente—dice Mink—podríamos encontrar un historiador que defendiera la idea del pasado en el sentido de un solo patrón de cambio y significación. Sin embargo, esto está lejos de significar que la noción de historia universal haya sido desterrada como principio regulador de nuestra conciencia histórica; de nuestra reflexión sobre el pasado.

La concepción de la historia universal tiene, por supuesto, su propia y compleja historia, así como una importante variedad de exponentes, desde San Agustín hasta Hegel, e incluso desde Hegel hasta Spengler. No obstante, para Mink, es posible sintetizar las distintas visiones en torno a un mismo cuerpo de principios. En primer lugar, la historia universal no es, o no nada más, la idea de que existe una trama particular en el movimiento de la historia, sino que, ante todo, representa la necesidad de desplegar ya sea un tipo de trama u otro en la disposición de los acontecimientos históricos. En segundo lugar, dicha concepción establece la necesidad de postular un tema o sujeto central en el desarrollo de la trama histórica. Y en tercero, implica la idea de que los procesos históricos no son inteligibles a la luz de circunstancias inmediatas o exclusivamente contemporáneas al testigo presencial o a un hecho en particular.⁹⁸ Ahora bien, es innegable que, al menos desde el Romanticismo, la historiografía ha hecho lo posible, en mayor o menor medida, por reivindicar la particularidad del pasado y los hechos históricos, negando con ello la existencia de una sola trama de la historia que configura los eventos del pasado en un único patrón de significado y sentido.⁹⁹ Gracias a ese rechazo concebimos la empresa histórica no tanto como la búsqueda de una historia universal, sino como la realización de formas historiográficas distintas. En este sentido, dice Mink, se ha abandonado el concepto de *historiografía universal*,

⁹⁸ *Ibid.*, pp. 190-191.

⁹⁹ *Ibid.*, p. 193.

mas no el de *historia universal*.

La pervivencia de esta perspectiva se manifiesta en nuestra concepción del pasado como una historia no contada (*untold history*) y en la posibilidad, aunque sea sólo teórica y en última instancia ficticia, de imaginar “lo que realmente pasó” como una totalidad. La figura del Cronista Ideal de Danto, por ejemplo, es para Mink la prueba, en términos conceptuales, de que podemos si quiera imaginar el pasado en esos términos.¹⁰⁰ Otro ejemplo importante, lo constituye el hecho de que distintas narraciones históricas pueden complementarse, mientras que algunas son desechadas en función de otras nuevas.¹⁰¹ En cualquier caso, lo que opera aquí como patrón de referencia es, en última instancia, la idea de que hay algo que es cierto y verdadero más allá del ámbito de la narración particular. Aun cuando las acciones de Napoleón sean descritas en términos político-rationales o irracionales-personales, el personaje mismo constituye un elemento del pasado en tanto que *actualidad*. Sin duda, la historia narrativa toma prestado de la narrativa ficcional la convención gracias a la cual el relato genera su propio espacio imaginativo, pero aquélla presupone la actualidad del pasado como un mismo reino de lo único y lo indeterminado. También en función de semejante proposición es que elaboramos un criterio tanto de lo que es *cierto* como de lo que es *adecuado* de cada historia. Gracias a que el pasado se concibe como determinado, nos es posible establecer criterios de verdad e inferencia. Ahora bien, esto, a simple vista, no es un problema para Mink, en la medida en que el análisis y la crítica de evidencia histórica son perfectamente realizables y justificables. En principio, semejante examen puede resolver disputas sobre hechos concretos y relaciones entre hechos diversos, pero no es concluyente respecto de las combinaciones mediante las cuales esos hechos o relaciones deben ser representados.¹⁰² Para Mink, la efectividad, la significación y la utilidad de una narración no depende de la utilización de la evidencia. En ese sentido, lo verdaderamente problemático del relato histórico no es su capacidad inferencial, sino el reto que plantea, en tanto que una representación compleja de relaciones entre eventos, para nuestra comprensión del pasado. Por esta razón, lo verdaderamente importante de la historia no se encuentra al nivel de lo particular

¹⁰⁰ *Ibid.*, p. 195.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 197.

¹⁰² *Ibid.*, pp. 197-198.

sino, necesariamente, en el de lo general, que, en este caso, no es otra cosa que el nivel de la configuración narrativa. Lo anterior se refleja en la dificultad que existe para determinar, en historia, qué sea en sí un evento. Sobre todo en este ámbito, la concepción de “evento particular” no es discernible de un contexto mayor de relaciones:

“Events” (or more precisely, descriptions of events) are not the raw material out of which narratives are constructed; rather *an event is an abstraction from a narrative*. An event may take five seconds or five months, but in either case whether it is one event or many depends not on a definition of “event” but on a particular narrative construction which generates the event’s appropriate description. This conception of “event” is not remote from our ordinary responses to stories: in certain stories we can accept even something like the French Revolution as a simple event, because that is the way it is related to characters and plot, while in other stories it may be too complex to describe as a single whole. But *if we accept that the description of events is a function of particular narrative structures, we cannot at the same time suppose that the actuality of the past is an untold story*. There can in fact be no untold stories at all, just as there can be no unknown knowledge. There can be only past facts not yet described in a context of narrative form.¹⁰³

Según lo dicho hasta aquí, aquello que comunica la narración histórica es, como en algún momento hizo notar Collingwood, la posibilidad misma de concebir el pasado como una totalidad. *La idea de la historia*, es, en última instancia, el objetivo de cualquier reconstrucción histórica.¹⁰⁴ Argumento que Mink enlazó con el de la noción de historia universal, vigente, en efecto, como mecanismo de regulación de nuestra comprensión histórica, como el referente que nos obliga y orienta para entender el tiempo y la historia como totalidad. Sin embargo, el gran salto, de Collingwood a Mink, radica en el énfasis puesto por el estadounidense en la configuración narrativa. Según su propuesta, la narración es el marco de significación del pensamiento histórico; su concreción y manifestación más acabada.

Un buen número de cuestiones pueden ser referidas a la luz de estas palabras. Una de las más importantes tiene que ver, sin duda, con la tensión entre construcción y descubrimiento, presente en la concepción narrativa de la historia. En este sentido, Mink fue categórico. A su juicio, era necesario “abandonar los remanentes de la idea de Historia Universal que sobreviven como presuposición”,

¹⁰³ *Ibid.*, p. 201. Cursivas mías.

¹⁰⁴ R. G. Collingwood, “La imaginación histórica”, en *Idea de la historia...*, pp. 240-241.

a saber, la idea de que el historiador descubre, ya no hechos, sino la narrativa del pasado en sí. Era preciso pues, tomar conciencia de que el historiador, en tanto narrador, construye el pasado como historia. Mas la superación de esta idea no implicaba, a sus ojos, la apertura indiscriminada de nuestra idea de pasado. Hay algo sobre él—dice Mink—que permanece determinado, siendo esto lo que posibilita el establecimiento de enunciados individuales sobre los hechos. Sin embargo, la significación del pasado sí es aquello que se establece “sólo en virtud de nuestra propia imaginación disciplinada”. El pasado no es una historia no contada, pero es innegable que su inteligibilidad depende de ser concebido como historia. En este sentido—continúa el autor—historia y ficción se acercan mucho más de lo que el sentido común quisiera admitir. Empero, sobre este punto en particular Mink fue siempre cuidadoso y hasta receloso de ser identificado con el “nuevo relativismo retórico”, presente en la temprana obra de Hayden White y en las aportaciones de autores como Peter Muntz y Haskell Fain.¹⁰⁵ Para Mink, la distinción entre historia y ficción debía mantenerse, pues, sin ella, tanto la una como la otra “colapsarían de regreso al mito y serían indistinguibles tanto de él, como una de la otra”.¹⁰⁶ Sin embargo, es justo decir que, más allá de esta enérgica reclamación, nuestro autor aportó muchos más elementos para la reconciliación que para la distinción entre las dos formas originarias de la comprensión narrativa. Incluso cuando Mink se negó a afirmar que aquello que nos hace optar por una u otra narrativa permanece en el orden de la imaginación y de la preferencia estética, esta consideración se puede derivar de muchos de sus planteamientos.

En más de un sentido, la obra de Mink sentó las bases para lo que, más tarde, fue denominado como la estetización de la historiografía, aún cuando su interés particular lo constituyó siempre la naturaleza epistemológica de la narrativa histórica. Ahora bien, a la luz de tres décadas de profunda reflexión en torno a la naturaleza narrativa tanto de la obra como de la conciencia histórica, considero que el espíritu de la filosofía de Mink, y sus motivos concretos, mantienen vigencia, por lo menos en la medida en que no nos dejan olvidar que es la inaccesibilidad ontológica del pasado lo que nos empuja a conocerlo. El pasado, literalmente, no está en ningún lado, y sin embargo lo encontramos, al menos como

¹⁰⁵ Mink, “Narrative Form as a Cognitive Instrument...”, p. 203. La traducción es mía.

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 203. La traducción es mía.

huella o como intuición, a cada paso. La anterior, como bien hizo constar Mink, es una afirmación de carácter metafísico, pero eso no implica que carezca de validez alguna, así como tampoco nos obliga a renunciar a la empresa cognitiva. En última instancia, “epistemología y metafísica se presuponen la una a la otra”.¹⁰⁷ Hasta hoy, la historiografía continúa siendo una labor que sintetiza, más allá de preferencias particulares, un cierto número de intereses comunes. Sobre ella, es posible decir que nos ayuda a imaginar la situación humana en contextos claramente ajenos a los nuestros, así como también nos proporciona herramientas para explicar las condiciones que dieron lugar al mundo tal como lo conocemos. Sobre todo en relación con el último punto, la historia continúa utilizando la imaginación más como un medio que como un fin. Su interés, en ese sentido, no es nada más la creación de mundos posibles (aunque la representación de los mundos del pasado pueda definirse justo de esa manera), pues, en la representación del pasado, se establece, en mayor o menor medida, la génesis del presente. Tal vez sólo en ese único sentido es que la noción de historia universal continúa siendo útil frente al problema del conocimiento histórico, y deba, en consecuencia, seguir ocupando nuestras reflexiones. Aún negándole un estatuto objetivo y validez como argumento del realismo, semejante concepción representa el esfuerzo más acabado por hacer del tiempo y el mundo humanos algo más que una serie continua de eventos inconexos, a la vez que algo menos que el producto de la imaginación individual. La idea de que el pasado debe ser reconstruido en virtud de totalidades de sentido no es incompatible, a mi modo de ver, con la necesidad de *actualizar* el significado de esas concepciones. De hecho, se podría afirmar que semejante empresa encuentra su determinante último en tradiciones intelectuales cambiantes y, sobre todo, en los límites de una memoria histórica que es tan poderosa como elusiva.

¹⁰⁷ “Is Speculative Philosophy of History Possible?” (1981), en *Historical Understanding...*, pp. 147-162, p. 152.

CONCLUSIONES

Desde la publicación, en 1942, de "The Function of General Laws in History", la filosofía de la historia inauguró una nueva etapa que se desplazó desde el problema de la explicación histórica hasta el de la representación narrativa. En muchos sentidos, resulta difícil encontrar similitudes entre los autores aquí examinados y, más aún, entre dos tendencias filosóficas claramente contrarias: la escuela analítica, de origen anglosajón, y el historicismo filosófico, proveniente de la tradición continental. Si bien la obra de Benedetto Croce y R. G. Collingwood representó un claro cambio de interés respecto a las posibilidades del conocimiento histórico, sus aportaciones se mantuvieron hasta cierto punto aisladas de un ámbito más general de discusión, e incluso podría decirse que estuvieron lejos de conformar escuelas de pensamiento, ya sea por las condiciones específicas en que estos autores elaboraron sus propias propuestas, o porque nos hemos acostumbrado a visualizarlos como grandes referentes de la tradición filosófica en general. Otro aspecto importante tanto del pensamiento de Croce como del de Collingwood es que representan tipos de análisis, que si bien otorgan un peso específico al fenómeno historiográfico, conciben el problema de la historiografía como un elemento integrante de la conciencia filosófica. La filosofía de tradición analítica, por su parte, buscó limitar el problema de la historia a un ámbito específico de configuración lingüística y evitó, por así decir, problemas que habían sido medulares para la tradición historicista de la que tanto Croce como Collingwood formaron parte. La naturaleza del conocimiento histórico, tanto para Hempel y sus seguidores, como para la gran mayoría de opositores del modelo hempeliano, era un asunto independiente al de la constitución de la conciencia histórica, así como un fenómeno distinto del de la historicidad de la realidad humana. Sin embargo, estas cuestiones regresaron con gran fuerza al ámbito de discusión, al evidenciarse la dificultad para analizar adecuadamente el lenguaje de la historia, sin tomar en cuenta el problema del tiempo, la historicidad y la perspectiva humanas. No obstante, como todo en historia, el regreso no significó otra cosa que la franca transformación de las soluciones dadas a viejos problemas. La relación entre comprensión, historicidad y narración no representó, así

planteada, un problema dentro del pensamiento de Croce y Collingwood, de clara orientación relativista. En última instancia, ambos autores intentaron reivindicar la racionalidad de la conciencia histórica y su aceptación del relativismo subyacente a cualquier forma de pensamiento no requirió, en su momento, el análisis del lenguaje histórico como un elemento problemático en términos cognitivos. Frente a este escenario, la propuesta de Hempel constituyó una clara provocación al estatuto epistemológico de la historia y obligó a replantear los fundamentos del relativismo, que volvieron tal vez con más fuerza que antes. Asimismo, un contexto historiográfico distinto acompañó al debate de la explicación histórica, a saber, la creciente vinculación entre historia y teoría social, que de algún modo permitió conceptualizar la tarea historiográfica a la luz del desarrollo de la ciencia social. Aunque semejante vínculo se encuentra por lo regular implícito en la obra de los empiristas lógicos, es innegable que la posibilidad de concebir el conocimiento de lo humano en términos muy distintos a los establecidos por la tradición historiográfica, fue un elemento importante en la reformulación tanto de los límites del conocimiento histórico, como de su lugar y validez dentro del contexto general de la explicación científica.

Desde mi punto de vista, el proyecto hempeliano obligó a la filosofía de la historia a replantear la especificidad del conocimiento histórico y a superar la vieja creencia de que la distinción entre ciencia e historia puede justificarse sólo en función de la existencia de diferentes objetos de estudio. Al evadir la cuestión más general de la historicidad humana, los filósofos pudieron atender de un modo más sistemático y penetrante el problema del conocimiento histórico en sí, situando el foco de interés, ya no en la realidad histórica, sino en el lenguaje histórico. Por supuesto, una primera etapa de la discusión se vio claramente determinada, no digamos por una concepción de las características específicas de ese tipo de discurso, sino exclusivamente por el tema de la lógica del lenguaje histórico, lo cual tuvo como resultado una clara y en muchos casos nociva restricción del valor y significación de la obra historiográfica. No obstante, estoy convencida de que fue el estudio de la validez de los enunciados históricos lo que, a la larga, hizo patente la necesidad de hablar de la narración histórica como el contexto adecuado para llevar a cabo semejante análisis. A la luz de esta transformación, el trabajo de W. Dray resulta un claro reflejo de la necesidad que se venía experimentando de

ampliar los ámbitos de análisis, gracias a los cuales una determinada explicación se concibe, ya no sólo verificable, sino, sobre todo, adecuada y convincente. La aplicación del modelo nomológico deductivo a la explicación histórica sin duda no cumplió con el objetivo de brindar un referente común tanto para la ciencia como para la historia, pero no porque hiciera imposible la comparación, sino porque manifestó hasta qué grado buscamos en la historia algo que, ya no la práctica científica, sino la explicación por leyes es incapaz de brindar. Por su parte, Dray hizo evidente que el análisis de la validez de los enunciados históricos no es irrealizable y ni siquiera injustificado, sino que, por sí sólo, no nos dice aquello que nos interesa aclarar sobre el conocimiento histórico.

Ahora bien, el lugar de Danto en este ámbito de discusión es especialmente relevante. Como vimos en el capítulo correspondiente, Danto logró demostrar hasta qué punto el problema de la temporalidad está presente incluso al nivel de la frase narrativa. No obstante, su aportación, aunque original y revolucionaria en muchos sentidos, no puede ser desprendida del debate precedente. Más bien, *Analytical Philosophy of History* representa, a mi juicio, la reflexión más penetrante, desde la filosofía analítica, sobre el problema de la causalidad histórica, y su alcance involucra tanto el contexto específico de la práctica historiográfica como el análisis teórico del lenguaje causal en general. Asimismo, considero que Danto fue capaz de vislumbrar un ámbito de reflexión filosófica común, tanto a la filosofía de la ciencia como a la teoría histórica y, en este sentido, me parece que muchos de sus planteamientos deben ser retomados en nuestro contexto particular.

Finalmente, el caso de Mink representa, desde mi perspectiva, tanto el final como el inicio de una nueva etapa en la reflexión sobre la historia. Aunque vinculado a la problemática del debate anterior, con su obra se inaugura una forma radicalmente distinta de considerar la fuerza cognitiva del pensamiento histórico. El vínculo entre narración e historia, así como el carácter estético de la narración, se convirtieron en las líneas de investigación más importantes en la teoría de la historia de la segunda mitad del siglo XX. A la luz de estas cuestiones, tanto el idealismo hegeliano como el historicismo moderno fueron reinterpretados de forma importante. El relativismo histórico, la conciencia temporal y el problema de

la comprensión se insertaron dentro de análisis de la forma narrativa.¹ Varios de los problemas que se encuentran a veces sólo sugeridos en la obra de Mink constituyeron el punto de partida de muchas de estas reflexiones. La teoría tropológica de H. White, por citar sólo uno de los ejemplos más claros a este respecto, se convirtió en una herramienta para evaluar la efectividad de las distintas formas de configuración narrativa y permitió establecer parámetros concretos de análisis de las obras históricas. No obstante, este no es el único ejemplo digno de citarse aquí. La gran defensa de la narrativa, hecha desde el contexto historiográfico tanto como desde el filosófico, involucra una multitud de enfoques de entre los cuales es preciso retomar, aunque sea brevemente, algunos de ellos. La importancia dada al discurso narrativo como el gran generador de significados colectivos ha sido ampliamente reconocida por autores como J. H. Hexter, Fain Haskell y Peter Munz, quienes en uno u otro sentido defendieron el carácter narrativo de la obra histórica, así como su vínculo con una concepción filosófica especulativa, como la vía adecuada para restablecer la relación entre la práctica historiográfica y la cultura en general.² Aunque por otros caminos, y claramente involucrado con el ámbito de la hermenéutica filosófica, Paul Ricoeur emprendió su propia defensa de la narración, justificándola como la forma primigenia de la conciencia temporal y enfatizando su utilidad como elemento reconfigurador de la memoria. En este sentido, Ricoeur ha llegado incluso a postular el discurso histórico como el espacio de superación de la problemática occidental, en términos culturales.³

Por su parte, el ámbito propio de la teoría de la historia también ha generado un sinnúmero de propuestas que bien pueden vincularse con el proceso aquí estudiado, aunque también representan una suerte de distanciamiento del

¹ En este sentido, la obra de Hayden White es medular, aunque no constituye el único exponente. A la par se encuentran, de entre los más representativos, los trabajos de Paul Ricoeur, Northrop Frye, Frank Ankersmit, Michel De Certeau, Noël Carroll, David Carr, Jörn Rüsen, Hans Kellner, Stephen Bann, Allan Megill entre muchos otros. Para una visión general del narrativismo véase, F. Ankersmit, *Historia y tropología*, op cit; P. Ricoeur, *Tiempo y Narración I*, F. Ankersmit y H. Kellner (eds.), *A New Philosophy of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1995; G. Roberts (ed.), *The History and Narrative Reader*; Hans Kellner, *Language and Historical Representation. Getting the Story Crooked*, Wisconsin, The University of Wisconsin Pres, 1989; Keith Jenkins, *On What History*, London, Routledge, 1995.

² Véase J. H. Hexter, *Doing History*, Bloomington, Indiana University Press, 1971; Fain Haskell, *Between Philosophy and History*, New Jersey, Princeton, 1970 y Peter Munz, *The Shapes of Time*.

³ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido...*

trabajo hecho por Danto y Mink. Aquello que se ha dado en llamar estétización de la historia, cuyo estandarte más claro, aunque no el único, lo constituye la perspectiva de White, ha propiciado también la generación de propuestas por demás novedosas y sugerentes. En primer lugar, y como se ha anotado ya, permitió analizar el fenómeno histórico a partir de sus elementos retóricos, y también nos ha dado la oportunidad de valorar hasta qué punto la historiografía es capaz de representar la complejidad de la experiencia humana, particularmente en lo que respecta a los llamados acontecimientos límite, como fueron los genocidios ocurridos en el siglo XX. Si bien la propuesta de Mink eludió casi del todo un análisis estructuralista de la obra histórica, al optar por el vínculo entre narración y conciencia, más que entre texto histórico y estructura narrativa,⁴ su análisis de los modos de comprensión admite, sin lugar a dudas, la sistematización de la forma narrativa, puesto que la presupone. Si él mismo no emprendió este tipo de trabajo, así como tampoco incursionó en los problemas de la teoría tropológica, se debió, probablemente, a que no quiso dar rienda suelta al constructivismo histórico, y a que fue partidario, hasta el final, de marcar claramente la distinción entre historia y ficción; una separación que difícilmente se mantiene a la luz de un análisis más profundo de las formas narrativas concretas. Sin embargo, al día de hoy, resulta innegable la importancia que tiene, en el ámbito teórico, reconocer las implicaciones constructivistas de casi cualquier perspectiva narrativista. A mi modo de ver, constructivismo es el nuevo término para denominar aquello que, a finales del siglo XIX y principios del XX, se conoció como relativismo. La defensa o por lo menos el reconocimiento de la complejidad de la verdad histórica y la negación de su carácter absoluto es un problema estrechamente vinculado tanto con las ventajas como con las desventajas o peligros del discurso narrativo. En este sentido, la discusión ha retomado el problema de la ética como el correlato del fenómeno de la representación histórica.⁵ Lo antes mencionado, es sólo un reflejo de la multitud de flancos abiertos por la problemática narrativa, y evidencia hasta

⁴ Según R. Vann, al saltarse casi del todo la aportación del estructuralismo, el pensamiento de Mink se dirigió directamente al problema de la comprensión narrativa más que al de la representación, rasgo que se manifiesta en su constante escepticismo frente a cualquier tipo de esquematización de la forma narrativa, ya sea en el estilo de N. Frye o de Vladimir Propp. Véase, R. Vann, "Louis Mink's Linguistic Turn...", p. 8.

⁵ Véase Keith Jenkins, *Por qué la historia. Ética y posmodernidad*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.

qué grado resulta difícil reconciliar una concepción científicista de la historia con una perspectiva ético-estética de la misma. Incluso la condición híbrida de la historia, otrora reconocida sin mayor demanda de explicaciones, ha sido sujeto de graves cuestionamientos. Esto es porque no nos queda claro hasta qué punto la historiografía puede defenderse como un conocimiento sistemático que procede atendiendo parámetros epistémicos comunes a cualquier tipo de investigación. A mi juicio, la relativa inutilidad del modelo hempeliano así como la discusión posterior son una prueba ineludible de ello. En un artículo de Mink citado aquí, el autor planteó la problemática subyacente al acercamiento o distanciamiento de la historia con la ciencia social. Según él, asociar el fenómeno historiográfico con la práctica de las ciencias sociales equivalía un tanto a olvidar la función específica de la comprensión histórica, y, por extensión, las características propias de los significados que ésta busca en el pasado y transmite en el presente. En cierto modo, la crítica de Mink se relacionaba con sus cuestionamientos a la discusión suscitada por Hempel, particularmente al hecho de que su enfoque, si bien hasta cierto punto exitoso cuando aplicado a la ciencia social, resultaba inútil frente al problema histórico y, en ese sentido, no puedo más que coincidir con la tesis de Mink. Sin embargo, la historiografía del siglo XX ha demostrado una asombrosa capacidad para reinventarse. En muchos sentidos, ha hecho suyos los objetos de estudio de las ciencias sociales y ha logrado la coincidencia entre el uso de técnicas importadas de éstas y formas de representación complejas e innovadoras en términos literarios y lingüísticos. Todo esto plantea retos por demás interesantes al teórico de la historia sobre todo porque, ante un escenario semejante, es necesario evaluar la manera en que dichas técnicas o metodologías son aplicadas, para elucidar el papel que juegan en los mecanismos de producción de significado. Lo anterior representa una tarea altamente compleja en la medida en que involucra el análisis de esquemas de explicación que no necesariamente se originan en el ámbito exclusivo de la práctica historiográfica. Un problema distinto aunque relacionado con lo anterior lo constituye el hecho de que la historiografía contemporánea se encuentra compitiendo, de un modo tal vez inédito, con otros mecanismos de reconstrucción y reconfiguración del pasado que aportan fundamentos distintos para el análisis de la relación entre pasado y representación. Sin decir con ello que la historiografía deba plegarse a los parámetros de

recuperación del pasado hechos desde otros espacios o disciplinas, una toma de conciencia al respecto puede ser útil por lo menos para reevaluar el éxito de sus propios mecanismos de producción de significado.⁶

Según como ha sido planteado en esta tesis, el lenguaje histórico puede analizarse atendiendo a distintos niveles de organización y configuración. Sin duda, podemos abstraer el análisis de la verificabilidad histórica aludiendo a la justificación de sus enunciados individuales, así como también podemos hacer referencia a la capacidad del pensamiento histórico para concebir conexiones causales. Asimismo, es posible examinar la fuerza representacional de la historia atendiendo exclusivamente la cuestión de la configuración y coherencia narrativas. Sin embargo, si hay algo que me ha interesado probar con este trabajo es por lo menos la dificultad (aunque no necesariamente la falta de utilidad) para separar demasiado lo que Gaos concibió como las distintas fases de la obra histórica, a saber, la heurística, la etiología, la hermenéutica y la estilística.⁷ Con esto no quiero decir que el análisis narrativo involucre, en todos los casos, una postura relativista radical que omita del todo el problema de la investigación y la prueba históricas, así como tampoco creo que los problemas de la causalidad y la explicación permanezcan aislados de la cuestión perspectivista. A mi modo de ver, tanto la obra de Danto como la de Mink constituyen ejemplos de que esos vínculos pueden invertirse.

En última instancia, considero que la visión narrativista ha sido particularmente fructífera en nuestra comprensión de la representación histórica, y, en ese sentido, aunque parezca paradójico, continúa siendo una de las propuestas más penetrantes sobre la *verdad histórica*, en tanto que construcción de significados. No obstante, con el paso del tiempo, el énfasis puesto en el constructivismo narrativo nos ha alejado del problema de la experiencia histórica, en tanto que experiencia del tiempo y de la memoria y a ello es que considero debemos volver para hacer frente a los problemas originados en el seno mismo del giro narrativo, mismos que desembocan hoy en el campo de la ética y la

⁶ Una muestra interesante en torno a formas alternativas de recuperación del pasado, así como una discusión teórica en torno a las limitaciones de la visión textual-constructivista fue elaborada por Ewa Domanska en "The Material Presence of the Past", en *History and Theory*, vol. 45, no. 3, October 2006, pp. 337-349.

⁷ Véase, José Gaos, "Notas sobre historiografía", en Alvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, (Sepsetentas, 126).

representación. Qué tenga que ver la conciencia histórica con nuestra realidad contemporánea, es una cuestión que no puede eludir el hecho de que la historia lidia con el mundo de lo concreto, no de lo posible, y esto es así tanto en lo que respecta al pasado como en lo que se refiere al presente. En este sentido, el historicismo moderno, más que superado, debe ser, y en gran medida ya lo ha sido, recuperado por el narrativismo.⁸ El pasado que urge conocerse y frente al cual emergen las más profundas paradojas, no es, en principio, *cualquier pasado*, sino *nuestro pasado*, concebido como propiedad en virtud de la memoria y la necesidades vitales, cualesquiera que sean éstas. El problema es que, así concebido, el pasado aparece en la actualidad como un cúmulo de experiencias, huellas materiales y configuraciones lingüísticas que parecen ser propiedad de todos y de nadie al mismo tiempo. Grandes sectores sociales de este mundo globalizado en que vivimos, que por sus rasgos innovadores e inéditos muchas veces es concebido desde una perspectiva fundamentalmente presentista, no han conseguido, a mi modo de ver, evadir el problema del pasado, sino que más bien han perdido control sobre el mismo, y si la historiografía, tanto en su talante teórico como en el práctico, busca mantener vigente su importancia como catalizador de la vida cultural, debe reconocer las dificultades que involucra, en la actualidad, reconstruir una visión coherente del mismo. De entre muchas otras, el valor y alcance del conocimiento en la apreciación y superación de ese pasado, así como la necesidad de alcanzar verdades que correspondan con nuestra percepción *actual* del mundo, son temas que deben continuar afectando la práctica historiográfica y que, por su gravedad, no deben ser soslayados.

⁸ Mink fue uno de los grandes recuperadores de la obra de Collingwood, así como Hayden White lo fue de la de Benedetto Croce. Véase Mink, *Mind, History and Dialectic*, *op cit*, y Hayden White "What Is Living and What is Death in Croce's Criticism of Vico", en *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978, pp. 218-230.

BIBLIOGRAFÍA

- Ankersmit, Frank and Hans Kellner (eds.), *A New Philosophy of History*, Chicago, University of Chicago Press, 1995.
- Ankersmit, Frank, *Historia y topología Ascenso y caída de la metáfora*, traducción de Ricardo Martín Rubio Ruiz, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Ankersmit, Frank, "Danto, History, and the Tragedy of Human Existence", en *History and Theory*, vol. 42, no.1, October 2003, pp.291-304.
- Atkinson, R.F., *Knowledge and Explanation in History*, Ithaca, Cornell University Press, 1978.
- Beauchamp Tom L. and Alexander Rosenberg, *Hume and the Problem of Causation*, New York, Oxford University Press, 1981.
- Berlin, Isaiah, "History and Theory: The Concept of Scientific History", en *History and Theory*, vol. 2, no.1, 1960.
- Burke, Peter, *History and Social Theory*, second edition, Ithaca, Cornell University Press, 2005.
- Burns, Arthur Lee, "International Theory and Historical Explanation", en *History and Theory*, vol. 2, no.1, 1960.
- Canary, Robert H. and Henry Kozicki (eds.), *The Writing of History. Literary Form and Historical Understanding*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1978.
- Cardoso, Ciro F.S. y Héctor Pérez Brignoli (comps.), *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, traducción de Ciro Cardoso, Diego Sandoval y Reyna Pastor, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, (SepSetentas, 280).
- Cardoso, Ciro F.S. y Héctor Pérez Brignoli (comps.), *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*, traducción de Ciro Cardoso, Héctor Pérez y Diego Sandoval, México, Secretaría de Educación Pública, 1976, (Sepsetentas, 278).
- Certeau, Michel de, *La escritura de la historia*, traducción de Jorge López Moctezuma, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

- Clayton, Roberts, *The Logic of Historical Explanation*, Pennsylvania, The Pennsylvania University Press, 1996.
- Collingwood, R. G., edición, prefacio e introducción de Jan van der Dussen, traducción de Edmundo O’Gorman y Jorge Hernandez Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Croce, Benedetto, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, Editorial Escuela, 1955.
- Croce, Benedetto, *Estética como ciencia de la expresión y la lingüística general. Teoría e historia de la estética*, Segunda edición española corregida y aumentada conforme a la quinta edición italiana por Angel Vegue y Goldoni, Madrid, Francisco Beltrán. Librería Española y Extranjera, 1926.
- Danto, Arthur C., “Mere Chronicle and History Proper”, *The Journal of Philosophy*, Vol. 50, No. 6. (Mar. 12, 1953), pp. 173-182.
- Danto, Arthur C., “On Historical Questioning”, *The Journal of Philosophy*, Volume LI, No.3, February 4, 1954.
- Danto, Arthur C., “On Explanation in History”, *Philosophy of Science*, Vol. 23, No.1, Jan., 1956.
- Danto, Arthur C., “Narrative Sentences”, *History and Theory*, Vol.2, No.2, 1962.
- Danto, Arthur C., “Complex Events”, *Philosophy and Phenomenological Research*, Vol. 30, No. 1, Sep., 1969.
- Danto, Arthur C., *Narration and Knowledge*, New York, Columbia University Press, 1985.
- Danto, Arthur C., *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, traducción de Eduardo Bustos e introducción de Fina Birulés, Barcelona, Paidós/I.C.E.-U.A.B, 1989.
- Díaz Maldonado, Rodrigo, *El historicismo idealista: G.W.F. Hegel y R. G. Collingwood*, tesis doctoral, México, UNAM, diciembre 2006.
- Domańska, Ewa, *Encounters. Philosophy of History after Postmodernism*, Virginia, University of Virginia Press, 1998.
- Domańska, Ewa, “The Material Presence of the Past”, en *History and Theory*, vol. 45, no. 3, October 2006, pp. 337-349.

- Dray, William and Leon Pompa (eds.), *Substance and Form in History: A Collection of Essays in Philosophy of History*, Edimburgh, Edimburgh University Press, 1981.
- Dray, William, *Laws and Explanation in History*, Oxford, Oxford University Press, 1957.
- Dray, William (ed.), *Philosophical Analysis and History*, New York, Harper & Row, 1966.
- Domanska, Ewa, *Encounters: Philosophy of History After Postmodernism*, Charlottesville, University of Virginia Press, 1998.
- Donagan, Alan, "Historical Explanation: The Popper-Hempel Theory Reconsider", en *History and Theory*, vol.4, no.1, 1964, pp.3-26.
- Fetzer, James H. (ed.), *The Philosophy of Carl Hempel. Studies in Science, Explanation and Rationality*, New York, Oxford University Press, 2001.
- Frye, Northrop, *Anatomy of Criticism. Four Essays*, Princeton, Princeton University Press, 1975.
- Gallie, W.B., *Philosophy & the Historical Understanding*, Second Edition, New York, Schocken Books, 1968.
- Gaos, José, "Notas sobre historiografía", en Álvaro Matute, *La teoría de la historia en México (1940-1973)*, México, Secretaría de Educación Pública, 1974, (Sepsetentas, 126).
- Gardiner, Patrick, *The Nature of Historical Explanation*, Oxford, Oxford University Press, 1952.
- Gardiner, Patrick, *The Philosophy of History*, Oxford, Oxford University Press, 1974.
- Goldstein, Leon J., *Historical Knowing*, Austin, University of Texas Press, 1976.
- Haskell, Fain, *Between Philosophy and History*, New Jersey, Princeton, 1970.
- Hexter, J. H., *Doing History*, Bloomington, Indiana University Press, 1971.
- *History and Theory. Symposium: Uses of Theory in the Study of History*, vol.3, no.1, Wesleyan University, 1963.
- *History and Theory. Knowing and Telling History: The Anglo-Saxon Debate*, edited by Frank Ankersmit, *Beiheft 25*, Wesleyan University, 1986.

- Hughes, H. G., *Consciousness and Society: The Reorientation of European Social Thought 1890-1930*, New York, Vintage, 1977.
- Iggers, Georg, Harold T. Parker (eds.), *International Handbook of Historical Studies. Contemporary Research and Theory*, Westport, Greenwood Press, 1979.
- Jenkins, Keith, *On What History. From Carr and Elton to Rorty and White*, London, Routledge, 1995.
- Jenkins, Keith, *Por qué historia. Ética y posmodernidad*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Kellner, Hans, *Language and Historical Representation. Getting the Story Crooked*, Wisconsin, The University of Wisconsin Press, 1989.
- Maurice Mandelbaum, *The Problem of Historical Knowledge*, New York, Liveright, 1938.
- Martin, Raymond, "The Essential Difference between History and Science", *History and Theory* Vol. 36, No.1, 1997, pp.1-14.
- Martin, Rex, *Historical Explanation. Re-enactment and Practical Inference*, Ithaca, Cornell University Press, 1977.
- McCullagh, Behan C., *Justifying Historical Descriptions*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- McCullagh, Behan C., *The Truth of History*, London, Routledge, 1998.
- McCullagh, Behan C., *The Logic of History. Putting Postmodernism in Perspective*, London, Routledge, 2004.
- Megill, Allan, *Historical Knowledge, Historical Error. A Contemporary Guide to Practice*, Chicago, The University of Chicago Press, 2007.
- Martin, Raymond, "Progress in Historical Studies", *History and Theory*, Vol. 37, 1998, pp.14-39.
- Megill, Allan, *Historical Knowledge, Historical Error. A Contemporary Guide to Practice*, Chicago, University of Chicago Press, 2007.
- Mink, Louis O., "The Theory of Practice: Hexter's Historiography", in Barbara C. Malament (ed.), *After the Reformation. Essays in Honor of J. H. Hexter*, Pennsylvania, University of Pennsylvania Press, 1980.
- Mink, Louis O., *Historical Understanding*, edited by Brian Fay, Eugene O. Golob and Richard T. Vann, Ithaca, Cornell University Press, 1987.

- Mink, Louis O., "History and Fiction as Modes of Comprehension", *New Literary History*, vol. 1, no. 3, Spring 1970, pp.541-558.
- Munz, Peter, *The Shapes of Time. A New Look at The Philosophy of History*, Middeltown, Wesleyan University Press, 1977.
- Popper, Karl, *La lógica de la investigación científica*, traducción de V. Sánchez de Zavala, Madrid, Tecnos, 1962.
- Rescher Nicholas, "H₂O: Hempel-Helmer-Oppenheim, an Episode in the History of Scientific Philosophy in the 20th Century", en *Philosophy of Science*, vol. 64, no.2, Junio 1997, pp.334-360.
- Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, traducción de Agustín Neira, Madrid, Trotta, 2003.
- Roberts, Geoffrey (ed.), *The History and Narrative Reader*, New York, Routledge, 2001.
- Vann, Richard T., "Louis Mink's Linguistic Turn", *History and Theory*, vol.26, no.1, Feb. 1987, pp.1-14.
- Walsh, W.H., *Introducción a la filosofía de la historia*, traducción de Florentino M. Torner, México, Siglo XXI Editores, 1968.
- Watzlawick Paul y Peter Krieg (comps.), *El ojo del observador. Contribuciones al constructivismo*, traducción de Cristóbal Piechocki, Barcelona, Gedisa, 1989.
- White, Hayden, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, traducción de Stella Mastrangelo, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, traducción de Jorge Vigil rubio, Barcelona, Paidós, 1992.
- White, Hayden, *Tropics of Discourse. Essays in Cultural Criticism*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press, 1978.
- White, Morton, *Foundations of Historical Knowledge*, New York, Harper & Row Publishers, Harper Torchbook edition, 1969.